

EN ESDRAS Y NEHEMÍAS PROFETAS EXPOSICIÓN ALEGÓRICA. (C,S)

PREFACIO.

El eminente intérprete sagrado y doctor de la Escritura, Jerónimo, al recorrer brevemente los libros de la misma Escritura en una carta a un amigo, y al tocar brevemente lo que contienen cada uno de ellos, dice: Esdras y Nehemías, es decir, ayudante y consolador del Señor, se narran en un solo volumen, y restauran el templo, construyen los muros de la ciudad, y toda esa multitud del pueblo que regresa a la patria, y la descripción de los sacerdotes, levitas de Israel, prosélitos, y por cada familia las obras de los muros y torres divididas, presentan algo en la corteza, pero retienen algo más profundo en la médula. Por lo tanto, reverendísimo obispo Acca, obedeciendo diligentemente tus exhortaciones, me he dedicado a considerar este volumen. Confiando en el ayudante y consolador Señor y Salvador nuestro Jesucristo, porque nos conceda propicio, al descubrir la corteza de la letra, encontrar algo más profundo y sagrado en la médula del sentido espiritual; que manifiestamente designa al mismo Señor, y su templo y ciudad, que somos nosotros, con figuras proféticas, pero con razón manifiesta. En esta obra, el mencionado maestro de la Iglesia, Jerónimo, nos fue de gran ayuda en la explicación de los profetas, quienes predijeron que las mismas cosas que Esdras y Nehemías escriben que se hicieron, se harían bajo la figura de Cristo y la Iglesia.

LIBRO PRIMERO.

Es evidente para todos los lectores que la casa o templo de Dios en las Escrituras santas, y cada uno de los elegidos, y toda la Iglesia en conjunto, es decir, la universalidad de los justos, suelen ser llamados así; porque Dios se digna habitar en los corazones de aquellos que creen en Él, esperan en Él, y lo aman, según lo que Él mismo dice: Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos morada en él (Juan XIV). De donde también el Apóstol dice: El templo de Dios, que sois vosotros, es santo (I Cor. III). Y en la Epístola a los Hebreos: Y Moisés, en verdad, fue fiel en toda su casa, como siervo, para testimonio de lo que se iba a decir; pero Cristo, como hijo en su casa, que somos nosotros, si mantenemos firme hasta el fin la confianza y la gloria de la esperanza (Hebr. III). En figura de esta casa o templo espiritual, el rey Salomón construyó un templo al Señor en Jerusalén; pues el mismo Salomón, que se interpreta como pacífico, sostuvo adecuadamente la figura de aquel de quien canta el profeta: Se multiplicará su imperio, y la paz no tendrá fin (Isa. IX). De quien también el Apóstol, escribiendo a la Iglesia de los gentiles, dice: Y viniendo, evangelizó la paz a vosotros que estabais lejos, y la paz a los que estaban cerca, porque por Él tenemos acceso ambos en un mismo Espíritu al Padre (Efes. II). Que el mismo templo fue construido en siete años, y en el octavo fue completado y dedicado, significa que durante todo el tiempo de este siglo, que gira en siete días, el Señor construye la Iglesia con los fieles reunidos para el edificio celestial. Pero en la vida futura, con la aparición de la gloria de la resurrección, la perfecciona completamente, y la eleva al gozo de la vida inmortal en la visión eterna de su claridad. Porque Él mismo resucitó de entre los muertos el octavo día, es decir, después del séptimo del sábado, el número ocho expresa adecuadamente también el tiempo de nuestra resurrección. Que en la era siguiente algunos edificios del templo comenzaron a desmoronarse por la excesiva antigüedad, pero que pronto fueron restaurados con la diligencia de los reyes y sacerdotes que existieron en esos tiempos, significa los errores cotidianos y leves de los fieles, de los cuales Salomón dice: Siete veces cae el justo, y se levanta (Prov. XXIV); que son corregidos igualmente por la diligencia diaria de ellos mismos, con la ayuda del Señor, a través de los ejemplos o exhortaciones de los justos precedentes, como por la industria de los reyes y sacerdotes de Dios; pues todos los perfectos en la Iglesia son justamente llamados reyes y sacerdotes, ya que son miembros del rey y

sumo sacerdote, cuando han aprendido a gobernarse bien a sí mismos, cuando han aprendido a ofrecer sus cuerpos al Señor como sacrificio vivo. Que posteriormente, con el aumento de los males, el mismo templo fue profanado con las inmundicias de los ídolos, y finalmente destruido e incendiado por los caldeos, significa las caídas más graves de aquellos que, por la confesión de la fe recta y el sacramento del baño de salvación, se unieron a los miembros de la santa Iglesia, pero nuevamente, por el engaño de los espíritus malignos, fueron derribados del estado de fe y consumidos por la llama de los vicios. Que, con el templo destruido y la ciudad de Jerusalén igualmente destruida, sus ciudadanos fueron trasladados a Babilonia, pero después de setenta años, habiendo hecho penitencia por sus males, fueron devueltos a su patria por la misericordia del Señor, y nuevamente restauraron el mismo templo y la ciudad santa con gran trabajo, designa figurativamente a aquellos que, engañados por el diablo, no solo pierden la sinceridad de la fe y la integridad de las buenas obras, sino que también, por la amargura de sus crímenes, parecen asimilarse a los gentiles y publicanos, según el dicho del Señor: Si no escucha a la Iglesia, sea para ti como un gentil y un publicano (Mat. XVIII). Sin embargo, algunos de ellos, al recapacitar por la gracia divina, regresan a la Iglesia, cuando, iluminados por el Espíritu Santo, comienzan a escuchar y guardar nuevamente los preceptos de la ley divina que habían abandonado. Pues los dones del Espíritu Santo son siete, que el profeta Isaías enumera con clara distinción. Y en los diez preceptos se comprende toda la suma de la ley divina. Y si multiplicas siete por diez, se completa el número setenta. De donde, con un significado adecuado, aquellos que fueron cautivados en Babilonia por sus obras perversas, después de setenta años son liberados y reconstruyen la casa de Dios y la ciudad santa. Porque a veces aquellos que, por sus pecados, fueron separados de la comunión y sociedad de la santa Iglesia, y se unieron a la suerte y número de los infieles, nuevamente, por el don del Espíritu Santo, se ejercitan en el estudio de la buena obra, y por esto reciben la comunión de los fieles, es decir, de la casa y ciudad del Señor, de la cual fueron expulsados. Es de notar que una y la misma penitencia de regreso a la Iglesia, y la casa del Señor reconstruida después del incendio, y la ciudad restaurada de Jerusalén después de la destrucción, y también el pueblo devuelto a la patria después de la cautividad, y los vasos sagrados que fueron llevados de vuelta a la casa, lo anuncian típicamente. Pero porque de todas estas cosas el profeta Esdras explica suficientemente cómo fueron hechas, es lícito recordar algo de su volumen, y, según el Señor lo conceda, exponerlo en sentido espiritual, para que se manifieste más claramente cómo aquellos que perecieron por negligencia o error deben regresar a la penitencia; cuánta gracia de Dios, cuánto esfuerzo de ellos mismos se debe pedir o obtener el perdón de los pecados cometidos; cómo los mismos penitentes, junto con aquellos que recientemente han venido a la fe, edifican una y la misma casa de Cristo, y juntos esperan en el futuro las solemnidades de su dedicación.

CAPÍTULO PRIMERO. Ciro al inicio de su reinado libera la cautividad del pueblo de Dios, y habiendo devuelto los vasos sagrados, les ordena subir a Jerusalén y reconstruir el templo.

En el primer año de Ciro, rey de Persia, etc. Relatan las antiguas historias, con las que concuerda la Escritura del profeta Daniel, que Ciro, rey de Persia, junto con Darío, rey de los medos, destruyó el imperio de los babilonios, habiendo matado a su último rey Belsasar, y destruido y devastado la misma ciudad. Este Ciro, sabiendo que el reino le había sido entregado por el Dios de Israel, tan pronto como superó aquel reino que había cautivado al pueblo de Israel y lo oprimía con servidumbre, dio la facultad a dicho pueblo de regresar a su patria y reconstruir la casa de su Dios, que había sido incendiada; y no solo comunicó esta sentencia de libertad con palabras a los presentes, sino que también la mandó a aquellos que estaban más lejos por todas las provincias de su reino, enviando cartas, confesando públicamente que el mismo que es el Dios de Israel es el verdadero Señor y Dios del cielo, y

el autor de todos los reinos. Todo esto fue predicho claramente por los santos profetas y Jeremías. De los cuales Jeremías también predijo el número de años que servirían en Babilonia, y cuándo serían llamados de regreso a su patria. Isaías, además, mostró sin enigmas de locución profética el nombre del rey Ciro, por quien serían liberados del servicio y llamados de regreso, con cuyo permiso restaurarían el templo. Dice Jeremías: Así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel, a toda la transmigración que hice trasladar de Jerusalén a Babilonia: Edificad casas y habitad, etc. Así dice el Señor de los ejércitos: Cuando comiencen a cumplirse en Babilonia setenta años, os visitaré, y suscitaré sobre vosotros mi buena palabra, y os haré volver a este lugar (Jer. XXV, XXIX). Por su parte, Isaías: Así dice el Señor, tu Redentor, y tu Formador desde el vientre: Yo soy el Señor que hace todas las cosas. Y poco después: Que digo al profundo: Desolad, y secaré tus ríos. Que digo a Ciro: Eres mi pastor, y cumplirás toda mi voluntad. Que digo a Jerusalén: Serás edificada, y al templo: Serás fundada (Isa. XLIV). Así dice el Señor a mi ungido, a Ciro, cuya mano derecha he tomado, para someter ante él naciones, y volveré las espaldas de los reyes, y abriré ante él puertas, y no se cerrarán las puertas. Yo iré delante de ti, y humillaré a los gloriosos de la tierra. Romperé las puertas de bronce, y quebraré los cerrojos de hierro. Y te daré los tesoros escondidos, y los secretos de los secretos, para que sepas que yo soy el Señor, que llamo tu nombre, el Dios de Israel, por mi siervo Jacob, y mi elegido Israel. Y te llamé por tu nombre, te asemejé, y no me conociste. Yo soy el Señor, y no hay otro, fuera de mí no hay dios. Te ceñí, y no me conociste (Isa. XLV). De esta profecía de Isaías se debe creer que Ciro, el rey, amó especialmente a los hijos de Israel, y los liberó de la cautividad, y los envió a casa, y les ordenó reconstruir el templo del Señor, porque escuchó que sus profetas habían predicho por el Espíritu de Dios sobre su reino y la destrucción de Babilonia. Pues los mismos profetas habían expresado especialmente el tipo de ataque con el que Babilonia comenzaría a ser destruida; de los cuales Isaías dice: Que digo al profundo: Desolad, y secaré tus ríos. Por su parte, Jeremías: El muro de Babilonia, ese ancho, será socavado, y sus puertas altas serán quemadas con fuego. Relatan las historias que, habiendo dividido y vaciado el río Éufrates en muchos canales, que fluía por el medio de Babilonia, el enemigo entró en la ciudad por su lecho seco y desolado. Hemos dicho estas pocas cosas sobre la historia. Pero según los sentidos místicos, el rey Ciro designa al Señor Salvador tanto por el nombre como por los hechos, lo que no decimos por nuestra conjetura, sino por las clarísimas palabras de Isaías, en las que decía de parte del Señor: Te asemejé, y no me conociste (Isa. XLV). Pues Dios lo asemejó a su Hijo unigénito, aunque él no conoció al Dios que lo asemejaba; primero en que se dignó llamarlo su ungido; luego en que dispuso que fuera llamado Ciro, que se interpreta como heredero, mucho antes de que naciera; pues este vocablo conviene adecuadamente a aquel a quien Dios Padre dice: Pídeme, y te daré por herencia las naciones (Sal. II). De quien también el Apóstol: A quien constituyó heredero de todo, por quien también hizo los siglos (Hebr. I). De quien también, cuando apareció en la carne, los enemigos que lo perseguían decían: Este es el heredero, venid, matémoslo, y será nuestra la herencia (Mat. XXI; Mar. XII). Pero también en que Dios Padre, al decir que sometió ante Ciro las naciones, y volvió las espaldas de los reyes, rompió las puertas de bronce, y quebró los cerrojos de hierro, es decir, de Babilonia, o de otras ciudades que tomó, y que le dio los tesoros escondidos, y los secretos de los secretos, es decir, las riquezas desconocidas de diversas provincias, lo asemejó al Señor y Salvador nuestro, quien, al predicar los apóstoles por el mundo, sometió a su dominio los cuellos de todas las naciones, y también a los mismos señores de las cosas, y a los autores de la sabiduría secular; quien destruyó las puertas del infierno, para introducir a sus elegidos, arrebatados de allí, a la libertad de la patria celestial; quien destruyó los errores de las naciones, y subvirtió las doctrinas fortificadas por la razón humana a través de las bocas de los humildes, para que, corregidos, les abriera la luz de su fe y verdad, en la que están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y el conocimiento. Estos tesoros, el mismo

Señor nuestro los tuvo eternamente en la naturaleza de la Divinidad desde el Padre; pero en la humanidad asumida los recibió en el tiempo, desde el momento en que comenzó a ser hombre. Por lo tanto, el Señor asimiló a Ciro a su Hijo unigénito, Dios y Señor nuestro Jesucristo, porque así como él, habiendo destruido el imperio de los caldeos, liberó al pueblo de Dios y lo envió a su patria, y ordenó que se reconstruyera el templo que había sido incendiado en Jerusalén, y se preocupó por manifestar este mismo edicto también por escrito, para que se cumplieran las palabras de Jeremías, que predijo que esto sucedería; así también el Mediador entre Dios y los hombres, habiendo destruido el reino del diablo por todo el mundo, reunió a sus elegidos, que estaban dispersos, revocados de su tiranía, en su Iglesia. Que también en el presente, justificada por la fe, tiene paz con Dios por Él, y se apresura hacia la visión de la paz perpetua en el futuro: pues Jerusalén se llama visión de paz. Que también hace restaurar el templo que había sido incendiado, cuando aquellos que habían perdido la fe por las insidias del antiguo enemigo, los devuelve a la salvación, haciéndolos dignos de su morada. Pero también envió las Escrituras sagradas al mundo entero, para que predicaran la fe de su nombre y la esperanza de salvación a todos los que pertenecen a su reino, es decir, a todos los elegidos. Que esto sucedería no solo Jeremías, sino todos los profetas en común lo predijeron. Según lo que Él mismo dijo a los discípulos: Porque es necesario que se cumpla todo lo que está escrito en la ley de Moisés, y en los profetas, y en los salmos acerca de mí (Luc. XXIV). El Señor suscitó el espíritu del rey Ciro de Persia, para que, reconociendo el poder y la providencia del Dios de Israel, hiciera lo que la Escritura narra de él. Y el Señor dijo en el Evangelio a los judíos: Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre, entonces conoceréis que yo soy, y que nada hago por mí mismo; sino que, como el Padre me enseñó, así hablo (Juan VIII). Lo que en su Escritura dice el mismo Ciro: Todos los reinos de la tierra me ha dado el Señor Dios del cielo; bien confesó que el Dios de Israel es el Señor Dios del cielo, a quien también reconoció tener en su poder todos los reinos de la tierra, y poder dárselos a quien quisiera. Pero parece menos verdadero lo que dice que a él le fueron entregados todos los reinos de la tierra, a menos que se entienda que en ese tiempo, cuando escribió esto, no tenía ningún adversario en su reino; o ciertamente, habiendo vencido, destruido y agotado un imperio tan robusto y antiguo como el de los caldeos, creyó que ningún reino en todo el mundo podría resistir al suyo. Pero esta frase conviene verdaderamente a la majestad de aquel que dijo: Me ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra (Mat. XXVIII). Sigue la misma Escritura de Ciro:

¿Quién hay entre vosotros de todo su pueblo, esté su Dios con él, etc. Gran fe del rey, gran piedad se muestra en estas palabras. Fe, porque entendió que el pueblo de Israel era el pueblo de Dios por encima de todas las naciones. Piedad, porque, sin excepción alguna, permitió que todos los que quisieran regresaran libres a su patria. Fe, porque confesó que el mismo Señor Dios habita en los cielos, y está en Jerusalén, y puede ascender con cada uno de los que regresan de Babilonia a Jerusalén. ¿No es claro como la luz que él no creyó que este Dios fuera corpóreo y limitado por el lugar, sino Espíritu y presente en todas partes? ¿A quien así confesó tener lugar en Jerusalén y en el templo, que al mismo tiempo no dudó que presidiera el reino del cielo; así creyó que reina en los cielos, que no obstante está con sus fieles en la tierra, y dirige sus mentes y manos a hacer lo que es saludable? Además, todas las palabras de esta Escritura de Ciro tienen un sentido espiritual. ¿A quién no le queda claro que solo aquellos con quienes Dios está pueden pasar de la confusión de los pecados a las obras de virtud, como de la servidumbre babilónica, a Jerusalén a la libertad? Porque sin Él nada podemos hacer (Juan XV). ¿Quién no ve que en la misma sentencia se menciona la ascensión? Porque ciertamente todos los que pecan, y los que sirven a las preocupaciones del mundo, están en lo bajo. Pero los que desean agrandar a Dios, es necesario que eleven su mente a lo alto, suspiren por lo celestial, trasciendan por amor a lo eterno todas las pompas y

seducciones del mundo. También se menciona que Jerusalén está en Judea, es decir, en la confesión, para que los que por el olvido de Dios merecimos ser cautivados por los caldeos, que se interpretan como demonios, es decir, espíritus malignos, por la confesión de la piedad divina regresemos a la visión de la paz y luz libre; y allí edifiquemos una casa al Señor Dios de Israel, es decir, en la unidad de la paz católica, en la confesión de nuestra iniquidad, o de la misericordia y gracia divina. Preparemos nuestros corazones, en los cuales el mismo Señor se digne habitar propicio, y con su presencia iluminar. Pero también procuremos encender los corazones de los prójimos para la alabanza de su Creador y las obras de piedad. Pues de ambas maneras edificamos una casa al Señor, cuando nos ejercitamos en las obras de justicia, o cuando provocamos a los que podemos al camino de la justicia, tanto con ejemplos como con palabras. Siguen las demás palabras de la misma Escritura del rey Ciro:

Y todos los demás en todos los lugares, dondequiera que habiten, ayúdenle, etc. Se debe notar la distinción de las palabras, porque a todos los liberados de la injuria de la cautividad, el rey les dio la facultad de que cualquiera que quisiera subir para edificar el templo del Señor, lo hiciera con un guía. Sin embargo, no ordenó que todos subieran allí. Si había algunos del mismo pueblo de Dios, a quienes les agradaba más que a otros disfrutar de la libertad otorgada en otros lugares, a estos les ordenó que ayudaran a los que subían desde su propio lugar, dándoles dinero o ganado para la necesidad de tan largo viaje. Pero también deseó que les dieran y encomendaran otros dones, que al llegar allí, debían ofrecer en el templo del Señor en memoria de los que permanecían. Por tanto, todos fueron liberados de la cautividad babilónica. Todos se dedicaron a actos de piedad; pero los más perfectos subieron para edificar el templo del Señor, y los demás ayudaron a los que subieron. Porque aunque todos los elegidos son rescatados del poder de las tinieblas, pertenecen a la libertad de la gloria de los hijos de Dios, todos se alegran de ser contados en la sociedad de la santa ciudad, es decir, la Iglesia; pero no es de todos, sino solo de los perfectos, trabajar en la edificación de la misma Iglesia, incluso predicando a otros. Por lo cual, tales personas son consideradas dignas de doble honor por el Apóstol (I Tim. V); como también el ángel le dice a Daniel: "Los que sean sabios brillarán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan a muchos la justicia, como las estrellas por toda la eternidad" (Dan. XII). Estos, sin duda, los instructores de muchos, cuanto más instruyen a sus ayudantes para buscar y amar las cosas celestiales, menos se preocupan por adquirir o poseer cosas terrenales, e incluso muy a menudo, lo que han adquirido temporalmente, lo dejan todo por la esperanza de lo eterno. Por lo tanto, es necesario que su pobreza, para que puedan subsistir en la predicación, sea socorrida por la generosidad de los más ricos, que no pueden predicar, para que también ellos puedan ser partícipes de la misma predicación. De cuya persona dice Juan a Gayo: "Porque por su nombre salieron, sin aceptar nada de los gentiles" (3 Juan). Nosotros, por tanto, debemos acoger a tales personas, para que seamos cooperadores de la verdad. Por lo cual ahora se dice que aquellos que subían para edificar la casa del Señor debían ser ayudados con la generosidad de dinero por sus amigos dondequiera que habitaran, es decir, ya sea en Caldea o en otros lugares a los que hubieran huido por miedo a los caldeos: excepto, dice, lo que ofrezcan voluntariamente al templo de Dios, que está en Jerusalén; porque es necesario que aquellos que abundan en riquezas temporales no solo ministren lo necesario a los pobres de Cristo de estas cosas, sino que también ellos mismos trabajen de buena gana en lo que puedan por sí mismos; para que por el mérito de estos, como una ofrenda espontánea, también ellos merezcan tener parte en el templo de Dios, que es la Iglesia. Basta con haber dicho esto brevemente sobre la escritura del rey Ciro. Y nadie dudará de que sus palabras rebosan de sacramentos espirituales: ya que se ha predicho que Dios despertó su Espíritu, para que entendiera que estas cosas debían ser escritas o mandadas; ya que para cumplir las palabras

de los profetas, el profeta Esdras nos ha advertido que él mandó estas cosas a los pueblos. ¿Cómo podría ser que un rey, advertido por inspiración divina, no pudiera escribir los secretos celestiales, quien se prueba que conoció a Dios, lo confesó, y amó y restauró el verdadero esplendor de su casa? cuando un gobernador pérfido, enemigo y homicida de nuestro Redentor, escribió el mayor sacramento de la verdadera fe, al poner sobre su cruz: "Este es Jesús Nazareno, rey de los judíos". En cuya intención del título, permaneció tan firme, que de ninguna manera pudo corromperlo para los judíos, aunque lo pidieran mucho. Que también, por la gracia de un misterio cierto para nosotros, lo escribió en hebreo, griego y latín; porque, sin duda, toda la ley divina que tenían los hebreos, toda la sabiduría mundana en la que se gloriaban los griegos, todo el reino terrenal, en el que entonces sobresalían principalmente los romanos, testifica a Cristo como rey de todos los santos y confesores de Dios. Si, por tanto, la Escritura de un príncipe hostil a Dios está cargada de tantos y tan grandes sacramentos, ¿cuánto más un rey amante y hacedor del culto divino, inspirado o despertado por el Señor, como dice el profeta, pudo proclamar y divulgar por escrito los secretos que son del Señor? El fruto que sus edictos o escritos tuvieron, el siguiente texto del orden de la Sagrada Escritura lo muestra.

Y se levantaron los jefes de las casas paternas de Judá y Benjamín, etc. Ciro, en efecto, con voz transmitida y cartas enviadas por todo su reino, permitió, e incluso ordenó, que de todo el pueblo de Israel, que constaba de doce tribus, aquellos con quienes estuviera Dios, subieran a Jerusalén para edificar la casa del Señor. Sin embargo, no de todo el pueblo, sino solo de Judá y Benjamín, y de la tribu sacerdotal y levítica, a quienes pertenecía Jerusalén y el templo del Señor, quisieron subir. Pues las otras diez tribus ya habían sido alejadas del templo del Señor y del culto de la piedad bajo el rey Jeroboam, y por el mérito de tan gran transgresión, habían sido capturadas por los reyes de Asiria y trasladadas más allá de las montañas de los medos, y nunca se dice que todas hayan sido devueltas a su patria. Sin embargo, las dos tribus de Judá y Benjamín, que poseían Jerusalén y las regiones circundantes de Judá, junto con los sacerdotes y levitas, a quienes pertenecía el ministerio del templo, aunque también imitaron los pecados de las diez tribus, nunca abandonaron la habitación de la ciudad de Jerusalén ni las ceremonias del templo. Por lo cual, fueron las últimas en ser capturadas por los caldeos, y las primeras, bajo el reinado de los persas, en ser permitidas regresar a su hogar; y con razón, porque de la tribu de Judá nació nuestro Señor, y su madre María también estaba unida por derecho de consanguinidad a la tribu de Leví. Por lo cual, Isabel, esposa del sacerdote Zacarías, es llamada su pariente por el ángel (Luc. I). La tribu de Benjamín también se unió a ellos con fe religiosa, principalmente porque la misma ciudad de Jerusalén estaba en su suerte, y por eso mereció ser partícipe de la misericordia otorgada a ellos. Hermosamente se dice: Porque los jefes de las casas paternas de las tribus mencionadas se levantaron para subir a edificar el templo del Señor. Porque es obra de los jefes y padres, es decir, de los maestros, asumir el esfuerzo del trabajo piadoso para edificar la mente de los errantes, exhortando, reprendiendo, corrigiendo en el estudio de la buena obra. Y bien se dice que se levantaron para subir a Jerusalén, porque están como caídos con ánimo débil e inerte, quienes se niegan a cuidar de su propia salvación o de la de sus hermanos. Se levantan, en verdad, al escuchar el edicto del rey, o más bien, al ser despertados por el Señor en su espíritu, para que suban a edificar la casa del Señor, cuando, advertidos por las palabras de las Sagradas Escrituras y encendidos por la gracia de su Creador, disipan la negligencia anterior; y, habiendo tomado el propósito de un mejor camino, con los progresos diarios de buenas obras, como con ciertos grados de ascensión, se esfuerzan por alcanzar las cumbres de las virtudes, que están en la visión de la paz eterna. En estos grados, los primeros son que cada uno refrene su propia vida de los vicios viviendo bien. Los segundos, que también conviertan a los prójimos de sus errores o negligencias enseñando bien. Los supremos, que después de las buenas obras y la

doctrina, esperen las alegrías de la recompensa eterna. Pero que todos los que así subieron para edificar la casa del Señor, fueron ayudados por todos los que estaban alrededor en plata y oro, sustancia y ganado; brevemente hemos discutido arriba cómo debe ser entendido mística y correctamente; que la pobreza de los predicadores debe ser sostenida por la abundancia de los ricos creyentes. Lo cual también puede ser entendido correctamente de esta manera; que las manos de los que edifican el templo sean ayudadas por sus compañeros, que no pueden edificar, con dinero dado; cuando los hombres seculares confían sus hijos o familia a los santos predicadores para que los eduquen en el Señor; para que lo que no pueden hacer por sí mismos, lo ofrezcan al Señor como un don de su devoción a través de aquellos que pueden realizarlo. Dan vasos de plata, cuando entregan hombres brillantes en elocuencia; dan de oro, cuando entregan a los de ingenio natural destacado; dan bestias, cuando entregan a los de sentido más lento, pero mansos para llevar el yugo ligero y suave del Evangelio; dan ganado, cuando entregan a los humildes de espíritu y mansos, que suelen dar gratuitamente de sus bienes, como de leche o lana, a los pobres; también dan sustancia y mobiliario variado, cuando encomiendan a los santos doctores del Señor hombres o mujeres distinguidos por las flores de diversas buenas obras, para que sean consagrados al Señor y progresen en la edificación de su casa. Porque hay muchos que por don natural son castos, pacientes, modestos, liberales, abstinentes, benignos, rechazando a la vez los honores y delicias del mundo, amantes de la justicia no menos que de la sabiduría, y tal vez como Cornelio, perseverando en oraciones y limosnas; de los cuales dice el Apóstol: "Porque no teniendo ley, hacen naturalmente lo que es de la ley" (Rom. II). Estos, cuando son ofrecidos a los santos predicadores para renacer en Cristo, o para ser más confirmados en la fe, son como mobiliario variado, que se lleva para edificar la casa del Señor, y se entrega a los príncipes de las casas paternas.

También el rey Ciro sacó los vasos del templo del Señor, etc. Nabucodonosor tomó los vasos del Señor de Jerusalén, cuando cualquier espíritu inmundo, arrebatando a algunos fieles de la Iglesia, los priva del gozo de la paz interna. Pero los coloca en el templo de su dios, cuando los une a la compañía de los réprobos, que son el templo y la ciudad del diablo, cabeza de todos los males y de los ángeles y hombres. Pero el rey Ciro los saca y los entrega al príncipe de Judá para que sean devueltos a Jerusalén, cuando nuestro Señor, que es el heredero de todo, rescata de la potestad de Satanás a aquellos que ha predestinado para la salvación eterna, y los ofrece a los sacerdotes de la Iglesia para que sean reconciliados por la penitencia; y bien se dice que los vasos fueron enumerados para el príncipe de Judá; porque el Señor conoce el número de sus elegidos, y ninguna de sus ovejas que confiesan su gran y terrible nombre perece; porque Judá significa confesión.

Y este es su número: copas de oro treinta, etc. Las diversas especies de vasos designan diversas personas u operaciones de los fieles. De hecho, leemos en el Apocalipsis que "los veinticuatro ancianos tenían copas de oro llenas de incienso" (Apoc. V); y la Escritura, explicando, añadió: "Que son las oraciones de los santos". Las copas, por tanto, que son vasos abiertos, designan los corazones simples, que no saben ocultar ningún pensamiento engañoso, sino que suelen expresar con lengua pura lo que tienen en el alma. Por lo cual, correctamente se dice que contienen aromas, es decir, oraciones aceptables a Dios. Por el contrario, los corazones impuros de los réprobos se comparan con esponjas, que son oscuras en sus recovecos ciegos. Por lo cual, los judíos ofrecieron a Cristo crucificado una esponja llena de vinagre (Mat. XXVII; Marc. XV; Juan XIX); para que con tal ministerio figuraran que a su Creador, que vino a ellos en carne, ofrecían pensamientos y palabras amargas, degenerando del sabor purísimo de sus padres. Los cuchillos, que se usaban para cortar y dividir según la razón adecuada los miembros de las víctimas, para que, una vez todo

correctamente distinguido, una parte se consumiera en el altar con fuego sagrado, otra parte fuera para los sacerdotes, otra para los levitas, y otra para el uso de los oferentes; sin duda, en la Iglesia representan a aquellos que son insignes por el don de la discreción, que saben perfectamente discernir del sacrificio de salvación, que es Cristo, lo que debe ser dicho a todos, lo que solo a los más perfectos, lo que excede el modo de la cogitación humana, debe ser atribuido al fuego del Espíritu Santo; también porque las víctimas de Dios son todos aquellos que se le consagran con fiel servicio. Los cuchillos con los que se dividen en pedazos los miembros de las víctimas, son típicamente entendidos como los escribas instruidos en el reino de los cielos; que, examinando cuidadosamente los méritos y sentidos de sus oyentes, saben bien juzgar en qué grado del ministerio eclesiástico deben promover a cada uno. Las copas, que son vasitos para beber, expresan figurativamente a aquellos que suelen embriagarse con el fervor más ardiente de la caridad interna. Pero que algunos vasos fueran de oro, otros de plata; los de oro significan a aquellos que resplandecen con mayor esplendor de sabiduría espiritual; los de plata, a aquellos que, brillantes en el arte de hablar, saben exponer más elocuentemente lo que conocen; a quienes el Apóstol distingue, diciendo: "A uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría, a otro palabra de ciencia según el mismo Espíritu" (I Cor. XII). Pero que el número de los vasos, tanto de cada uno en particular como en la suma general de todos, se menciona, nos advierte que el Señor contiene en el libro de la memoria eterna la suma de sus elegidos, no solo de aquellos que perseveran en la pureza de la fe recibida, sino también de aquellos que, después de haberse desviado, regresan a la fe arrepiñéndose. En cuya figura se añade apropiadamente:

Todo lo llevó Sesbasar, etc. Porque, sin duda, ninguno de los que están predestinados a la vida puede perecer para siempre; sino que todos los que son del Señor, aunque por algún tiempo parezcan ser llevados a Babilonia, es decir, a la confusión de los pecados, por la divina providencia son de alguna manera reunidos a la paz de la Iglesia a través de la sociedad de los justos. Por otro lado, los vasos que se dice que el ejército de los caldeos capturó en Jerusalén y rompió, y que fueron llevados rotos a Babilonia, expresan el tipo de aquellos que son capturados por el diablo vencedor de tal manera que, antes de que puedan ser salvados por el arrepentimiento, son arrebatados de las cosas humanas y llevados a un castigo eterno.

CAPÍTULO II. Se describe el número de los que regresaron a Judea bajo la dirección de Zorobabel y Josué: así como la suma del dinero que los príncipes de las casas paternas ofrecieron para la restauración del templo.

Estos son los hijos de la provincia, que subieron de la cautividad, etc. Llama hijos de la provincia de Judea, no de Babilonia. A esta pertenecían no solo aquellos que fueron trasladados de ella a Babilonia, sino también los que de su linaje nacieron en Babilonia. Que aunque nacieron corporalmente en Babilonia, con todo su ánimo suspiraban por Judea y Jerusalén. De los cuales el ilustre líder de ellos, Zorobabel, llevaba la figura, que por su nombre, en efecto, muestra que nació en Babilonia; pero por su intención y actos, muestra que es ciudadano de Jerusalén. En otro sentido, son hijos de la Iglesia, hijos de la patria celestial, no solo aquellos que ya están imbuidos de los sacramentos de la Iglesia, sino también aquellos que, aunque errantes por algún tiempo entre los impíos, están, sin embargo, por la elección divina, predestinados antes de los siglos a la vida, y en su tiempo serán consagrados a los misterios de la gracia divina. De los cuales se añade apropiadamente:

Y regresaron a Jerusalén y Judá, etc. Porque cuando los liberados del poder de Satanás, aquellos que se habían desviado de la fe, junto con aquellos que recientemente habían aprendido la fe, regresan a Jerusalén de la paz deseada, y a Judá de la confesión devota o

alabanza divina, cada uno inmediatamente repite su propia ciudad, es decir, ejecuta devotamente la custodia y operación de las virtudes que la divina largueza le ha otorgado según la medida de la fe. Y bien, cuando dijo en general que regresaron a Jerusalén y Judá, inmediatamente añadió: "Cada uno a su ciudad", porque, sin duda, así como cada uno habitaba en sus ciudades, todos en general pertenecían a Jerusalén y Judá. Por tanto, Jerusalén designa el estado universal de la santa Iglesia, que está en todo el mundo. Las ciudades que pertenecen a ella designan las virtudes individuales de los fieles, en las cuales, como en el resguardo de las ciudades, se protegen de las tentaciones e incursiones de los espíritus malignos; también pueden ser entendidas por las ciudades en las que habitaban aquellos que vinieron de la cautividad a Jerusalén y Judá, las diversas Iglesias de Cristo en todo el mundo, de las cuales todas juntas se completa una sola católica. En las cuales, quienesquiera que habiten, cada uno se profesa hijo de la Iglesia católica, como ciudadanos de Jerusalén. Sin embargo, antes que otros, usaban como líderes a Zorobabel y Jesús; de los cuales uno se muestra en muchos lugares de la historia sagrada que descendía de la prosapia real, y el otro de la sacerdotal; ambos designan una y la misma persona de nuestro Redentor, verdadero rey y sumo sacerdote. Porque él solo es por quien debemos venir a la salvación. Por lo cual dice: "Nadie viene al Padre, sino por mí" (Juan XIV). Que reúne a cada uno de los elegidos, ya sea por sí mismo con inspiración oculta, o con instrucción abierta a través de los santos predicadores, de la confusión de la vida presente a la visión de la paz perpetua, y a la confesión de la alabanza divina, como a Jerusalén y Judá desde Babilonia. Que, sin duda, la visión de la paz y la confesión de gracias, por su don, en el presente se inicia, pero en el futuro se perfecciona.

Número de los hombres del pueblo de Israel, hijos de Fares dos, etc. Después del catálogo de los líderes, consecuentemente el número del pueblo; después de la suma del pueblo enumerada, los grados de los dedicados a Dios siguen en orden. Llama pueblo de Israel a la tribu de Judá y Benjamín, y a cualquiera de las otras tribus que habían escapado de las manos de los asirios; pero que con ellos fueron capturados por los babilonios y llevados igualmente a la cautividad. De hecho, es notable que en la misma serie del catálogo, y más donde el mismo catálogo se repite en la segunda parte del libro, es decir, en las palabras de Nehemías, se insertan casi quince nombres de ciudades que, si no me equivoco, se encuentran todas en la tribu de Judá y Benjamín. Por lo cual, es verosímil que el pueblo de Israel en este lugar deba entenderse principalmente de estas tribus, junto con los sacerdotes y levitas que habían tenido su suerte entre ellos. Los netineos, que se describen en orden después de los sacerdotes, levitas, cantores y porteros, eran entonces aquellos que ahora en la Iglesia se llaman subdiáconos, obedientes a los oficios de los levitas, y recibiendo las ofrendas en el templo de los pueblos. Por otro lado, los hijos de los siervos de Salomón se llamaban los autores del templo, que tenían el cuidado de reparar los edificios sagrados, o cualquier cosa que hubiera sido dañada, para que fuera restaurada nuevamente por ellos con el dinero sagrado. Pero lo que dijimos antes sobre los vasos, ahora debe decirse sobre el pueblo; que la Escritura tan vigilante distingue cuántos de cada generación de cautivos regresaron a su patria liberados; para que de ello seamos advertidos con cuánta certeza el Señor escribe la suma de sus elegidos en el libro de la vida, y como en el registro del cielo consigna cuántas almas cada uno de los fieles, ya sea predicando o mostrando ejemplos de buenas obras, ha convertido del error; por cada una de las cuales recompensa con una cierta recompensa a aquellos que las convirtieron.

Y estos que suben de Telmela, etc. En este lugar, incluso según la letra, se muestra la gracia de Dios, por la cual también en el Antiguo Testamento los gentiles eran recibidos para la salvación. Después de exponer el catálogo de aquellos que verdaderamente pertenecían al

pueblo de Dios, se añadieron también algunos de ellos, de quienes se ignoraba si eran de Israel o de los prosélitos, y su número se expone junto con los hijos de Israel. Aunque debido a la larga separación de sus padres del templo o del pueblo de Dios, no podían indicar cómo pertenecían a él; sin embargo, porque, dada la licencia general, habían subido de la cautividad, y con aquellos que ciertamente descendían de la semilla de Israel, se apresuraban a edificar el templo de Dios, eran recibidos por ellos como compañeros. Se alegraban de tenerlos como hermanos y conocidos por el amor a la fe y religión comunes, aunque debido a la incertidumbre de su origen carnal parecían tenerlos menos conocidos. Por otro lado, en el sentido espiritual, entre los penitentes, que liberados de la cautividad de los vicios, ascienden para edificar, ya sea en sí mismos o en otros, la casa del Señor. A menudo hay algunos atados a pecados más graves, que parecen tan alejados de todo acto de piedad y castidad, que parece que nada de bondad y religión, que habían recibido de los doctores santos, ha permanecido en ellos. De los cuales, ¿qué más se puede decir, sino que no pueden indicar si fueron generados de Israel, es decir, de la santa Iglesia creyendo; porque ciertamente tales, pecando, se hicieron como si en nada hubieran pertenecido a la semilla santa; quienes, sin embargo, a veces se corrigen tanto al arrepentirse y se convierten a una vida mejor, que su número con razón se inscribe en los cielos entre los verdaderos israelitas, en quienes no hay engaño (Juan I).

Y de los hijos de los sacerdotes, los hijos de Tobías, etc. Los hijos de la transmigración actúan con la misma cautela hacia los sacerdotes, como se dice que actuaron hacia el pueblo. Se preocupaban mucho para que sin confusión se hiciera evidente quiénes pertenecían verdaderamente al pueblo de Israel o al linaje sacerdotal; y quiénes eran sospechosos, o ciertamente procreados de la estirpe de prosélitos, es decir, de extranjeros. Así, removieron a los sacerdotes sospechosos del oficio del altar, hasta que su origen se aclarara más; pero no obstante, mantenían con ellos una paz unánime en la sociedad de los transmigrantes. Según el sentido místico, los hijos de los sacerdotes, ascendiendo de la cautividad babilónica, buscan la escritura de su genealogía, y al no encontrarla, son expulsados del sacerdocio; cuando los mismos ministros del altar caen en crímenes tan grandes y dogmas tan infames, que si al arrepentirse regresan a la salvación del alma, no pueden hacerse dignos de ser promovidos al sagrado grado que perdieron, ni de repetir el oficio de enseñar en el Evangelio o de confeccionar los sacramentos. Estos, aunque esperan la vida eterna entre los fieles, no encuentran la escritura de su grado, que no pueden repetir, entre los sacerdotes perfectos.

Toda la multitud como uno, etc. Nota la gracia de la Iglesia primitiva, en la cual el corazón y el alma de la multitud de creyentes eran uno (Hechos IV), también se encuentra en este grupo de transmigrantes: de modo que, aunque era un ejército tan grande, que casi completaba la suma de cincuenta mil, y existiendo aquí de diversos grados y condiciones, no obstante, toda la multitud por la misma fe y amor, parecía ser como un solo hombre, por donación de aquel que hace habitar a los unánimes en casa. Los siervos y siervas de los que regresan de Babilonia a Jerusalén, tienen el tipo en la Iglesia de aquellos que, con el progreso de una vida más enmendada, se esfuerzan por superar los vicios y ascender a la cumbre de las virtudes; pero aún no se bastan a sí mismos para proveer el camino de la vida regular, sino que necesitan más bien ser guiados y dirigidos al camino de la verdad deseada por la industria de aquellos que los precedieron en Cristo. Sigue:

Y entre ellos cantores y cantoras doscientos (II Crónicas XXV). No solo en el orden de los levitas se encuentran cantores con los porteros del templo y los natineos, sino que también en el mismo pueblo de Dios, unidos a ellos, se encuentran cantoras, que se apresuran a restaurar los edificios de la casa de Dios. Llama cantores, según la letra, a aquellos que resonaban los salmos con dulce modulación; lo que los levitas solían hacer en el templo de Dios entre los sacrificios diarios, lo atestiguan las Palabras de los Días. Pero es creíble que en ese tiempo

también muchos del pueblo lo hacían cada uno en sus lugares. Según los sentidos místicos, los cantores son en el templo o pueblo de Dios, quienes con mayor dulzura de ánimo guardan los mandamientos celestiales y los recomiendan a sus oyentes para que los guarden con frecuentes exhortaciones. Bien se juntan a los cantores también cantoras, por el sexo femenino, en el cual se encuentran muchas personas que no solo viviendo, sino también predicando, encienden los corazones de los prójimos para alabar a su Creador, y como con la suavidad de la santa voz ayudan al trabajo de los que edifican el templo del Señor. A cuyo ministerio conviene tanto el título como el texto del salmo CXV. Pues el título es, Cuando se edificaba la casa del Señor después de la cautividad, cántico para David. Lo que según la letra, parece sonar la restauración del templo, de la cual escribe el presente libro. Pero en sentido anagógico, es decir, más alto, insinúa la edificación de la santa Iglesia, que se hace de las almas salvadas de la cautividad demoníaca, y llamadas al conocimiento de su Creador; en cuya edificación cada uno debe resonar un cántico de alabanza y confesión, con mano fuerte y deseable, es decir, al Señor Jesucristo; entendiendo verdaderamente que sin su gracia no puede hacer nada bueno. A cuyo título conviene también el salmo: Cantad, dice, al Señor un cántico nuevo, cantad al Señor, toda la tierra. Cantad al Señor, y bendecid su nombre, anunciad de día en día su salvación. Anunciad entre las naciones su gloria, en todos los pueblos sus maravillas (Salmo XCV), etc. Primero, pues, se nos manda en la edificación de la casa del Señor, cantar al mismo Señor un cántico nuevo, es decir, retener su amor en el corazón interno, y mostrar la observancia de sus mandamientos afuera; y esto no pocos, sino toda la tierra, por la cual se ha extendido la santa Iglesia. Luego se nos manda evangelizar su salvación, es decir, Cristo (esto es en latín bien anunciar); y esto no a pocos oyentes, sino a todos los pueblos de los cuales consta la Iglesia difundida por todo el orbe; no porque uno solo pueda evangelizar en todas las naciones, sino que todos en todas partes podemos, y cada uno de nosotros debe y puede desear a todos el gozo de la salvación perpetua, diciendo: Alabad al Señor, todas las naciones, y alabadle, todos los pueblos. Porque confirmada está sobre nosotros su misericordia (Salmo CXVI), etc.

Sus caballos seiscientos treinta y seis, etc. El mulo nace de un asno y una yegua, la mula de un caballo y una asna. Entre los hombres que subieron de la cautividad, también se describen los animales, con los cuales se ayudaba su viaje; y su número, como el de los hombres, se designa en el libro profético. Porque ciertamente hay muchos en la Iglesia, o más lentos de entendimiento, o incluso carnales de ánimo, que sin embargo obedecen con devoción sumisa a los maestros espirituales y se someten humildemente a llevar las cargas de la necesidad fraterna, y ellos mismos, junto con los demás elegidos, rescatados de la confusión de la cautividad diabólica, tienden a las murallas de la ciudad celestial. Cuyo número, como el de los más perfectos, se conserva íntegro en la memoria del testigo interno eterno. Por lo cual, desde la persona de la santa Iglesia universal se dice a Dios: Mi imperfección vieron tus ojos, y en tu libro todos serán escritos (Salmo CXXXVIII). Y en otro salmo: Salvarás, Señor, a hombres y bestias; como multiplicaste tus misericordias, Dios (Salmo XXXV). Pero enseguida de los más perfectos: Los hijos de los hombres esperarán en la protección de tus alas (Ibid.), etc.

Y de los príncipes de los padres, cuando entraban en el templo del Señor, etc. Es indicio de gran devoción, cuando alguien no solo ofrece las oblaciones debidas, es decir, las prescritas por la ley del Señor, sino que además ofrece espontáneamente otros dones, de los cuales no recibió precepto, sino consejo, a la vista de la divina majestad. Pues el precepto es: No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no dirás falso testimonio; honra a tu padre y a tu madre, y amarás a tu prójimo como a ti mismo (Mateo XIX). La oblación voluntaria: Si quieres ser perfecto, ve, vende lo que tienes, y dalo a los pobres. Y lo que dice el Apóstol:

Acerca de las vírgenes no tengo precepto del Señor, pero doy consejo (I Cor. VII). Y de sí mismo: Y el Señor ordenó a los que anuncian el Evangelio, que vivan del Evangelio: pero yo de ninguno de estos he usado (I Cor. IX). De lo cual también a los Tesalonicenses: Ni comimos gratis el pan de nadie, sino que con trabajo y fatiga, de noche y de día, trabajando, para no ser gravosos a ninguno de vosotros; no porque no tuviéramos potestad, sino para darnos a nosotros mismos como ejemplo para que nos imitéis (I Tes. IV). Por tanto, se dice correctamente que los príncipes de los padres ofrecieron espontáneamente dones para construir la casa de Dios; porque cuanto más se abstienen con continencia de lo prohibido, incluso de lo lícito, tanto más eficazmente edifican la Iglesia de Dios; cuando todos los que conocen los ejemplos de su perfección, tanto más temen caer en lo ilícito, cuanto consideran que ellos no usan de lo lícito en todo; sino que más bien dicen, Todo me es lícito, pero no todo conviene (I Cor. VI). Bien se dice que dieron según sus fuerzas para los gastos de la obra. Esta es la medida de la perfección humana, trabajar cada uno según sus fuerzas para el Señor, y fortalecer el estado de la santa Iglesia primero en su propia recta conversación, y luego en la corrección de los prójimos. Y correctamente, aquellos que así se comportan en el pueblo de Dios, se llaman príncipes de los padres; porque ciertamente, por la perfección de su vida y doctrina, incluso a aquellos que por el estudio de la piadosa solicitud merecieron ser llamados padres en la Iglesia, les gobiernan más alto viviendo y trascendiendo los mandamientos generales de la ley. Ofrecieron, pues, una oblación voluntaria, oro, plata, vestiduras sacerdotales. En el oro, la claridad de la sabiduría, en la plata, el brillo de la elocuencia, en las vestiduras sacerdotales, las obras de justicia, que trascienden mucho las costumbres del vulgo, y son dignas solo de corazones sacerdotales y consagrados a Dios. Pues el tesoro deseable reposa en la boca del sabio; y las palabras del Señor, palabras castas, plata refinada en el fuego; y tus sacerdotes se vistan de justicia (Salmo XI, XVII, CXXXI). Así, oro y plata, y vestiduras sacerdotales, los príncipes de los padres ofrecen según sus fuerzas para los gastos de las obras del templo, cuando los hombres santos, todo lo que perciben de sabiduría, de elocuencia, de acción buena, todo esto lo emplean bien para la edificación de los fieles de Cristo. El peso cierto del oro y la plata, el número cierto de vestiduras sacerdotales se contiene en la historia sagrada, para que según la exposición precedente del número de vasos, hombres y animales, recordemos que el Señor puede siempre, y con digna recompensa, remunerar todos nuestros pensamientos, palabras y actos. Entre estas cosas, es de notar cuánto ha beneficiado al pueblo de Dios la injuria de la cautividad y la larga servidumbre. Pues los que fueron cautivados en un número muy pequeño, es decir, las almas de los hombres, como escribe Jeremías, cuatro mil seiscientas, los demás o muertos o dispersos lejos por el temor de los enemigos, o ciertamente dejados en la patria por la misericordia de los mismos enemigos, ahora multiplicados entre los enemigos, regresaron a la patria casi cincuenta mil hombres. Los que fueron despojados de riquezas y sometidos a igual servidumbre, ahora no solo liberados, sino también enriquecidos con oro y plata, vestiduras, siervos, sustancia y animales, regresan. Y porque especialmente importa, los que perdieron la patria por la multitud de dioses falsos, de modo que se les decía por el profeta increpante, Según el número de tus ciudades eran tus dioses, Judá (Jer. II); ahora repiten la misma patria, no solo gozando de la fe de un solo Dios verdadero, sino también cultivando la misma fe unidos en devoción de alma y concordés, y sometiéndose con mente y lengua religiosa a cantar sus alabanzas; de modo que los que antes por la diversidad de religión eran llamados con el nombre dividido de Israel y Judá, ahora por la unidad de piedad todos son llamados con el antiguo nombre de Israel. Pues el culto de piedad, que en la tierra santa despreciaron con los profetas reclamando, y mostrando ejemplos de justicia, este en tierra ajena, sirviendo a enemigos de la idolatría, lo recordaron. ¿Qué, pues, se debe observar en esto? ¿Qué se debe recordar? Sino que aquellos, a quienes la libertad y la abundancia de todas las cosas en la patria los hizo negligentes, y olvidadizos de los mandamientos

celestiales, a ellos mismos la servidumbre en el extranjero y la pobreza los llevó al servicio de su Creador y Libertador. Pues es cosa familiar que el corazón humano se disuelva con riquezas y libertad, pero con aflicciones y pobreza se recoja a sí mismo. Lo que, pues, se hizo una vez con un pueblo, esto se suele hacer diariamente con todos los que se arrepienten después del pecado; mientras aquellos que por negligencia cayeron en las tentaciones y trampas del diablo, por la industria de la penitencia ayudados divinamente se levantan; los que se apartaron de la sociedad de la Iglesia despojados de las riquezas de las virtudes por el enemigo antiguo, a menudo regresan a su comunión ejercitados con mayores virtudes que las que antes perdieron; porque ciertamente cuanto más recuerdan haber errado gravemente, tanto más se esfuerzan ardentemente en las buenas obras.

Habitaban, pues, los sacerdotes y levitas del pueblo, etc. Todo Israel dice, no solo las diez tribus que antes se llamaban Israel, en distinción de las dos tribus que se llamaban Judá; sino todos en general que habían subido del cautiverio, ya sea de Judá y Benjamín, o de otras tribus de las que descendían. Pues cuando las diez tribus fueron trasladadas a los asirios, y los samaritanos fueron sustituidos en su tierra, todos los que quedaron abandonaron y rompieron todos los ídolos, y comenzaron a servir al Señor con todo su corazón y a ofrecer sus sacrificios en el templo; como claramente prueban las Palabras de los días, donde está escrito: Josías quitó, pues, todas las abominaciones de todas las regiones de los hijos de Israel, e hizo que todos los que quedaban en Israel sirvieran al Señor su Dios, todos los días de él no se apartaron del Señor Dios de sus padres. Y un poco más arriba bajo el mismo rey, cuando se trataba de restaurar la casa del Señor: Tomado, dice, el dinero que había sido llevado a la casa del Señor, y que habían reunido los levitas y porteros de Manasés y Efraín, y todos los restos de Israel, de todo Judá y Benjamín, y los habitantes de Jerusalén, lo entregaron en manos de los que estaban a cargo de los obreros en la casa del Señor. Estos, pues, que quedaron con la tribu de Judá y Benjamín, a quienes se habían unido, fueron llevados cautivos juntos a Babilonia, y juntos fueron devueltos a su patria, y cada uno encontró sus ciudades vacías con campos y aldeas. Pues mientras ellos servían en Babilonia, nadie había entrado en sus tierras, como tampoco en las tierras de las dos tribus, diciendo la Escritura: Si alguno escapó de la espada, fue llevado a Babilonia, sirvió al rey y a sus hijos, hasta que reinó el rey de Persia, y se cumplió la palabra del Señor por boca de Jeremías, y la tierra celebró sus sábados. Pues todos los días de desolación hizo sábado, hasta que se cumplieron setenta años (II Par. XXXVI). Completado, pues, este larguísimo sábado, la tierra de Judá con los restos de Israel recibió a sus habitantes. Sin embargo, la mayor parte de las diez tribus, que habían sido trasladadas por los asirios más allá de las montañas de los medos, nunca regresaron a casa; que aunque regresaran, no podrían entrar en sus ciudades, ya que los samaritanos las poseían. De los cuales hoy los judíos se prometen mucho judaicamente e infielmente, que cuando venga y reine su Cristo, estos también con los demás hombres de su nación regresarán a Judea, y reinarán en todo el mundo; no entendiendo las palabras de los profetas, que prometieron el reino y las riquezas de Jerusalén, la ciudad de Dios, no a una sola nación judía carnalmente, sino a todas las naciones en Cristo espiritualmente, lo que ahora se lleva a cabo en el mundo. Estas cosas sean dichas brevemente sobre la superficie de la letra. En sentido espiritual, los sacerdotes, levitas, cantores, porteros y nathineos habitan en sus ciudades, y todo Israel en sus ciudades, regresando de Babilonia; cuando tanto los ministros del altar santo, como los doctores, y el mismo pueblo de Dios sirven fielmente a Dios en sus respectivos grados; ya sea que en el mismo grado alguna vez manchado o perdido por vicios, sean corregidos por penitencia; o que recién venidos del reino del diablo a la Iglesia, hayan adquirido un buen grado sirviendo bien. Pues los levitas o los hijos de Israel han entrado en sus ciudades; no solo aquellos que una vez cautivos las perdieron, sino también aquellos que

nacidos de la estirpe de los cautivos, aprendieron que pertenecían a esas ciudades por sucesión paterna. Así también en sentido espiritual el levita recibe su ciudad, de la cual fue trasladado de los caldeos, cuando algún diácono de la santa Iglesia, la virtud de la perfección, que seducido por el diablo había perdido, la restaura con la ayuda del Señor. Por ejemplo, quien por embriaguez, o concupiscencia, o soberbia se hizo indigno del grado que había recibido, y de nuevo por continencia, parsimonia, humildad, y otros signos de vida más correcta, regresa más digno a ese mismo grado. Nuevamente, el levita nacido en Babilonia, entra en su ciudad en la tierra de Judá, cuando alguien regenerado en Cristo, se despoja de la culpa de la primera transgresión, y bien instruido en la Iglesia, guarda con moderación regular el grado de diaconado que una vez recibió. Pues también aquel como por la gracia de su Redentor, como si fuera liberado de la servidumbre caldea, así también por la ejecución de buenas obras, en las que sus predecesores del mismo grado se comportaron, asciende como a las murallas de su propia ciudad. Pero cualquiera de los hijos de Israel que fueron llevados cautivos de tal manera que nunca regresaron a su patria, dejando más bien sus ciudades y tierras para que otros las poseyeran; estos sin duda designan los errores de aquellos que pecando se apartan de la Iglesia de tal manera que nunca se arrepienten, sino que más bien dejan a otros que son dignos, las recompensas prometidas para ser recibidas; a uno de los cuales, o más bien a la totalidad, persuadiéndoles a la penitencia, dice el Señor en el Apocalipsis: Recuerda, pues, de dónde has caído, y arrepíentete, y haz las primeras obras. Si no, vendré a ti, y moveré tu candelero de su lugar, si no te arrepientes (Apoc. II). Quien nuevamente a otro permaneciendo en la fe, para que no caiga, sugiriendo: He aquí, dice, vengo pronto; retén lo que tienes, para que nadie tome tu corona (Apoc. III).

CAPÍTULO III. El pueblo se congrega en Jerusalén en el séptimo mes, y construido el altar celebran la Fiesta de los Tabernáculos, y las demás solemnidades del Señor desde entonces.

Y ya había llegado el séptimo mes, y los hijos de Israel estaban en sus ciudades, etc. El séptimo mes, que entre nosotros se llama octubre, era todo él más solemne que los demás meses por la observancia legal; en el cual también se celebró la dedicación del templo. Convenía, pues, a la devoción de los fieles, que habían subido del cautiverio, que cuando primero cada uno hubiera entrado en sus ciudades con los ganados y el dinero que habían traído, y en ellas se hubieran provisto de moradas adecuadas para ellos y los suyos, pronto todos juntos confluyeran en Jerusalén, y allí construyeran un altar para ofrecer holocaustos a Dios; y esto en el tiempo del año en que antiguamente el mismo templo con el altar y todos sus vasos fue consagrado, al cual solían venir anualmente en el día de la consagración del mismo. En un sentido más elevado, el séptimo mes insinúa la gracia del Espíritu Santo, que en el profeta Isaías, y en el Apocalipsis de San Juan se describe como séptuple. En el cual mes, después del cautiverio, venimos de nuestras ciudades a Jerusalén, cuando después de lavar las inmundicias y errores de los vicios, después de comenzar los auxilios de las buenas obras, somos iluminados con mayor gracia del mismo Espíritu, y así nos encendemos en el amor de la paz suprema, que se contiene en la verdadera unidad: Jerusalén, pues, se llama visión de paz. Y bien se dice que todo Israel como un solo hombre se congregó en Jerusalén en el séptimo mes; esto, pues, se lleva a cabo diariamente en el Israel espiritual, cuando por la gracia del Espíritu Santo todos los elegidos en el mundo, con una misma fe adoran a Dios, con un amor no diferente anhelan los gozos de la paz y fidelidad perpetuas; y esto en cuanto pueden, también en el presente se imitan mutuamente amándose y soportándose. Bien se añade:

Y se levantó Josué hijo de Josadac, etc. Usaba, pues, para la obra del culto divino a los maestros Josué y Zorobabel, quienes ambos, como dijimos antes, completan una y la misma figura de nuestro Señor y Salvador. Josué, a saber, por el sacerdocio, Zorobabel por el reino;

porque aquel desciende de la estirpe sacerdotal, este de la real. Nuestro Señor, sin embargo, es el verdadero rey de Israel, es decir, de todos los que ven al Señor; verdadero y pontífice según el orden de Melquisedec. Pontífice, a saber, porque nos lava de nuestros pecados por el sacrificio de su cuerpo, quien también después de su pasión y ascensión intercede por nosotros a la diestra del Padre (Rom. VIII). Rey, porque también en el presente nos ciñe para la guerra espiritual, y para que vencamos, nos ayuda, y a los vencedores en el futuro les concede el reino eterno. No solo Josué y Zorobabel, sino también sus hermanos con ellos estuvieron al frente de la edificación del pueblo; aquellos hermanos, sin duda, de los cuales el mismo rey y sacerdote nuestro, apareciendo a las mujeres que lo buscaban después de la gloria de su resurrección, dijo: Id y anunciad a mis hermanos (Mat. XXVIII). Estos hermanos, a saber, los más altos en la Iglesia, y adheridos más familiarmente a su Redentor, edifican su casa con él, cuando confirman los corazones de los fieles con sus palabras y ejemplos, con su ayuda. Y bien llama hermanos a los sacerdotes de Josué. Pues el apóstol Pedro dice a toda la Iglesia: Vosotros sois linaje escogido, sacerdocio real (I Pedro II). De toda la Iglesia, dice en el Apocalipsis Juan: Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección: en estos la segunda muerte no tiene poder, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo (Apoc. XX). Pues cuando los elegidos son miembros del sumo sacerdote, cuando presentan sus miembros como sacrificio vivo, cuando devuelven a Dios un espíritu contrito como sacrificio, con razón también ellos son contados con el mérito de la fraternidad y el nombre de sacerdocio. Con gran previsión de religión, los hijos de la transmigración primero de todo edificaron el altar de Dios, para que, como el templo de Dios aún no estaba fundado, tuvieran sin embargo donde ofrecer holocaustos y sacrificios, mostrando así la devoción de su mente. Lo que también hacemos hoy espiritualmente en la Iglesia, cuando antes que nada colocamos en nuestro corazón la fe en la encarnación y pasión del Señor, cuando enseñamos a nuestros oyentes que deben recibir esto antes que otras cosas, y arraigarlo en su corazón íntimo, según aquello del Apóstol, que habla a los corintios aún rudos en Cristo, diciendo: Pues no me propuse saber entre vosotros cosa alguna, sino a Jesucristo, y a este crucificado (I Cor. II). En este altar debemos ofrecer nuestros holocaustos, es decir, pensamientos y obras perfectas; porque ciertamente solo así pueden ser agradables a Dios Padre los votos de nuestras acciones, si participamos de los sacramentos de nuestro Redentor, si somos inflamados por la virtud de su Espíritu como por el fuego del altar sacrosanto; pues el holocausto se llama todo incensado, con lo cual nombraban aquellos sacrificios u ofrendas, de las cuales no se permitía que nada se destinara a usos humanos, sino que todo debía darse a Dios y ser consumido por el fuego sagrado. Con lo cual se expresaba místicamente la vida de aquellos fieles, que no buscando nada propio, todo lo que viven lo dedican al servicio del juez interno. Que no solo se alegran de pisotear por el Señor los placeres del alma o del cuerpo, sino también de poner su alma por él, que pueden decir con los apóstoles: He aquí nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido; ¿qué, pues, tendremos? (Mat. XIX). A los cuales él mismo respondiendo: Y todo aquel, dice, que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o esposa, o hijos, o tierras, por mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna. Este holocausto de vida más contenida y sagrada debe ofrecerse en el altar de Dios de Israel, porque no sino por la fe de nuestro Redentor, nuestras buenas obras, como hemos dicho, pueden ser aceptas a Dios Padre. Pues Diógenes, y sus semejantes seguidores de la filosofía necia, cuando dejaron lo propio, y llevaban una vida desnuda y pobre en el mundo, no seguían al Señor. Parecían hacer holocausto, pero no lo hicieron en el altar de Dios de Israel; pues aunque se hicieron ajenos a sus propios placeres, no supieron tener a Cristo Jesús como abogado ante el Padre. De este altar bien se añade:

Colocaron, pues, el altar sobre sus bases, etc. Las bases, en efecto, son los corazones de los elegidos, preparados por los preceptos de los maestros precedentes, como herramientas de los artesanos, para recibir los sacramentos de la fe del Señor. Y bien un altar, pero son muchas las bases que lo sostienen; porque un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios (Efes. IV), pero muchos son los corazones de los fieles, que instruidos por una misma regla de verdad, como recogidos en un seno igual, llevan con común devoción la carga de los sacramentos celestiales. De lo contrario, quien confía los sacramentos de la fe a los menos instruidos, y que aún no se preocupan por abandonar los vicios pasados, como si pusiera el altar del Señor en tierra sin bases, porque entrega las cosas celestiales a mentes aún terrenales. Concuera con este lugar lo que el Señor dice en el Evangelio: Ni encienden una lámpara y la ponen debajo de un celemín, sino sobre el candelero, para que alumbre a todos los que están en casa (Mat. V). Así como el Señor es llamado con razón altar, porque nos limpia de nuestras iniquidades, porque recibiendo los votos de nuestras oraciones los recomienda al Padre; así también puede ser llamado lámpara sin inconveniente, porque en el vaso de la humanidad asumida puso la luz de la divinidad eterna. Se colocan, pues, las bases bajo el altar, se coloca el candelero bajo la lámpara, cuando los fieles someten sus corazones o cuerpos con humilde intención para ejercer operando lo que creen. Bien, pues, cuando se decía que colocaron el altar sobre sus bases, se añadió, atemorizándolos los pueblos de las tierras alrededor; porque con las obras de los fieles devotos a Dios, pronto vendrá la contradicción de los impíos ya sean espíritus o hombres, que intentan impedir que la buena obra se complete. Por lo cual bien se llaman tales pueblos de las tierras, en distinción de aquellos que dicen: Nuestra conversación está en los cielos (Filip. III). Pero aunque los pueblos de las tierras atemorizan, es necesario que los ciudadanos de la ciudad suprema persistan en las obras de las virtudes comenzadas. Pues sigue: Y ofrecieron sobre él holocausto al Señor por la mañana y por la tarde. Ofrecemos, pues, holocausto al Señor sobre su altar, cuando establecida en nuestro corazón la fe de él con íntegra devoción, nos dedicamos a las buenas obras. Y esto lo hacemos por la mañana y por la tarde, cuando recordamos con certeza que tanto los inicios de la intención salvífica los recibimos de él, como que no podemos completar los bienes que hemos comenzado sino por la ayuda de su gracia, y por eso le devolvemos votos de gracias en todo, con ardiente deseo de piadosa conversación. También hacemos holocausto por la mañana, cuando por la luz recibida de la ciencia espiritual, devolvemos a nuestro Creador la retribución de una buena vida. Hacemos holocausto por la tarde, cuando por el descanso eterno, que esperamos recibir en él después de las buenas obras, ardemos en un estudio incesante. Puede también según la letra entenderse correctamente, que ofrecemos holocausto al Señor por la mañana y por la tarde, cuando nos esforzamos por agradar a la divina majestad en todo tiempo, de modo que al amanecer, levantándonos, no procedamos a realizar las necesidades de la fragilidad humana, antes de que inflamados por el fuego de la caridad divina, nos encomendemos al Señor con devotas oraciones, según aquel que dijo: Y por la mañana mi oración te precederá. De igual modo, completadas las obras del día, no demos antes sueño a nuestros ojos, ni dormitación a nuestros párpados, antes de que consagremos un lugar al Señor en nosotros con más solícita insistencia de oraciones, según lo que el mismo profeta dice: Diríjase mi oración como incienso en tu presencia, la elevación de mis manos como sacrificio vespertino (Sal. CXL).

Fueron celebradas las solemnidades de los tabernáculos, etc. La solemnidad de los tabernáculos, que en el Evangelio se llama en griego Scenopegia, es decir, la fijación de los tabernáculos, era una festividad de siete días, comenzando el día quince del séptimo mes, en los cuales el Señor ordenó a todo el pueblo hacer para sí tabernáculos de hojas y ramas de los árboles más hermosos, y saliendo de sus casas, permanecer en esos tabernáculos durante siete

días, escudriñando diariamente los decretos de la ley divina y ofreciendo holocaustos al Señor en el fuego. Todo esto se les mandó hacer en memoria del tiempo en que, habiendo salido de Egipto, habitaban en tabernáculos en el desierto, mientras Moisés predicaba la ley y la presencia divina se les aparecía frecuentemente, esperando durante mucho tiempo el momento en que se les permitiera entrar en la tierra prometida, para que nunca se les olvidara la gracia de tan gran beneficio.

Por lo tanto, los que habían subido de Babilonia a Jerusalén, encendidos con gran devoción para cumplir todos los mandatos del Señor, se reunieron el día quince del séptimo mes para celebrar esta solemnidad, realizando cada día de esa semana lo que la ley prescribía. Todo esto nos conviene realizar con igual devoción espiritual. Pues también nosotros hemos salido por la sangre del cordero de la servidumbre egipcia, para llegar a la tierra prometida, cuando, bautizados en los sacramentos de la pasión del Señor, hemos rechazado el pesado yugo de la transgresión, para que, adoptados en la libertad de la gloria de los hijos de Dios, podamos ser herederos del reino celestial.

Permanecíamos en tabernáculos y tiendas, viajando por el desierto durante mucho tiempo, hasta que llegamos a la patria, cuando en el bautismo renunciamos no solo a Satanás como rey de Egipto, es decir, de las tinieblas, sino también a todas las pompas y obras de este siglo, prometiéndonos ser ciudadanos de otra vida, que esperábamos del Señor. En memoria de esta esperanza y promesa, debemos permanecer en tabernáculos en el séptimo mes, es decir, iluminados por la gracia del Espíritu Santo, que se describe como septiforme, abandonando con toda nuestra mente este mundo como extraño y urgente, y con una intención fija apresurarnos hacia los gozos imperecederos del paraíso; y esto debemos hacerlo durante siete días, es decir, durante todo el tiempo de la vida presente, que se desarrolla en tantos días, incesantemente, y cada día de esta semana debemos hacer un holocausto y la obra del día en su día; el holocausto, es decir, la ofrenda totalmente quemada, en lo que propiamente pertenece al servicio divino, como son las oraciones y los ayunos. La obra del día en su día, en lo que atañe al servicio del amor fraterno; como es dar pan al hambriento, bebida al sediento, vestido al que tiene frío, hospedaje al peregrino, visita al enfermo, sepultura al muerto, enseñanza al errante, consuelo al que sufre.

Y bien, cuando dijo que debían hacer el holocausto cada día según el precepto de la ley, y la obra del día en su día, intercaló, Por orden; porque ciertamente cualquier cosa que se haga desordenadamente en los servicios del amor divino o fraterno, pierde el mérito de su perfección. Pues el honor del rey ama el juicio (Sal. XCVIII); ya que cualquier cosa que hagamos devotamente en honor del sumo rey, ciertamente es necesario que distingamos con discreción de juicio cuándo o cuánto deben hacerse; no sea que si realizamos nuestra obra recta de manera menos ordenada, pervirtamos la norma de su rectitud. Pablo nos insinuaba que estos solemnes tabernáculos, es decir, la Scenopegia, debían celebrarse místicamente, cuando, mientras predicaba, se dedicaba al arte de hacer tiendas (Hech. XXVIII). Pues hacía tiendas, es decir, tabernáculos, para enseñar que él mismo era un habitante del mundo y un peregrino, y para instruir a aquellos a quienes enseñaba que debían peregrinar en esta vida, pero esperar y anhelar la patria en el futuro.

Porque solemos usar tabernáculos mientras peregrinamos o viajamos; lo cual el mismo Apóstol testimonia que los santos hacen en esta vida, cuando dice: Mientras estamos en este cuerpo, peregrinamos lejos del Señor (II Cor. V). Y a los Hebreos: No tenemos aquí una ciudad permanente, sino que buscamos la futura (Hebr. XIII). Y como quiso que aquellos que alejan perfectamente su mente del mundo, y confiesan fielmente ser ciudadanos de la patria

que está arriba, inmediatamente abran la entrada a todas las virtudes en sí mismos, se añade correctamente:

Y después de esto el holocausto perpetuo, etc. Llama holocausto perpetuo al que se ofrecía por la mañana y por la tarde. Llama Kalendas a los inicios de los meses, es decir, al nacimiento de la luna; de donde los hebreos siempre comenzaban los meses, ya que no tenían otros meses que los lunares. Por eso los griegos llaman mejor a las Kalendas neomenias, es decir, novilunios. Si, sin embargo, el mes, debido a los treinta días que lo completan, designa la plenitud de las obras de luz, cuando en la fe de la santa Trinidad cumplimos los preceptos del decálogo; ¿qué designan los inicios de los meses en los que se dice que la luna, para poder iluminarnos de nuevo, es encendida por el sol, sino los inicios de cada buena obra, que percibimos por la gracia de nuestro Creador, como la presencia del Sol de justicia? Por cuya significación de la ilustración divina, sin la cual no podemos comenzar ni perfeccionar nada bueno, el Señor ordenó que se celebraran todas las Kalendas, es decir, los inicios de los meses, y que se observaran las ceremonias de las víctimas. De donde es aquello del salmista: Tocad la trompeta en el inicio del mes, en el día señalado de vuestra solemnidad (Sal. LXXX). Lo cual es decir abiertamente: Alegraos, justos, en el Señor y con la palabra de doctrina resonando a los prójimos; tan pronto como consideréis que habéis sido mirados por Él para hacer una buena obra en la luz señalada de la inspiración interna; por la cual os conviene ser apartados de la codicia de este mundo, y dedicarse más profundamente a las cosas divinas.

Por lo tanto, se dice bien que, después de la festividad de los tabernáculos, los hijos de la transmigración hacían el holocausto perpetuo, tanto en las Kalendas como en todas las solemnidades del Señor, que estaban consagradas, y en todas en las que se ofrecía espontáneamente un don a Dios. Porque después de que el alma ha renunciado perfectamente a este mundo, es necesario que se dedique continuamente al servicio de la voluntad divina, que hemos dicho que el holocausto designa; y esto lo haga tanto en el inicio de cada buena acción, como en la ejecución devota de las virtudes que el Señor ha mandado, y también en aquellas en las que la mente piadosa, excepto los mandamientos generales, se alegra de servir espontáneamente al Señor. De las cuales el mismo Señor, no mandando, sino dando consejo: Si quieres ser perfecto, ve, vende lo que tienes (Mat. XIX). Y cuando discutía sobre no tomar esposa; no mandando sino aconsejando, dijo: El que pueda aceptar esto, que lo acepte (Ibid.). Pero también Pablo se gloriaba de aquellas cosas que había ofrecido al Señor como un don espontáneo, diciendo: ¿No tenemos derecho a comer y beber? ¿No tenemos derecho a llevar con nosotros una hermana como esposa? (I Cor. IX) y otras cosas del mismo lugar.

Desde el primer día del séptimo mes comenzaron el holocausto, etc. Se ha dicho a menudo que el séptimo mes designa la ilustración septiforme de la gracia espiritual. Por lo tanto, se dice bien ahora: Porque desde el primer día del séptimo mes comenzaron a ofrecer holocaustos al Señor, porque desde el mismo inicio de la inspiración divina, es necesario que la conciencia humana se transforme, y dejando las bajas delectaciones, arda solo en pensar en las cosas del Señor. Desde el primer día del séptimo mes, es decir, desde la primera ilustración de la gracia celestial, ofrecían holocaustos de virtudes al Señor, quienes, con la llegada del Espíritu Santo en lenguas de fuego, inmediatamente, como transformados de lo que eran, comenzaron a arder con nuevas llamas de amor íntimo, y a proclamar las maravillas de Dios en las lenguas de todas las naciones; y estaban tan dedicados a este holocausto, o más bien se hicieron ellos mismos holocausto, que era más fácil para ellos ser asesinados por aquellos que pensaban lo contrario, que ser apartados de su intención. Por lo tanto, con razón, este séptimo mes se llama nuevo año entre los hebreos; indicándonos con su nombre que por el don del Espíritu Santo se da a los fieles, para que puedan cumplir el mandamiento nuevo

del amor mutuo, y resonar el cántico nuevo de la alabanza celestial en la edificación de la casa del Señor. Sobre la observancia de este mes, el Señor mandó mística así: En el séptimo mes, el primer día del mes será para vosotros un sábado memorial, con trompetas sonando, y será llamado santo; no haréis en él ninguna obra servil, y ofreceréis holocausto al Señor (Lev. XXIII).

El sábado memorial, es decir, el descanso será el primer día de este mes, cuando la mente, encendida divinamente, se abstenga de las seducciones temporales, y se esfuerce en contemplar la voluntad de Dios. Los sacerdotes tocan las trompetas, cuando los fieles se esfuerzan por predicar a los prójimos el fervor de la dulzura interna que han comenzado. No se hace ninguna obra servil en tal sábado, cuando la mente se guarda, tanto como puede en esta vida, libre de toda delectación y contagio del pecado, para agradar a Dios; pues la obra servil es el pecado. Porque el que comete pecado es esclavo del pecado (Juan VIII). Y por eso, con razón, se ofrece holocausto al Señor en ese sábado, porque ciertamente aquel que es verdaderamente liberado del servicio del pecado, cuyo corazón entero es encendido por el fuego del amor.

Sin embargo, es de notar, según la letra, que el pueblo se reunió en Jerusalén en el séptimo mes, y allí, con todos reunidos, Josué y Zorobabel con sus hermanos construyeron un altar, y desde el primer día de ese séptimo mes ofrecieron holocausto al Señor. De donde se deduce que este altar fue compuesto con gran rapidez de piedras sin labrar, y no como antes de madera labrada, y cubierto con láminas de bronce. Pues de otro modo, aunque con una gran multitud de constructores presentes, no podría haberse completado y preparado para ofrecer holocausto en él en el mismo día en que se comenzó. Pues también en el libro de los Macabeos se prueba que fue hecho de piedras, donde se dice que fue profanado por los gentiles, y después de seis años renovado por Judas Macabeo (I Mac. IV). Y tomaron, dice, piedras enteras según la ley, y construyeron un altar nuevo según el que había antes.

También es de notar que el inicio de la quinta edad del mundo, al igual que las cuatro precedentes, se consagra con holocaustos ofrecidos al Señor. En la primera edad, el bienaventurado protomártir Abel, el primero de todos los elegidos, ofreció holocaustos a Dios de los primogénitos de sus ovejas y de su grasa, y consagró el ingreso del mundo naciente, primero con sacrificios de animales, y al final con su propia sangre. El inicio de la segunda edad fue consagrado por Noé, ofreciendo a Dios holocaustos de todas las almas puras que el arca contenía. La tercera edad fue consagrada por el sacerdote Melquisedec del Dios altísimo, y el patriarca Abraham, este con pan y vino, aquel ofreciendo a su propio hijo a Dios, cuyo mismo principio, es decir, aceptado, cuando llegó a la tierra prometida, consagró allí un altar e invocó su nombre. La cuarta edad fue consagrada por el rey David al Señor, construyendo un altar en la era de Arauna el jebuseo, y ofreciendo holocaustos a Dios, con los cuales aplacó la ira que había contraído al censar al pueblo (II Sam. XXIV). En ese lugar también se dice que Abraham ofreció a su hijo; y luego, al construir Salomón el templo, se colocó allí el altar de los holocaustos. El inicio de la quinta edad fue consagrado por Josué hijo de Josadac, el gran sacerdote, y Zorobabel hijo de Salatiel, construyendo un altar en el mismo lugar y ofreciendo holocaustos a Dios, tan pronto como, liberados del yugo de la larga cautividad, regresaron a Jerusalén; y luego se preocupaban por aplacar al Señor con el holocausto perpetuo diariamente. Todo esto fue en figura de aquel que en la sexta edad vendría en carne, y con la ofrenda de su misma carne y sangre redimiría todo el mundo.

Por lo tanto, después de construir el altar y ofrecer holocaustos a Dios, la Escritura sigue diciendo:

Pero el templo de Dios aún no estaba fundado. La fundación del templo de Dios, en este lugar, tiene típicamente la figura de aquellos que, recién convertidos a la fe, preparan un lugar y morada para el Señor en su corazón y cuerpo, como dice el Apóstol: ¿No sabéis que vuestros miembros son templo del Espíritu Santo, que está en vosotros? (I Cor. VI). Y de nuevo: Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones (I Cor. VI). Aquellos que habían sido liberados de la cautividad y habían llegado a Jerusalén, ciertamente dispusieron construir el templo, lo cual también realizaron posteriormente; pero primero, habiendo construido el altar, se encomendaban a sí mismos al Señor con holocaustos diarios, para que así, más purificados, merecieran acercarse a la construcción del templo.

Así también en la edificación espiritual, es absolutamente necesario que quien haya decidido enseñar a otros, primero se enseñe a sí mismo; quien intenta instruir a su prójimo en el temor o amor de Dios, primero se haga digno del oficio de maestro sirviendo más intensamente a Dios, para que no escuche del Apóstol: Tú, pues, que enseñas a otro, ¿no te enseñas a ti mismo? Tú que predicas que no se debe robar, ¿robas? (Rom. II). Por eso el mismo Apóstol dice de sí mismo: Castigo mi cuerpo y lo pongo en servidumbre, no sea que, habiendo predicado a otros, yo mismo sea descalificado (I Cor. IX). Por lo tanto, los hijos de la transmigración, adecuadamente, no se encuentran ofreciendo a Dios otras víctimas o sacrificios que holocaustos, es decir, ofrendas totalmente quemadas; porque es necesario que quien desea corregir a otros de actos ilícitos, se entregue completamente a su Creador viviendo bien y absteniéndose incluso de lo lícito, para que, por el mérito de la buena acción, obtenga más abundantemente la ayuda divina en la predicación, y con el ejemplo de la misma buena obra, incite más eficazmente a sus oyentes a seguir lo que enseña.

También se puede interpretar místicamente que, habiendo construido el altar, ofrecen holocaustos a Dios, pero aún no construyen el templo aquellos que, recién convertidos al Señor, tan pronto como reconocen su fe, arden tanto en amarlo con todo su corazón, que ya pueden ser contados entre los perfectos, aunque aún no hayan recibido el tiempo o la capacidad de realizar y completar las buenas obras que desean. Este tipo de holocausto ofreció el bienaventurado Abraham al Señor, aunque aún no había construido el templo, cuando ya era perfecto en la fe antes de ejecutar las obras de la fe, como dice la Escritura: Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia (Gen. XIX).

Por lo tanto, cuando añadió a la fe perfecta la plenitud de la buena obra, ofreciendo a Isaac su hijo sobre el altar, como si también hubiera construido el templo, ofreció holocaustos más perfectos a Dios; porque ciertamente cada acto o paso de devoción piadosa es como un orden de piedras pulidas, con las que construimos en nuestro corazón una casa y morada agradable a Dios. Cómo los hijos de la transmigración, después de construir el altar, después de ofrecer holocaustos a Dios, llegaron a construir el templo, se muestra a continuación.

Dieron, pues, dinero a los canteros y albañiles, etc. Los canteros son los que cortan piedras. De ahí que esté escrito en el libro de las Crónicas: "Y David ordenó que se reunieran todos los prosélitos de la tierra de Israel, y de entre ellos designó canteros para cortar piedras" (II Crón. XXXII). Los albañiles son aquellos que preparan el cemento para unir las piedras con yeso o cal. Por eso, otra traducción para canteros y albañiles es cortadores de piedras y artesanos. Es de notar, por tanto, la piadosa diligencia del pueblo, que sin escatimar sus recursos, de lo que les era necesario y de lo que vivían, compraban materiales para la edificación del templo o contrataban obreros. Joppe es una ciudad marítima de Palestina, situada a unos cuarenta mil pasos de Jerusalén. Por su parte, Sidón y Tiro fueron ciudades muy nobles de Fenicia, teniendo el monte Líbano cerca. De ahí que los hijos del exilio,

buscando su ayuda, pidieran que se les cortara madera de cedro del Líbano y que se transportara por mar en balsas hasta Joppe, desde donde nuevamente por tierra pudiera llevarse a Jerusalén para la obra del templo, lo cual consta que se hizo de la misma manera en la primera construcción del templo. Por eso, Salomón, con su poder real, recibía de su amigo el rey Hiram todo lo que deseaba sin esfuerzo alguno. Sin embargo, estos exiliados, después de muchos años regresando a su patria, al no tener el poder del reino, obtenían todo lo que la obra deseada requería a cambio de un precio. En sentido espiritual, los canteros son en la construcción de la casa de Dios aquellos que instruyen los corazones de los prójimos enseñando o reprendiendo; a quienes, al enseñarles a mantenerse firmes entre los partícipes de la misma gracia, los adaptan como piedras cuadradas colocadas alrededor. Pues, por donde quiera que gires un cuadrado, permanecerá. Y la mente de los elegidos, mientras permanezca inmutable entre todas las cosas del mundo, ya sean adversas o prósperas, demuestra tener en sí la figura de una virtud invicta. En este sentido también se describe que el arca de Noé fue hecha de maderas cuadradas (Gén. VI). Pues la misma Iglesia, que el templo hecho de piedra significa, también el arca hecha de maderas compactas figuró. La misma y el tabernáculo compuesto de tablas y cortinas lo demostraron (Éxodo XXXVI). Los albañiles, por su parte, son en la casa del Señor los mismos santos predicadores, que mientras unen a aquellos que instruyen en buenas obras con el vínculo de la caridad, como piedras cuadradas y pulidas, para que no abandonen el orden de su composición, los unen con la infusión del cemento, diciendo: "Sed prudentes y vigilantes en las oraciones, ante todo teniendo entre vosotros una caridad mutua continua" (I Pedro IV). Y el apóstol Pablo, ordenándonos tener entrañas de misericordia, benignidad, humildad, modestia, paciencia, y otras cosas semejantes, como piedras, es decir, del edificio celestial, añadió inmediatamente: "Sobre todo esto, tened caridad, que es el vínculo de la perfección" (Colosenses III). Pero también los sidonios y tirios, que cortaban madera de cedro del Líbano para la estructura del templo, figurativamente anuncian a los mismos santos predicadores, que a los hombres, una vez elevados y brillantes en la gloria de este siglo, los derriban con el hacha de la palabra de Dios del estado de su antigua conversación, para que, postrados saludablemente, y como cocidos por el calor del sentido innato, los corrijan de toda tortuosidad de vicios, y los eleven sublimemente para el ornamento o defensa de la santa Iglesia. De lo cual se dice típicamente en el salmo titulado "En la consumación del tabernáculo": "La voz del Señor quebranta los cedros" (Salmo XXVIII). La voz del Señor quebranta los cedros para que se consuma el tabernáculo, cuando con inspiración celestial se humillan los corazones de los soberbios, para que, corregidos también ellos, se complete el número de la santa Iglesia. Por eso, bien se interpretan los sidonios como cazadores, y los tirios como angustiados. Los santos predicadores son cazadores cuando capturan los errantes y vagos sentidos de los malos con las redes de la fe para someterlos a Cristo, diciendo Él mismo: "Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres" (Mateo IV). Los mismos son también angustiados, porque tienen tribulación en el mundo; aunque confiados, porque el Señor ha vencido al mundo (Juan XVI). Los canteros y albañiles, preparando piedras y cemento; los sidonios y tirios, llevando cedros del Líbano para la obra del templo, insinúan a los santos predicadores, que instruyen las mentes de sus oyentes para la sociedad de la Iglesia. Dan, pues, los príncipes de los padres, a saber, Josué y Zorobabel, y sus hermanos, dinero a los mismos canteros y albañiles, para hacerlos más dispuestos a trabajar, cuando a los que evangelizan la palabra, aquellos que los precedieron en tiempo, mérito, y erudición como doctores, con Cristo como autor, les proponen ejemplos de sus virtudes, o les otorgan las páginas de los escritos divinos, con cuyas exhortaciones o promesas, fortalecidos, se cansen menos en el trabajo celestial. Dan también a los sidonios y tirios comida, bebida, y aceite, para que lleven madera de cedro del Líbano al mar de Joppe, cuando a los mismos doctores, para que sean aptos para predicar, les encomiendan emular los carismas espirituales, entre los cuales la caridad es la mayor (II Cor. XII). O ciertamente

cuando nuestro Señor, a quien hemos enseñado que se designa por Josué y Zorobabel, distribuye a los mismos ministros de su palabra dones espirituales; con los cuales, iluminados interiormente, se hagan más fuertes para combatir predicando la jactancia de los soberbios y la sabiduría necia. No necesita ser enseñado cómo la comida, la bebida, y el aceite significan la interna renovación de nuestra mente, quien bien dice aquello del salmista cantando al Señor: "Preparaste ante mí una mesa en presencia de mis enemigos. Ungiste mi cabeza con aceite, y mi copa rebosante, ¡cuán gloriosa es!" (Salmo XXII). Se dan, pues, dineros a los canteros y albañiles, se da comida, bebida, y aceite a los cortadores de madera, para que preparen materiales para edificar la casa del Señor, cuando a los predicadores de la verdad se les confiere divinamente la abundancia de virtudes, con las cuales, ayudados, sean suficientes para corregir los corazones de los perversos y adaptarlos a la percepción de los bienes celestiales. Llevan, pues, la madera cortada al mar, no para sumergirla en él, sino para llevarla a través de él a Joppe, que se interpreta como belleza; cuando los mismos doctores anuncian a sus oyentes llamados a la fe, que las tentaciones del mundo se les presentarán, pero que deben ser superadas por la fe, de modo que primero se deben tolerar las olas de los vicios o de los hombres perversos, y así llegar a las murallas más bellas de las virtudes y al puerto. También podemos entender que la madera destinada al edificio del templo se lleva por mar a Joppe, para que primero renunciemos al diablo, que fue llamado por el profeta dragón, rey de todos los que están en las aguas, es decir, de los impíos; cuya conversación no está en los cielos, sino en las perturbaciones del mar del siglo fluctuante. Renunciemos a todas sus pompas y obras, y luego lleguemos a la belleza de la fe, con la cual confesamos a la santa Trinidad, un solo y verdadero Dios, la dispensación de la encarnación del Señor, la unidad de la santa Iglesia, la remisión de los pecados, la resurrección de la carne. Por eso, correctamente en esta ciudad Pedro resucitó a Tabita, una mujer devota a Dios, de la muerte (Hechos IX); porque, en efecto, en esta perfección de la fe, y en general toda la Iglesia por el bautismo es resucitada de la muerte de los pecados; y cuando después del bautismo incurrimos nuevamente en la muerte del pecado, es necesario que por la misma fe revivamos arrepiéntndonos, y por la reconciliación de los sacerdotes de la Iglesia seamos nuevamente devueltos al conjunto de los fieles.

CAPÍTULO IV. En el segundo año de su llegada se funda la casa del Señor, pero el pueblo de la tierra impide que se complete.

En el segundo año de su llegada, etc. Dice que vinieron al templo de Dios, no porque encontraron un templo hecho, ya que se había dicho que aún no había sido fundado; sino que se dijo al templo de Dios, al lugar del templo de Dios, a la obra que deseaban reconstruir. Y erran, pues, los judíos modernos, que suelen decir que nunca los muros del templo, sino solo el techo, fueron derribados por los caldeos; cuando Esdras manifiestamente escribe que los hijos del exilio hicieron el templo desde los cimientos. Y cuando se dice más arriba que en el séptimo mes llegaron a Jerusalén; y aquí se añade que en el segundo año de su llegada, en el segundo mes, comenzaron la obra del templo; está claro, en efecto, que en siete meses prepararon las piedras, el cemento, la madera, y las demás obras necesarias; y al comenzar el octavo mes, ya comenzaron a trabajar en la obra deseada. Pues fueron seis meses del primer año, y el séptimo del siguiente; lo cual, sin duda, cualquiera docto encontrará que se hizo con gran misterio. Pues siete pertenecen al sábado, en el cual el Señor, ya sea al crear el mundo, descansó de todas sus obras, o al redimir el mundo por su pasión, descansó en el sepulcro. Ocho pertenecen al primer día del sábado, en el cual Él resucitó de entre los muertos. Siete miran a la esperanza de nuestro descanso después de la muerte. Ocho miran al gozo de nuestra bienaventuranza perpetua después de la resurrección. Porque toda la operación de los elegidos, que son el templo y la casa de Dios, por la gracia del Espíritu Santo tanto comienza

como se perfecciona, se lleva a cabo con toda consideración e intención de la futura quietud e inmortalidad; correctamente los constructores del templo, desde el séptimo mes ofreciendo holocaustos a Dios, comienzan a preparar los gastos para edificar, y en siete meses preparados, en el octavo emprenden la obra misma. Y no se encuentra otro número en la preparación de tan gran obra, que el que figurativamente anuncia la gracia septiforme del Espíritu Santo, con la cual somos ayudados al obrar, o el descanso de las almas, o la resurrección de los cuerpos, que bien esperando obramos. Pero lo que significa el tiempo de cuarenta y seis años, en los cuales se edificó el templo, como también atestigua la escritura del Evangelio, se expone en su lugar. La gran devoción de todo aquel pueblo, y también para nosotros diligentemente imitable, se muestra, cuando no solo los mayores, a saber, Zorobabel y Josué, y los demás sacerdotes y levitas, sino también todos los que vinieron del cautiverio a Jerusalén, desde el mayor hasta el menor, establecieron levitas que urgieran la obra del Señor. Pues se alegraban de haber sido devueltos del cautiverio babilónico a Jerusalén; y cuanto más aborrecían los ídolos y las abominaciones de la ciudad soberbia que habían evitado, tanto más deseaban ver la belleza de la ciudad consagrada al Señor, a la cual habían merecido llegar. Cuanto más abominaban los templos de los ídolos, a los cuales habían asistido por mucho tiempo, tanto más deseaban que el templo de su Creador, que lamentaban que estuviera destruido y del cual habían estado exiliados por mucho tiempo, se restaurara cuanto antes. Pues en el mismo orden también ahora no solo los obispos y presbíteros, y el pueblo fiel, que es la casa de Dios, deben enseñar a edificar, y aquellos doctores que diligentemente cumplen la obra santísima de la palabra, deben ser consultados y puestos al frente. Pero también el mismo pueblo, llamado de la cautividad de los vicios a la visión de la verdadera paz, debe exigir el ministerio de la palabra de aquellos que saben hablar. Los cuales ministros de la palabra, es decir, los levitas, se dice que fueron constituidos desde los veinte años en adelante para urgir la obra del Señor; porque, en efecto, tales son los que deben ser preferidos para predicar la palabra de Dios al pueblo, que no solo muestren a sus oyentes el decálogo de la ley con la ejecución de la obra como ejemplo, sino que también lo guarden con pureza e integridad de corazón ante su Creador. Y no hay duda de que allí el estado de la Iglesia toma un próspero progreso, donde tanto los prelados guardando debidamente su grado, ordenan regularmente al pueblo maestros de la verdad, de quienes se instruya, y el mismo pueblo, a los maestros dados, para que no cesen de hablar, diligentemente escuchando y obedeciendo a sus palabras, los obliga. Pero ¡ay, dolor! nuestra negligencia de los tiempos, y a la vez mayores y menores, nos hiere, impidiendo a estos de predicar la palabra, a aquellos de escuchar, y a ambos de hacer, porque menos cuidadosamente consideramos cuánta es la amargura de la cautividad demoníaca de la cual hemos sido liberados; o cuánta es la solemnidad a la cual hemos sido llamados, de la Jerusalén celestial madre de todos nosotros, de la cual en la presente Iglesia ya hemos recibido la prenda. Pero contemplemos las obras eminentes de los Padres, para que más nos confundamos por la pequeñez de nuestra acción. Sigue:

Y se levantó Josué y sus hijos, etc. Josué en este lugar no se refiere al hijo de Josedec, el sumo sacerdote, sino a uno de los levitas, de los cuales se había dicho que fueron constituidos desde los veinte años en adelante para urgir la obra del Señor; de los cuales fue también Cedmiel, y los hijos de Henadad, quienes igualmente se narra que prestaron atención a la obra encomendada a ellos, junto con sus hijos y hermanos; de hecho, más arriba en el catálogo del pueblo de Israel, estos después de los sacerdotes, son mencionados nominalmente como los primeros de los levitas. "Los levitas", dice, "hijos de Josué, y Cedmiel de los hijos de Odevía, setenta y cuatro" (Esdras II). De donde se deduce de ambos lugares que fueron príncipes y patriarcas de los levitas de aquel tiempo. Donde bien se interponen los hijos de Judá en medio de los levitas, que juntos prestaron atención a la

restauración del templo del Señor; y estos, por el mismo consenso de piedad, se dice que estuvieron como uno solo. Este es, de hecho, el orden de virtud que siempre debemos imitar, para que la santa Iglesia, y todos los grados dedicados a Dios, y la devoción del pueblo común en su totalidad, edifiquen cada uno según su medida. Y es de notar, y recordar frecuentemente, cuánto bien trajo al pueblo el mal de la cautividad; de la cual liberados, todos se prueban a sí mismos con tanta intención como nunca antes para los servicios celestiales. Pero también hoy a muchos que vivieron negligentemente en la paz de la Iglesia, les ha aprovechado errar de repente y caer en algún vicio, mientras después del pecado, levantados por el arrepentimiento, comienzan a servir al Señor más vigilantes; y aquellos que parecían estar perezosos y descuidados en la inocencia, advertidos por la caída que les ocurrió, se preparan más diligentemente para la custodia de sí mismos contra todas las insidias del antiguo enemigo; de modo que aquellos que no habían ofendido cuidando su propia vida, después también cuidan de la salvación fraterna con su propia elevación. Todo el pueblo, pues, de los que regresaron de Babilonia a Jerusalén, tuvo cuidado de restaurar el templo, pero especialmente los levitas y los hijos de Judá, a saber, por la dignidad sacerdotal y real de la santa Iglesia. Pues todos, en efecto, que instruyen los corazones de los fieles ya sea enseñando o viviendo bien, pertenecen al cuerpo del eterno rey y sacerdote, es decir, de nuestro Señor y Salvador. De donde también los mismos autores de la obra, de ambas tribus, Jesús a saber de la sacerdotal, y Zorobabel de la real, tomaron origen.

Fundado, pues, el templo del Señor por los albañiles, etc. Se muestra la gran devoción de todas las personas, cuando fundado el templo del Señor, tanto los sacerdotes, como los levitas, y todo el pueblo, según su grado, alababan la misericordia del Señor. Los sacerdotes, en efecto, adornados con vestiduras sagradas, como solían hacerlo cuando el templo aún estaba en pie, sonando las trompetas y encendiendo el corazón del pueblo a la dulzura de la alabanza celestial: los levitas, por su parte, en címbalos bien sonantes cantando himnos al Señor; el pueblo, en cambio, con un clamor común mostrando el afecto de su corazón al alabar al Señor. Alababan, pues, al Señor los levitas por mano de David, ya sea en los instrumentos que él hizo; ya sea cantando los salmos que él instituyó, o porque David en la colocación del arca hizo a Asaf y sus hermanos príncipes para confesar al Señor, como testifican las Crónicas, de quien nuevamente se dice: "Porque sus hijos estaban bajo su mano, profetizando junto al rey" (I Crón. VI). Con razón también en este lugar, cuando los hijos de Asaf alababan y confesaban al Señor, por mano de David, es decir, según su disposición, se entiende que lo hicieron. Según el sentido místico, fundado el templo del Señor por los albañiles, están los sacerdotes en su ornato con trompetas, cuando a los pecadores convertidos del error, y fundada en su corazón la fe y el amor de Cristo, se alegran todos los maestros de las iglesias; y a sí mismos, adornándose más diligentemente con buenas obras, suenan las trompetas de la doctrina saludable, para que tanto con el ejemplo de virtudes, como con la exhortación de palabras, ayuden a los buenos comienzos de aquellos que o recientemente han venido a la gracia de Cristo arrepintiéndose, o recientemente han convertido a otros a la gracia de Cristo enseñando. Están también los levitas, para alabar a Dios en címbalos, cuando incluso los ministros de segundo orden sirven a su Creador con actos piadosos para la formación de los neófitos, y esto en la dulzura mutua de la caridad. Pues los címbalos, que se tocan entre sí para resonar, expresan muy adecuadamente las obras de caridad, con las cuales los santos se excitan mutuamente a la alabanza de su autor. También lo alaban por mano de David, rey de Israel, cuando se esfuerzan por considerar diligentemente y, en cuanto pueden, imitar las obras que el mismo Señor y Salvador realizó en la carne.

Muchos de los sacerdotes y levitas, etc. que habían visto el templo anteriormente fundado, y este templo ante sus ojos, emitían voces de llanto y de alegría. Alegría, porque el templo del Señor, que había sido destruido, ya comenzaba a ser restaurado. Llanto, porque dolían al ver cuánto la pared comenzada en ese tiempo difería de la magnífica potencia de Salomón, con la que el templo fue fundado anteriormente. Se alegraban mucho, porque liberados de la cautividad, habían recibido la facultad de reedificar el templo. Pero lloraban en voz alta, porque sabían que el primer templo había sido destruido por sus pecados, cuya magnitud ni su decoración podían igualar de ninguna manera. Pues el profeta decía: "Grande será la gloria de esta última casa del Señor, más que la primera" (Ag. II), porque se refiere no a la magnitud o adorno de la casa, sino a la cosa misma; porque era de mayor milagro y más evidente de la divina virtud, que las pocas reliquias de los cautivos, incluso resistiendo los enemigos, pudieron completar tal obra, que lo que el rey más opulento, sin tener ningún adversario, más bien teniendo al rey más poderoso y rico de Tiro como ayudante, hizo con los artesanos más doctos, como quiso. También será mayor la gloria de esa última casa que la primera; porque en la primera casa los cultores del Antiguo Testamento predicaban al pueblo las escrituras de la ley y los profetas. En la segunda, Cristo y los apóstoles evangelizaban la gracia del Nuevo Testamento y la entrada al reino celestial. Pero también en la reedificación del templo espiritual, el llanto y la alegría nacen simultáneamente en los príncipes. Se alegran los doctores santos en la salvación de los penitentes; lloran, porque alguna vez cometieron lo que debía ser penitenciado, y no siempre permanecieron en la voluntad de su Autor. Se regocijan ellos mismos de su salvación quienes por la penitencia resucitaron de la muerte del alma; lloran por haber perdido alguna vez la vida del alma pecando. Se alegran también los neófitos por la gracia de su Redentor de ser reunidos; lamentan haber perecido con todo el género humano en el primer padre, y como si el templo de Dios, es decir, el estado del cuerpo y alma inmortal, hubiera sido corrompido por los enemigos, haber sido trasladados a Babilonia, es decir, a la confusión del presente exilio. Pero porque, al crecer los progresos de los buenos, crece igualmente la envidia de los malos, y nunca faltarán entre los aumentos de los piadosos las tentaciones de los perversos, que intentan dañar a los santos, ya sea mostrando falsamente el bien o introduciendo abiertamente el mal, se añade correctamente: (I Esdr. IV.) "Oyeron los enemigos de Judá y Benjamín, etc." La historia es conocida; porque llama a los enemigos de Judá y Benjamín samaritanos, a quienes el rey de Asiria trasladó de diversos pueblos de las naciones a las ciudades y tierras de las diez tribus cautivas. Quienes, después de recibir la ley de Dios, la guardaban en parte, y sin embargo servían a los mismos ídolos que antes. Estos, porque aborrecían a los verdaderos cultores de Dios, prometieron su ayuda en la obra, para que, recibidos en la sociedad, pudieran causar daño. Es fácil para cualquiera ver que tales pueblos expresan figurativamente a los falsos hermanos, es decir, a los herejes y malos católicos. Que son enemigos de Judá, es decir, de la confesión y alabanza que la Iglesia ofrece al Señor en el presente por la fe recta y las obras dignas de fe. También enemigos de Benjamín, es decir, del hijo de la derecha, mientras separan a los que los escuchan de la suerte del pueblo fiel, que a la derecha del Juez en el futuro recibirá la bendición y el reino eterno. Tales dicen a Zorobabel y a los príncipes de los padres: "Edifiquemos con vosotros, porque buscamos a vuestro Dios como vosotros", cuando los herejes desean que se les conceda igual autoridad para predicar entre los católicos, prometiendo que tienen y aman la misma fe recta y operación, para que, habiendo recibido el poder de enseñar en medio de la buena semilla, de la cual el apóstol Pablo tomó el sobrenombre para ser llamado spermologos, es decir, sembrador de palabras, inserten la cizaña de la doctrina oculta. Así hicieron algunos en el concilio de Nicea, quienes suscribieron la fe recta entre los Padres católicos con una mente no católica; para que, cuanto más familiarmente estuvieran mezclados con los fieles, más libremente prepararan el lugar para recibir la perfidia arriana. Así Pelagio en el concilio palestino anatematizó su herejía, con la que atacaba ferozmente la

gracia de Dios, con confesión y escrito no de corazón, para que él mismo, anatematizado por los sacerdotes católicos, no perdiera el lugar de enseñar en la Iglesia y la facultad de sembrar su error. He aquí, dicen, "hemos inmolado víctimas desde los días de Asarhaddón, rey de Asiria, que nos trajo aquí". Inmolasteis víctimas, pero impuras; porque no renunciasteis a los ídolos. Pues ¿qué participación tiene la justicia con la iniquidad? ¿O qué sociedad tiene la luz con las tinieblas? ¿Qué acuerdo tiene Cristo con Belial? (II Cor. VI). Porque entrasteis en la tierra de los hijos de Israel, no introducidos por Josué, no sometidos al imperio de Jerusalén, sino traídos por un rey pérfido, enemigo del pueblo de Dios, a su tierra, no para servir al Señor en ella, sino al mismo rey adversario. Así también los herejes, así los falsos católicos, cuando atacan la paz de la Iglesia, ya sea viviendo perversamente o incluso enseñando, son completamente ajenos al reino de Jerusalén, y pertenecen más bien a la suerte perdida de los gentiles, cuyos pecados no abandonan; más bien, para decirlo más claramente, tales no entran en los confines de la santa Iglesia guiados por el Señor Jesús, sino por el diablo, cuya figura sostuvo Asarhaddón, rey de Asiria. Pues ¿qué se hace sino instigado por el diablo, cuando alguien recibe los sacramentos de la Iglesia, no para ser consagrado a Dios para su sanación, sino para, consagrado a Dios, corromper a otros desde la familiaridad, siendo más severamente condenado? Así hizo Simón el Mago (Hech. VIII), quien recibió el bautismo en la Iglesia, no por el deseo de su salvación, sino para conocer más ciertamente las cosas de la Iglesia desde la cercanía; lo que demostró con su salida, cuando perturbó amargamente a la Iglesia, que no puede en la persona de un hermano falso, pero sí en la persona de un enemigo abierto. Sigue:

"No es para vosotros y para nosotros edificar la casa de nuestro Dios, etc." No es de los herejes edificar la casa del Señor, que es la Iglesia, de la cual ellos mismos se prueban ser ajenos; sino solo de aquellos que, adhiriéndose a Cristo, verdadero rey y sacerdote, merecieron ser llamados príncipes de los padres, por la pía preocupación que tienen por aquellos que desean ver a Dios, lo que se interpreta como Israel.

Por lo tanto, sucedió que el pueblo de la tierra impidió, etc. Correctamente llama pueblo de la tierra a aquellos que turbaban a los obreros de la verdad y trataban de impedir la obra de la Iglesia. Pero el pueblo de Judá, es decir, confesando y glorificando a aquel que con mente íntegra buscaba edificar al Señor su Dios, es decir, hacer su voluntad, buscar su gloria, convertir todos los ánimos y bocas que pudiera. Cuántas veces los herejes no solo en ciudades individuales, sino también en provincias enteras, ya sea enseñando perversamente o incluso actuando hostilmente, han impedido el dogma de la verdadera confesión, ojalá no lo supiéramos. Pues para no hablar del maestro de las naciones, que durante dos años estuvo preso en Cesarea por la persecución de los judíos (Hech. XXIII), restringió su lengua del oficio de edificar la casa de Dios; he aquí, por las insidias de los herejes siguientes, el bienaventurado Atanasio estuvo muchos años exiliado de su patria, Ambrosio sitiado en su ciudad, Hilario relegado al exilio, Eusebio sufrió martirio; muchos obispos en África, con sus lenguas cortadas, fueron expulsados de su provincia, otros y otros fueron atormentados o asesinados con diversas penas, permitieron que la casa de Dios, que habían edificado, fuera profanada por los pueblos de la tierra, es decir, por hombres que buscaban lo suyo, no lo que es de Jesucristo, hasta que en el tiempo divinamente previsto, nuevamente a los sabios arquitectos se les proporcionó la oportunidad de reedificar la misma casa después de la cautividad; es decir, hasta que a los Padres católicos se les dio la facultad de restaurar la Iglesia después de haber descubierto y superado las herejías.

Contrataron contra ellos consejeros, etc. Se debe notar la distinción de las palabras; porque dice que contrataron consejeros, dado el precio, contra los restauradores del templo, para que se destruyera su consejo; sin embargo, no dice que su consejo fue destruido, ni que cesaron

en la obra, antes de que, escrita la carta de acusación a Artajerjes, por orden de él, los prohibieron, como dice la Escritura, "con brazo y fuerza". Allí sigue: "Entonces se interrumpió la obra de la casa de Dios en Jerusalén, y no se hizo hasta el segundo año de Darío, rey de Persia" (I Esdr. IV). De donde se deduce que durante todo el tiempo de Ciro, aunque más lentamente de lo justo, insistían en la obra comenzada; pero muerto él, no fueron impedidos por consejos perversos, sino que fueron repelidos de trabajar por una abierta impugnación. Pues los enemigos no se atrevían, mientras Ciro aún vivía, quien había ordenado que se hiciera esa obra, a oponerse abiertamente, aunque sugiriendo o aconsejando ocultamente, a contradecir sus edictos. Está claro, sin embargo, el sentido alegórico: porque los herejes, según la oportunidad del tiempo, ahora persiguen a la Iglesia con consejos de doctrinas malignas, ahora con una lucha más amarga de espadas, y a veces incluso no temen molestarla con el apoyo de los príncipes gentiles. Pues impiden las manos del pueblo de Judá, cuando retrasan a la Iglesia en sus miembros más débiles de las obras de la profesión piadosa. Intentan destruir el consejo de obrar, cuando también se esfuerzan por apartar sus ánimos de la misma intención de la buena acción. Los acusan ante los reyes, cuando también buscan el apoyo de los príncipes terrenales contra la Iglesia. Lo cual, cuánto daña a la fe, en el tiempo de la perfidia arriana se hizo notoriamente claro.

CAPÍTULO V. Los samaritanos escriben cartas de acusación a los reyes de Persia, y por edicto de las cartas reales prohíben la obra del templo.

En el año del reinado de Asuero... escribieron acusación, etc. Artajerjes, quien recibió la carta de acusación de los samaritanos y prohibió que se construyera Jerusalén y el templo, José (Antiq. XI, 2, 3) cree que es Cambises, hijo de Ciro, quien después de su padre, que gobernó durante treinta años, él mismo reinó ocho años; y después de él, los magos, reinando un año, tuvieron como sucesor en el reino a Darío, hijo de Histaspes. En cuyo segundo año, permitiendo que se edificara el templo, dijo el ángel por el profeta Zacarías, intercediendo por el pueblo: "Señor de los ejércitos, ¿hasta cuándo no tendrás misericordia de Jerusalén y de las ciudades de Judá, contra las cuales has estado enojado? Este es el año setenta" (Zac. I). Asuero, a quien también se dice que se envió la carta de acusación, tal vez se omite si respondió o no, porque o bien murió el mismo año en que comenzó a reinar, dejando más bien a Artajerjes el ápice del reinado y el cuidado de estas cosas; o bien era contemporáneo de Artajerjes, pero como de menor poder, permitió que él más bien tratara y decidiera estas cosas.

Este es el ejemplo de la carta, etc. Artajerjes, a quien se le persuade, y quien persuadido ordenó que no se edificara Jerusalén, sostiene la figura de algún príncipe gentil, enemigo y perseguidor de la Iglesia; o del mismo antiguo enemigo de todos los bienes, y adversario de los judíos que acusaban ante el rey a los hombres eclesiásticos: los samaritanos, que acusaban, designan, como siempre, a los herejes. De donde con voz congruente llaman a Jerusalén ciudad rebelde y perversa. Tal juzgan los herejes la unidad católica que atacan. Pero en verdad es rebelde, y compone los muros y paredes de la fe recta con piedras de testimonios celestiales contra las flechas de los errores que la atacan, de las cuales Isaías dice: "Y la salvación ocupará nuestros muros, y tus puertas alabanza" (Isa. LX). Pero no debe ser llamada perversa, sino solo por aquellos que están completamente apartados de la mejor sentencia. Entre lo cual se debe notar que desde ese tiempo el pueblo de Dios comenzó a ser llamado con el nombre de judíos, porque de la tribu de Judá fueron principalmente aquellos que primero ascendieron de la cautividad, restauraron las murallas de la ciudad de Jerusalén y la obra del templo, y poseyeron nuevamente la provincia evacuada de habitantes, superados los enemigos que ocupaban los lugares cercanos.

Ahora, pues, sea conocido al rey, etc. Gracias a Dios, porque los enemigos de la ciudad del Señor, que es la Iglesia, confiesan la verdad; porque si después de la cautividad la ciudad es edificada, y los muros de esa ciudad son erigidos con piedras vivas, es decir, con almas santas, contra la soberbia de este mundo, los ciudadanos de ella, es decir, el pueblo elegido, ya no darán tributo de nefanda servidumbre a los espíritus malignos pecando. Más bien, la edificación de la piedad dañará a los príncipes de la potestad de este aire, mientras diariamente por el lavacro de la regeneración se quitan más de aquellos que fueron generados para el servicio de su reino por la culpa de la primera transgresión; quienes, actuando la gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor, ya no tributan al enemigo lo indebido, sino a su Creador el justo tributo de la debida servidumbre, y los rendimientos anuales de sus primicias y diezmos, que se hacen por la iniciación y perfección de las buenas obras, los devuelven a aquel de quien recibieron, al dador de dones, tanto viviendo bien como dando gracias.

Nosotros, pues, recordando la sal que comimos en el palacio, etc. Los samaritanos comen sal en el palacio, cuando los herejes se instruyen con el sabor de la filosofía mundana, con la suavidad de la retórica, con la astucia del arte dialéctico. Quienes también consideran un pecado ver que se lleven a cabo las lesiones del rey, cuando no pueden soportar que algunos intenten impugnar el reino del diablo con fe o acción piadosa, y temen que se susciten guerras en la Iglesia, no sea que por los defensores de ella sean derrotadas las herejías y falacias de ellos junto con los dogmas de los gentiles, bajo la guía de aquel que dijo: "No vine a traer paz, sino espada" (Mat. X). Y de nuevo: "Fuego vine a traer a la tierra; y ¿qué quiero, sino que arda?" (Luc. XII). Espada, es decir, de su palabra, para abatir a los adversarios; y fuego de caridad, para que encendiendo los corazones de los suyos, queme más intensamente todas las armas y escudos de la secta contraria.

Anunciamos al rey que si esa ciudad es edificada, etc. Llama río al Éufrates, dentro del cual está Siria. Que con razón insinúa el arroyo del santo bautismo, ya sea porque es uno de los cuatro ríos que, surgiendo de una fuente del paraíso, riegan todo el mundo; en figura, sin duda, de los cuatro evangelistas, que inspirados por una fuente de vida, es decir, el Señor Salvador, predicán con voz concordante a todas las naciones el lavacro de la salvación; o porque Éufrates se interpreta como frugífero; lo cual se adapta perfectamente a aquel sacramento, por el cual el mundo, lavado y santificado, acostumbra a engendrar a Dios el fruto de las almas treinta, sesenta y ciento. Por lo tanto, el rey de Persia, que se interpreta como tentadores, busca posesión más allá del río, cuando el antiguo enemigo, excitando los ataques de las tentaciones, intenta irrumpir en los confines de la Iglesia, y también someter a aquellos que ya han renacido a Dios por el bautismo. Le ayudan los samaritanos, cuando los herejes que persiguen a la Iglesia militan por el reino del diablo, y como si dolidos dicen: "Porque si esa ciudad es edificada, y sus muros restaurados, por la fe recta y las obras religiosas de los justos, él no podrá tener posesión ni lugar más allá del río, es decir, en los corazones de aquellos que ya han renacido a Dios por el bautismo". También se entienden aquellos que no comprenden la fe recta, que una misma mente no puede ser poseída simultáneamente por la luz y las tinieblas, la iniquidad y la justicia, Cristo y Belial.

El rey envió palabra a Rehum Beelteem y Samsai el escriba, etc. El sentido de la letra es claro, y también el de la alegoría; porque el rey profano, es decir, el antiguo adversario, favorece muy gustosamente los deseos de aquellos que persiguen a la Iglesia y prohíben que se edifique. Habitan, sin embargo, los enemigos de Jerusalén en Samaria, que se interpreta como guardián; no porque puedan guardar de alguna manera los preceptos de la fe y la verdad, quienes con mente obstinada se prueban contrarios a la verdadera visión de la paz, sino porque ellos mismos se jactan de que la custodia de las virtudes permanece con ellos, cuando luchan contra los muros de la paz por la herejía.

Por lo tanto, se leyó el ejemplo del edicto del rey Artajerjes, etc. Sin embargo, el orden de la historia es claro, que los enemigos del pueblo de Dios primero impedían la obra santa persiguiéndola, luego intentaban disolver el consejo de su recta intención con consejos malvados, y aún no podían apartarlos del todo de la obra de la casa del Señor, antes de que, apoyados por la ayuda real, se opusieran a ellos con autoridad pública. Se debe notar su fraude en acusar, que se quejaban de que aquellos que edificaban la casa de Dios edificaban una ciudad contra el reino de Persia; y al ordenar el rey que no se edificara la ciudad, ellos inmediatamente, con la autoridad de las cartas reales recibidas, resistieron con nociva virtud para que no se edificara el templo; cuando ni ellos mismos habían acusado nada de la construcción del templo, sino solo de la ciudad, ni el rey había prohibido otra cosa que construir la ciudad.

LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO VI. A la exhortación de Ageo y Zacarías, los profetas, Zorobabel y Josué edifican el templo de Dios; y Tatenai, gobernador de la región más allá del río, pregunta a Darío qué debe hacerse con ellos.

(I Esdr. V.) Prophetizaron entonces el profeta Ageo y Zacarías, etc. Estas cosas están escritas más ampliamente en los libros de los mismos profetas; con cuyas palabras, en efecto, ellos reprendieron la pereza de aquellos que habían sido negligentes respecto a la obra del templo, o los animaron a trabajar con la promesa de la ayuda de Dios; y con qué devoción, a la exhortación de ellos, Zorobabel y Josué, o todo el pueblo, se dispusieron a la obra de edificar la casa del Señor. Y ciertamente el profeta Ageo comienza así: En el segundo año del rey Darío, en el primer día del sexto mes, vino la palabra del Señor por mano del profeta Ageo, diciendo: Di a Zorobabel hijo de Salatiel, y a Jesús hijo de Josadac, el sumo sacerdote, diciendo: Así dice el Señor de los ejércitos, diciendo: Este pueblo dice: Aún no ha llegado el tiempo de edificar la casa del Señor. Y vino la palabra del Señor por mano del profeta Ageo, diciendo: ¿Es acaso tiempo para vosotros de habitar en casas artesonadas, mientras esta casa está desierta? (Ageo I). Y poco después: Y despertó el Señor el espíritu de Zorobabel hijo de Salatiel, gobernador de Judá, y el espíritu de Jesús hijo de Josadac, el sumo sacerdote, y el espíritu de los restantes de todo el pueblo; y entraron y trabajaron en la casa del Señor de los ejércitos, su Dios, en el día veinticuatro del mes, en el sexto mes, en el segundo año del rey Darío (Ibid.). Y en lo siguiente, lo que pusimos arriba: La gloria de esta última casa será mayor que la de la primera, dice el Señor de los ejércitos (Ageo II). Asimismo, Zacarías comienza así: En el octavo mes, en el segundo año de Darío, vino la palabra del Señor a Zacarías, hijo de Berequías, hijo de Iddo, el profeta (Zac. I). De cuyo título aparece más claramente cómo Esdras llama a este mismo profeta hijo de Iddo, a saber, que era su nieto. Pero se entiende que el mismo Iddo fue un profeta noble, de quien Zacarías, siendo eminente entre los profetas, con razón se decía hijo. Entre lo cual es de notar cuán grandes fueron estos profetas en espíritu, que contra el edicto de un rey tan poderoso y los samaritanos, y todas las naciones circundantes que impedían la edificación del templo, ordenaron que se construyera el templo. Zorobabel también y Jesús, y el pueblo que estaba con ellos, se prueban de no menor fe, al escuchar más a los profetas que ordenaban, que al mandato del rey que prohibía. Pero porque a menudo en este volumen hemos hablado de Zorobabel y Josué, o Jesús (pues es un solo nombre), cómo designaban al Señor Salvador, rey y sumo sacerdote tanto por linaje como por acción, parece conveniente exponer también los mismos nombres de ellos, cómo significan a aquel. Zorobabel, por tanto, se dice jardín en Babilonia, o maestro de Babilonia; Salatiel, mi petición es Dios; Jesús o Josué, salvador; Josadac, Señor justo. Y

ciertamente abiertamente, así como el hijo de Nun suena al Señor Cristo Jesús. De donde ambos introdujeron al pueblo en la tierra de promisión, aquel desde la larga estancia en el desierto, este desde el más largo servicio de cautiverio, en figura del verdadero Jesús, que rescatando a sus elegidos de todos los males, los introduce en las alegrías prometidas del reino celestial, que es hijo de Josadac, es decir, del Señor justo, de quien se canta en el salmo: El Señor justo cortará las cervices de los pecadores, sean confundidos y retrocedan todos los que odian a Sion (Sal. CXXVIII). Zorobabel, que se llama jardín en Babilonia, según la historia se refiere a él mismo; porque allí nació, siendo de la estirpe de David, que nació en Belén. Según la alegoría, se refiere al Señor; quien para rescatar al mundo de la confusión de los errores, se dignó nacer y habitar por un tiempo en Babilonia, es decir, en la confusión de este mundo. Quien también se llama maestro de Babilonia, no porque enseñe las cosas de Babilonia, es decir, de este mundo; sino porque a aquellos que encontró oprimidos bajo el yugo de los babilonios, los instruye en la gracia de la libertad, y una vez instruidos, los conduce a las murallas de la patria celestial. Cuyo padre es Salatiel, es decir, mi petición es Dios, quien dice en el salmo: Pide de mí, y te daré las naciones por herencia (Sal. II). Pero también cada uno de los fieles invocando a Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, cuando no busca de él otra cosa que al mismo Dios, puede con razón ser llamado Salatiel, es decir, mi petición es Dios, según aquello del salmista: ¿Qué me queda en el cielo, y qué he deseado de ti sobre la tierra? (Sal. LXXII), y lo demás, hasta que dice: Pero para mí, el acercarme a Dios es bueno. Por tanto, nuestra petición es Dios, cuando solo a él le pedimos, para que merezcamos disfrutar de su visión eterna.

En ese mismo tiempo vino a ellos Tatnai, etc. El sentido de la letra es claro, porque fortalecidos por las palabras de los profetas, los líderes de los judíos no podían ser impedidos por las persecuciones de los enemigos de la obra santa, de la cual, mientras los profetas aún callaban por temor a los enemigos, habían cesado. Lo que ahora se lleva a cabo en el mismo orden en la santa Iglesia, mientras aquellos que, retardados por las insidias de los malignos, ya sean hombres o espíritus, permanecieron por algún tiempo más tibios respecto a la buena obra, de repente corregidos por las palabras de los doctores fieles o de las Escrituras divinas, comienzan a arder en tan buenos estudios, que no pueden ser vencidos por ninguna máquina de tentaciones, ni ser desviados de la intención de su propósito. Sin embargo, se pregunta con razón cómo se dice: A lo cual les respondimos; como si también el que escribió, hubiera estado presente entonces, cuando se dice que Esdras escribió este libro, quien no se encuentra que estuviera en Jerusalén en esos tiempos, sino que vino mucho después, en el reinado de Artajerjes. O bien, en verdad estuvo allí en ese tiempo cuando se edificaba el templo, y después de hecho el templo regresó a Babilonia, para traer a más de los hijos de Israel a Jerusalén; o ciertamente, aunque aún no estuviera allí cuando se edificaba el templo, sin embargo, se une a aquellos que edificaban, porque consideraba como suyo todo lo que se hacía respecto a sus hermanos, o lo que ellos hacían. Así también el Apóstol, por la concordia de la fraternidad, de algún modo se asocia a aquellos santos que estarán al final del mundo: Nosotros, dice, los que vivimos, los que quedamos, no precederemos a los que durmieron en la venida de nuestro Señor (I Tes. IV).

Y pareció bien que el asunto se refiriera a Darío, etc., hasta el final de la carta. Esta carta que Tatnai escribe a Darío es muy diferente de aquella carta que Rehum y Samsai escribieron a Artajerjes. Aquella, en efecto, está llena de acusaciones contra los habitantes de Jerusalén, esta está llena de alabanzas no solo de la gente, sino también del Dios omnipotente. De hecho, comienza así: Al rey Darío, toda paz. Sepa el rey que fuimos a la provincia de Judea, a la casa del gran Dios, que se edifica con piedra sin labrar, y se ponen maderas en las paredes, y esa obra se construye diligentemente, y crece en sus manos. Interrogamos entonces a esos

ancianos, y les dijimos: ¿Quién os dio autoridad para edificar esta casa? etc. En cuyas palabras también se debe notar cómo se dice que la casa de Dios se edificaba con piedra sin labrar; cuando consta que una obra tan grande no pudo hacerse sino con piedras labradas. Pero por piedra sin labrar se debe entender piedra nueva, que ellos encontraron sin labrar, pero que al labrarla la hicieron apta para el edificio de la casa del Señor: pues aunque de las piedras antiguas, que, como Jeremías lamentando mostró (Lam. IV), estaban dispersas en la cabeza de todas las calles, algunas quedaron; no hay duda de que eran nuevas piedras a labrar, de las cuales se podía completar la obra del templo. De lo cual ciertamente hay un misterio evidente, cuando vemos que la Iglesia de Dios se edifica, no solo con aquellos que arrepintiéndose vuelven a la vida de santidad que antes habían perdido pecando; sino también con aquellos que recién llamados a la fe, instruidos por los maestros como por la norma de los obreros, y colocados en el edificio de la casa del Señor en el orden que les corresponde. Aunque también se puede entender correctamente que el templo se edificó de piedras antiguas y nuevas, de las ya labradas y de las no labradas por mucho tiempo; cuando de ambos pueblos, a saber, el de los judíos y el gentil, se reúne una sola Iglesia de Cristo; uno, que ya desde hace tiempo estaba labrado por el conocimiento y la observancia de la ley de Dios; el otro, que esclavizado a la idolatría, no había despojado la deformidad de una mente rústica y terrena con ninguna industria de arquitectos espirituales, ni con ningún culto de piedad. Y lo que sigue en la misma carta: Y se ponen maderas en las paredes. Las maderas que se colocaban en las paredes del templo para su memoria u ornato, significan la misma vida de los santos en el ornato de la santa Iglesia, así como las piedras, según lo que enseñamos arriba. De las cuales maderas hace mención el profeta en el salmo, en el que se edifica la casa del Señor después de la cautividad: Entonces se alegrarán todos los árboles del bosque delante del Señor, porque viene, porque viene a juzgar la tierra (Sal. XCV). Se alegran, en efecto, los corazones de los que antes eran soberbios, porque al ser cortados del monte impío de la tradición paterna, merecieron ser trasladados a la edificación de la casa del Señor. Se alegran, además, delante del Señor, porque viene a juzgar la tierra; cuyo juicio temieron salubrementemente, y cuyo advenimiento, que antes los pecadores podían temer, ahora corregidos y justificados, lo desean pronto para sí. Aquella carta, por tanto, fue escrita con letras insidiosas, esta con letras amistosas; y con razón, porque aquella fue enviada por los samaritanos, enemigos en todas partes de los judíos; esta, sin embargo, fue enviada por el gobernador de la región que estaba más allá del río, es decir, de la Siria inferior y Fenicia, y por sus asociados, que no tenían enemistades domésticas contra los judíos, sino que solo se preocupaban por conocer y ejecutar la voluntad del rey, de quien recibieron el poder del gobierno. Por lo cual, con razón, los samaritanos, que escribieron la primera carta, encendiendo los ánimos del rey contra los constructores del templo, se comparan con los herejes, que a menudo manchan la Iglesia con una peste tan vil, que incluso la hacen odiosa a los gentiles, y excitan su furia contra ella. Por otro lado, este gobernador de Siria, que no acusa al rey del trabajo de la casa de Dios, sino que lo consulta, representa adecuadamente a aquellos que, aún en la gentilidad, admiran la fe y las obras de la Iglesia; ni niegan que creerán, si pueden entender que este es el verdadero y justo culto de la divinidad. De hecho, al escuchar de los ancianos de los judíos, cuando daban razón de su edificación: Nosotros somos siervos del Dios del cielo y de la tierra, y edificamos el templo que fue construido hace muchos años, el cual un gran rey de Israel edificó y construyó. Pero después que nuestros padres provocaron a ira al Dios del cielo, él los entregó en manos de Nabucodonosor, rey de Babilonia, caldeo, y también destruyó esta casa; y lo demás, que respondieron sobre la renovación de ese mismo templo, que fue ordenada por Ciro; no quería contradecir más con sus consejeros, ni impedir a los que edificaban; sino que con ánimo sencillo indagaba si Ciro había mandado edificar el templo, y si el mismo Darío quería que se edificara. Y conocida la voluntad de ambos reyes, también él con los suyos, para que se completara toda la obra, se

preocupó de llevar ayuda, como está escrito en lo siguiente. Todas estas cosas convienen a la mente y acción de aquellos que, estando primero en la vida gentil, se asombran al ver de repente la conversación de la santa Iglesia, luego se esfuerzan por escuchar y aprender la razón de esa misma religión; y finalmente, al reconocer que esto ha tenido su origen en el Dios del cielo y de la tierra, que es el único Dios verdadero, también ellos, creyendo en sus sacramentos, se alegran de unirse y ayudar a su edificación. Pero veamos qué hizo el rey Darío, al recibir la carta del gobernador y sus consejeros.

CAPÍTULO VII. Darío, revisadas las cartas de Ciro, ordena edificar el templo, que se completa en el sexto año de su reinado.

(I Esdras VI.) Entonces el rey Darío ordenó, etc. Josefo (Antiq. XI, 3) puso el nombre del lugar donde se encontraron estas cartas de Ciro, así: Y se encontró en Ecbatana, en una torre construida, en la región de Media, un códice. Por otra parte, otra traducción dice: En Ecbatana, en el edificio más seguro de la región de los medos. De donde parece verosímil que el nombre Medena no signifique otra cosa que Media. Pero lo que sigue:

Y que pongan los cimientos de soporte, etc., no nos corresponde exponerlo; porque ni en la primera edificación del templo, ni en la posterior, se encuentra algo de estas medidas o de esta clase de obra. De donde se deduce que Ciro lo expresó de su propio juicio, y anotó la medida o el orden de la obra, como le parecía conveniente; ya que el templo, como narran las Crónicas, en la medida primera, es decir, dentro de los muros interiores, tenía sesenta codos de longitud, veinte codos de anchura. Por otra parte, de altura, como escribe la historia de los Reyes, hasta los aposentos superiores, treinta codos; luego otros treinta codos hasta el aposento superior, hasta donde ascendía la altura de los pórticos, como testifica Josefo (Antiq. VIII, 3); luego otros sesenta hasta la cima del techo; es decir, en total ciento veinte codos, como enseñan las Crónicas. ¿Cómo dice entonces que se deben poner tres órdenes de piedras sin labrar, y así órdenes de maderas nuevas, cuando todo el templo estaba revestido interiormente de cedro? a menos que tal vez era costumbre de los persas hacer así los templos con obra variada, de modo que hubiera tres órdenes de piedras por las paredes, y el cuarto de maderas labradas: y también pensó que esto debía hacerse de la misma manera en el templo de Jerusalén. O tal vez se debe entender que habló del atrio de los sacerdotes, que alrededor del templo en círculo, tenía tres órdenes de piedras labradas, y un cuarto de maderas de cedro, y era alto hasta el pecho de los que estaban de pie; o ciertamente la casa del Señor, que estaba delante del templo, de la cual la Escritura, cuando se construía el palacio del rey Salomón, así menciona: Hizo también el atrio mayor redondo de tres órdenes de piedras labradas, y de un orden de cedro labrado, así como en el atrio de la casa del Señor interior, y en el pórtico de la casa (III Reyes VII).

Pero también los vasos del templo de oro y plata, etc. Lo que dice que entonces se pusieron los vasos en el templo de Dios, significa el templo de los babilonios, en el cual Nabucodonosor los había puesto, como se lee más claramente arriba, de donde Ciro ordenó que se sacaran y se llevaran a Jerusalén. Hasta aquí las cartas del rey Ciro, que fueron encontradas en Ecbatana; a las cuales de repente, de manera nueva e inusual, se añadió de la persona y autoridad del rey Darío:

Ahora pues, Tatnai gobernador de la región, etc. Tal es, por tanto, la consecuencia del texto, como si Darío mismo hubiera leído las cartas de Ciro, y una vez leídas, las confirmara inmediatamente con su autoridad, de modo que reprimiendo a todos sus adversarios, ordenara edificar el templo de Dios, según se leía a ellos, en su lugar, y él mismo con la mente más devota ayudara en todo a los servidores de su voluntad. Designa, por tanto, Artajerjes, quien

prohibió edificar la casa o ciudad de Dios, a aquellos señores que se opusieron a la construcción de la santa Iglesia con persecuciones de muerte; entre cuyas perturbaciones la misma Iglesia floreció principalmente con la victoria de los mártires. Designa Darío la devoción piadosa de aquellos reyes, que al conocer la voluntad de la fe cristiana, no solo no se resistieron, sino que también se preocuparon por ayudarla con sus propios recursos. De los cuales muchos, prohibidas las persecuciones anteriores, también quisieron consagrarse a sí mismos con los pueblos sujetos a ellos a los sacramentos de esa misma fe. A cuyas personas conviene adecuadamente lo que se añade con las palabras del rey Darío:

Pero también de mí se ha ordenado, etc. ¿Quién podría explicar cuánto la Iglesia ha sido ayudada o enriquecida por la liberalidad de los dones reales en todo el mundo? Aunque también según la alegoría se puede entender que se otorgan fondos del arca del rey para la obra del templo, cuando incluso de la familia de los príncipes seculares algunos se convierten a la fe de Cristo, con el favor de los mismos príncipes; quienes estaban como en el arca del rey, mientras eran conscientes de los secretos reales. Pero se dan a los presbíteros, es decir, a los ancianos de los judíos, para los gastos de la obra del templo, mientras a aquellos que han precedido en la confesión de Cristo se les encomienda instruir y reunir a los miembros de la Iglesia; como fue Casiodoro, antiguo senador, de repente doctor de la Iglesia; quien al observar diligentemente en la exposición de los Salmos, que hizo de manera excelente, lo que Ambrosio, lo que Hilario, lo que Agustín, lo que Cirilo, lo que Juan, lo que los demás hermanos dijeron, probó sin duda que fue instruido por los ancianos de los judíos, es decir, de los confesores y alabadores. A lo cual es similar lo que sigue:

Que si fuera necesario, también becerros, etc. ¿Quién no sabe que los becerros, corderos y cabritos, que son animales puros, así como el grano, la sal, el vino y el aceite, que se ofrecían a Dios según la ley, a menudo en las Escrituras santas se entienden en la significación de los buenos hombres, o de las obras perfectas, o de los carismas espirituales? Todas estas cosas ahora, por mandato del rey, se ofrecen en holocausto al Dios del cielo, cuando con el favor de las potestades de este mundo crecen las cosas santas de la Iglesia, y los pueblos sujetos a ellos se agregan por todas partes a una misma fe de la verdad consagrada a Cristo, y todo lo bueno que cada uno ha oído divinamente, todo lo que ha aprendido de los hombres de las Iglesias, lo dedica todo al servicio del culto divino. De los cuales se dice adecuadamente que deben darse según el rito de los sacerdotes que están en Jerusalén; porque ciertamente solo así se hacen aceptas al Señor las ofrendas de los que ofrecen, si se ofrecen según el estado de la paz católica. Pues cualesquiera cosas que estén mezcladas con la superstición pagana o con la contención herética, estas no deben ser consideradas buenas de ninguna manera. Pero los mismos sacerdotes las ofrecen por la vida del rey y de sus hijos, según aquello del Apóstol: Exhorto, pues, ante todo, a que se hagan súplicas, oraciones, intercesiones, acciones de gracias por todos los hombres, por los reyes y por todos los que están en eminencia, para que llevemos una vida tranquila y sosegada (I Tim. II).

A me ergo positum est decretum, etc. Patet litterae sensus: quia gravissima voluit poena perire eum, si quis decretum suae religionis mutare tentasset; damna videlicet, et omnium quae habere possit, et animae suae, quam etiam confixus in ligno, cum tormento diutini cruciatus, amitteret. Sed et spiritualis patet intellectus, quia opera nostra lignis omnia comparantur: bona quidem fructiferis, prava autem sterilibus atque incendio dignis. Tolliturque lignum de domo illius, qui holocaustis Domini contradicere nisus est; et erigitur, atque in eo ipse configitur, cum opera eorum qui paci sanctae universalis Ecclesiae repugnant, omnibus manifeste quam sint inutilia, quam perversa, patescunt; et ipsi in eisdem operibus non gaudium sibi vitae, sed mortis potius laqueum conquisisse probantur. Domus

quoque talium publicatur, id est publico censui perscribitur, cum corpora etiam eorum in quibus diutius in hac vita manserunt, ad resurrectionem perpetuo punienda tormento saevissimis exactoribus, hoc est spiritibus in potestatem traduntur. Bene autem ac fideliter Darius decretum suum auxilio divinae potentiae confirmari desiderat, dum repente deprecando subjungit, dicens: Deus autem qui habitare fecit nomen suum ibi dissipet omnia regna, et populum qui extenderit manum suam, ut repugnet et dissipet domum Dei illam, quae est in Hierusalem.

Ego Darius statui decretum, etc. Et ipse ergo sicut homo temporaliter regno praeditus, pro pace domus Dei, publica lege omnia quae potest facit, contradicentes in quantum potest confringit: et Deum, quia aeternam atque omnipotentem habet virtutem, hoc idem veraciter perficere rogat, piaque devotione desiderat, ut et nomen ejus in domo sua perpetuo maneat; et quicumque hanc impugnare praesumpserint, ipsi in aeternum regno et vita priventur. Quod eodem ordine nunc quoque in sancta Ecclesia geritur, cum terrenae potestates ad fidem conversae, pro statu ejusdem Ecclesiae publica edicta proponunt, et hanc Domino adjuvante, atque inimicos omnes sub pedibus ejus ponent, placidam semper habere quietem cupiunt, ac pacem.

Igitur Thathannai dux regionis trans flumen, e Starbuzannai . . . sic diligenter exsecuti sunt, etc. E nunc quoque confluentibus ad fidem populis, et aliquando etiam ex his qui foris sunt, paci illius faventibus, seniores Judaeorum, hoc est illi qui sede magisterii sunt digni, Ecclesiam suam quotidie vel verbo vel exemplo aedificant ac prosperantur; quia etsi aliquandiu antiquus hostis impugnet, invenit tamen sermo Dei aliquos, in quibus vincat, ac fugatis adversariis muros veritatis exstruat.

Et prosperabantur juxta prophetiam, etc. Praedixerant enim iidem prophetae, quia si aedificando templo insisterent, mox donante Domino, et opus ipsum complerent, et bonis quoque omnibus pro mercede devotionis largius abundarent. E quibus est illud Zachariae: Manus Zorobabel fundaverunt domum istam, et manus ejus perficient eam; et scietis, quia Dominus exercituum misit me ad vos (Zach. IV). Hoc est, cum videritis templum ab ipso Zorobabel, a quo est fundatum, esse perfectum, tunc intelligetis missum a Domino, et quae locutus sum, ipso mandante, dixisse. Item Aggaeus: A die, inquit, vigesimo et quarto noni mensis, a die qua fundamenta jacta sunt templi Domini, ponite super cor vestrum: Nunquid jam semen in germine est? et adhuc vinea et ficus et malogranatum, et lignum olivae non floruit ex die ista (Aggaei II)? Quod veraciter fuisse praedictum, ipse exitus rerum docuit. Sed et omnes prophetae, imo omnes sacrae auctores Scripturae prospera structoribus sanctae Ecclesiae, id est, doctoribus pollicentur, si non ipsi adversitatibus fatigati, a labore sancto quiescant. Aderit namque divinum auxilium, quo coepta domus Domini in auditorum corde credendo ac bene vivendo compleatur. Adveniet architectis eisdem benedictio frugum vineae, fici, malogranati, et olivae, id est, abundantia copiosior spiritualium charismatum, quae absque ulla dubietate tanto nobis largius a Domino praestabitur, quanto diligentius habitaculum gloriae illius, sive in nobisipsis, seu in proximorum cordibus exstruere sategerimus. Neque aliquis hoc quod ait Aggaeus, sub Dario rege templi esse jacta fundamenta, contrarium aestimet huic sacrae quam exponimus historiae in qua scriptum est: Secundo anno regis Cyri fundatum esse a caementariis templum, multum gaudente et collaudante Deum populo (I Esdr. III). Namque tunc ipsius templi fundatio descripta est, id est, domus sanctae interioris, cujus mensuras specialiter et Regum et Paralipomenon historia refert. Nunc autem cum aedificatione domus ipsius etiam porticum et gazophylaciorum, quae ipsam domum undique versum in gyro ambiebant, aedificia fundata narrantur, quorum in libro Paralipomenon ita fit mentio: Fecit etiam atrium sacerdotum, et basilicam grandem, et ostia in basilica, quae textit aere (I Par. IV). In qua basilica templo circumposita, et populus

ad orandum consistere, et custodes ac janitores templi per vices suas die noctuque solebant excubare, sicut ibidem liber Paralipomenon abundantissime docet. Haec aliquando generaliter domus cum ipso templo adnumeratur; ut in Evangelio, ubi docente in templo Domino mulierem in adulterio deprehensam adduxere Pharisei et Scribae (Joan. VIII), quam nullatenus nisi in porticus templi aliquas introducere potuerunt; aliquando separatim, sub nomine gazophylaciorum, sive exedrarum, sive porticum, sive atriorum. Unde est illud Psalmistae: Qui statis in domo Domini, in atriis domus Dei nostri.

Et aedificaverunt et construxerunt, etc. Artaxerxen dicit illum qui post Darium regnavit, cujus tempore Ezras de Babylone Hierosolymam ascendit. Quaeritur autem quomodo dicatur, jubente non solum Cyro et Dario, sed et Artaxerxe, domum Dei esse constructam; cum continuo subjungitur, eam regnante adhuc Dario fuisse completam ac dedicatam. Nisi forte credendum est etiam Artaxerxen, misso Hierosolymam plurimo auri et argenti pondere, jussisse, ut si quid minus in aedificatione, vel in ornatu templi, sive vasorum ejus esset completum, ex ipsa quam miserat et donaverat pecunia perficeretur. Nam et Ezra illuc properante scriptum est, quod idem rex cum principibus et consiliariis suis plurimum auri et argenti, et vasorum pretiosorum, miserit ad templum. Ubi inter alia positum est in exemplari regis epistolae: Sed et caetera quibus opus fuerit in domo Dei tui, quantumcunque necesse est ut expendas, dabis de thesauro et de fisco regis (I Esdr. VII). Mensis autem Adar, cujus die tertia domus Domini completa est, ipse est qui apud nos Martius vocatur, quem Scriptura duodecimum annum juxta cursum lunae solet appellare. Nec vacat a mysterio, quod domus Domini, quae septimo mense in aedificio altaris coepta est, duodecimo est mense perfecta. Coepta est enim initio septimi mensis; quia omne quod facimus bonum, praeveniente nos gratia Spiritus sancti, incipimus, et hac comitante ad perfectionem tendimus. Completa est autem duodecimo mense, ob significantiam perfectionis, quae hoc numero continetur, maxime propter summam apostolorum, in quorum fide ac doctrina Ecclesia perficitur. Item duodenarius numerus ideo perfectionem rectae fidei et operationis designat, quia sive tria per quatuor, seu quatuor per tria multiplices, duodecim consummabis. Tria autem ad fidem merito propter confessionem sanctae Trinitatis referuntur; quatuor ad opus bonum, propter totidem virtutes excellentiores, prudentiam, fortitudinem, temperantiam, et justitiam; quarum liber Sapientiae, in laudibus ipsius sapientiae ita meminit, dicens: Sobrietatem enim et prudentiam docet, et justitiam et virtutem, quibus utilius nihil est in vita hominis (Sap. VIII). Recte ergo domus Domini septimo mense inchoata, et duodecimo est perfecta ac dedicata; quia mens electorum gratia Spiritus sancti illustratur, ut ad perfectionem bonae operationis perveniat cum fide sanctae et individuae Trinitatis, sicque laetabunda dedicationem beatae retributionis exspectat. Et quoniam haec ipsa retributio futurae nostrae solemnitatis in tempore universalis resurrectionis, et in visione ejusdem in quam nunc credimus Trinitatis perficitur, recte domus Domini non solum duodecimo mense, sed et tertia ejus die completa esse memoratur; quia enim Dominus tertia die resurrexit a mortuis, recte nostra resurrectio triduo potest numero designari, de qua dicit propheta: Quia ipse caedit, et sanabit nos; percutiet, et curabit nos; vivificabit nos post duos dies, in die tertia suscitabit nos (Ose. VI). Coepta est aedificatio templi primo anno Cyri regis, et sexto Darii anno consummata; qui sunt anni juxta fidem Chronicorum XL. Siquidem Cyrus regnavit annis triginta, post quem Cambyses filius ejus annos octo, qui in hoc volumine, ut Josephus autumat, Artaxerxes vocatur; post quem Magi qui illum interfecerunt, anno uno, post quos Darius usque ad consummationem ac dedicationem templi, annis sex; qui sunt, ut diximus, anni quadraginta quinque. Quaeritur autem quomodo, dicente Domino Judaeis sub figura templi de passione ac resurrectione sua: Solvite templum hoc, et in tribus diebus excitabo illud; responderunt ipsi: Quadraginta et sex annis aedificatum est templum hoc, et tu tribus diebus excitabis illud (Joan. II)? cum non amplius quam quinque et sexaginta anni reperiantur a primo Cyri usque

ad sextum Darii regis annum. Sed si in Historia Josephi legamus, in qua post consummationem ac dedicationem templi, tres adhuc annos addit, in quibus peribolos, id est, circumposita templo munitionum constructio, et quaedam alia quae remanserant perfecta sint; videbimus quia recte in aedificatione templi quadraginta et sex annorum potuerit summa computari, in quibus eminentiora ejus aedificia fuere cuncta completa. Verum nos hoc Evangelii capitulo admoniti, debemus animo retinere, quia templum, quod a Salomone aedificatum, a Zorobabel et Jesu reaedificatum est, multiplicem habet figuram. Nam et unamquamque animam designat electam, quae propter inhabitantem in se Christum, Christi domus ac templum ejus recte vocatur; et Ecclesiam totam, hoc est congregationem omnium electorum, et angelorum et hominum; et ipsum Domini corpus, quod ex virgine natum, ac sine peccato in mundo conversatum, ab impiis morte solutum, sed ab ipso est die tertia resuscitatum ad vitam. Cujus figurae specialiter aptatur illud, quod templum quadraginta sex annis aedificatum esse dicitur. Narrant namque physiologi, quod hoc numero corpus humanum in utero a tempore conceptionis, usque ad perfecta membrorum lineamenta crescendo perveniat. Et decebat omnimode, ut domus quae dominici figuram corporis erat habitura, eo annorum numero conderetur in Hierusalem, quo dierum numero ipsum Domini corpus in utero virginis sacrosancto erat creandum, quae videlicet virgo veracissime Hierusalem, id est, civitas Regis magni, et visio pacis est cognominanda, illius nimirum de qua dictum est: Ipse est pax nostra, qui fecit utraque unum (Ephes. II). Sicut etiam illud quod de eodem templo scriptum est: Ostium autem lateris medii in parte erat domus dextrae, et per cochleam ascendebant in superius coenaculum, et a superiore in tertium (III Reg. VI); specialiter dominici corporis figuram praetulit, de quo scriptum est: Sed unus militum lancea latus ejus aperuit, et continuo exivit sanguis et aqua (Joan. XIX). Ostium quippe lateris medii in parte erat domus dextra, hoc est ab orientali angulo lateris meridiani in terra incipiens, et per interiora ejusdem lateris occulto itinere paulatim ad altiora coenaculorum perducens; quia Dominus et Salvator noster januam nobis salutis in dextro latere sui corporis voluit aperire, per cujus sacramenta abluti ac sanctificati, altiorem regni coelestis aulam possimus intrare. Ascendimus namque per ostium lateris medii in superius coenaculum, quando per aquam baptismatis, et poculum dominici calicis consecrati, ab hac terrestri conversatione ad coelestem animarum vitam pervenimus. A superiore quoque in tertium penetramus coenaculum, cum beatitudinem animarum etiam corporum immortalium perceptione cumulamus.

CAPUT VIII. Dedicant domum Dei filii transmigrationis, et solemnitatem Paschae celebrant.

Fecerunt autem filii Israel, sacerdotes et Levitae, etc. Merito gaudent filii transmigrationis, quod ipsi et jugum captivitatis abjicere, et domum Dei, quae destructa erat, merentur construere, offeruntque quasi devoti Deo famuli plurimas in dedicationem domus ejus hostias; offerunt etiam quasi fraternitatis amatores pro peccato totius Israel, hoc est non eorum tantummodo qui praesentes adesse potuerunt, verum etiam illorum qui vel in Babylone, vel in aliis adhuc provinciis positi, extra terram repromissionis inter hostes degebant; rogantes eis quoque Deum fieri propitium, et eos vel inter hostes a malis custodire, vel ab hostibus erutos optatam revocare ad patriam. Verum quia reaedificatio domus post captivitatem illorum, ut saepe dictum est, correctionem designat, qui a via veritatis, quam paululum inchoaverant, peccando aberraverunt; apte restauratum hujusmodi templum dedicatur a sacerdotibus et Levitis, et reliquis filiorum transmigrationis in gaudio; quia correctis his qui peccavere, multum fit gaudium in coelo coram angelis Dei (Luc. XV). Fit et magistris qui pro errantium salute laboraverunt; fit et omnibus qui a Babylone, id est, confusione peccatorum ad virtutum arcem, terram utique repromissionis mente et opere transmigraverunt. Et sacerdotes ergo et Levitae, et omnis populus in dedicatione restauratae

domus Domini gaudent, quia omnes necesse est ordines sanctae Ecclesiae, reconciliatis per poenitentiam his qui peccaverunt, congaudeant. Offerunt in hanc dedicationem hostias, cum per errantium conversationem vota gratiarum Deo referunt, cum multi conspecta eorum vita Deo devota, et ipsi se ad majorum virtutum opera accingunt, nolentes eis segniores in operibus bonis existere, quibus innocentiores minus peccando permanserant. Quod etiam de eis qui nuper ad fidem, ad sacramenta Christi suscipienda perveniunt, aequè potest accipi, quod multi saepe illorum qui in fide praecesserunt, ferventiora novitiorum studia aemulentur, et eorum in bono perficiant exemptis. Non solum autem sacerdotes, Levitae et populus hostias in dedicationem domus Domini, quam renovaverant, sed etiam pro peccato totius Israel offerebant; quia nimirum sic oportet eorum qui nobiscum adsunt bonis favere, sic illorum bona imitando, nostra facere, ut etiam pro statu totius quae per orbem est Ecclesiae, solerti cura Dominum precemur juxta ipsum dominicae orationis exemplum; in qua sibi nemo specialiter panem quotidianum dari, vel peccata dimitti, vel se specialiter a tentatione et malo liberari, sed potius pro omnibus qui eundem habent Patrem in coelis, orare jubetur. Item aedificato templo dedicatio sequitur, cum impleta in fine saeculi summa electorum pervenerit ad gratiam coelestium praemiorum. In quam dedicationem offeruntur hostiae Deo multum acceptabiles; illae nimirum de quibus eadem domus Dei, id est sancta Ecclesia, post captivitatem longam aerumnae mortalis, reaedificata per gloriam immortalitatis suo Conditori ac Redemptori canit, dicens: Disrupisti vincula mea, tibi sacrificabo hostiam laudis (Psal. CXV). Et quoniam eadem hostia laudis offerenda est Deo, non solum ob collata virtutum dona, verum etiam ob expurgatas atque ablatas sordes vitiorum: recte post oblatos in dedicationem templi vitulos, arietes, et agnos, hirci quoque pro peccato totius Israel mactati esse perhibentur; gratia namque Dei, quae virtutum beneficia confert, ipsa nequitiam scelerum aufert. Neque ullum Pelagius in domo Dei habet locum, qui se suosque persuadebat libertate proprii arbitrii, vel liberari a malis, vel confirmari posse in bonis. Offeruntur autem in hac vita hirci pro peccato, cum electi supernae pietatis supplicant ut liberentur a peccatis. Offeruntur et in futura, cum iidem gratias ei referunt, quod ipso concedente sint liberati a peccatis; ideoque misericordias Domini in aeternum cantabunt (Ps. C); quia nunquam se miseros fuisse ac per donum ipsius beatos esse factos obliviscuntur.

Y establecieron a los sacerdotes en sus órdenes, etc. El orden exigía devoción, de modo que después de haber edificado y dedicado la casa del Señor, inmediatamente se ordenaran los sacerdotes y levitas que ministrarían en ella; no fuera que la casa resplandeciera en vano si faltaran quienes sirvieran a Dios en su interior. Esto debe repetirse con frecuencia a aquellos que construyen monasterios con magníficas obras, pero no establecen en ellos maestros que exhorten al pueblo de Dios a las obras de Dios, sino que más bien sirven a sus propios placeres y deseos. Lo que se dice de los sacerdotes en sus órdenes y de los levitas en sus turnos, se refiere a los turnos de las semanas; en los cuales toda la congregación de ambos grados estaba distribuida en veinticuatro partes, de modo que cada orden ministraba en el templo durante ocho días, es decir, de sábado a sábado; y luego, durante veintitrés semanas, libre de los oficios del templo, se ocupaba del cuidado de su propia casa, como narran las Crónicas. Pues ya habían hecho pórticos alrededor del santuario interior del templo, en cuyas puertas los levitas vigilaban por turnos, como también se lee allí. Lo que se dice, "Como está escrito en el libro de Moisés", no se refiere a los turnos de los levitas, sino a las obras de Dios, pues Moisés escribió lo que los sacerdotes y levitas debían hacer en la casa de Dios; pero los turnos de los levitas y los órdenes de los sacerdotes en veinticuatro suertes, de las que hemos hablado, no los describió Moisés, sino el rey David con los profetas, sacerdotes y levitas de su tiempo. Y ahora también, edificada y dedicada la Iglesia de Cristo, por la regeneración de nuevos pueblos a la fe, conviene establecer sacerdotes y levitas en sus

órdenes y turnos, sobre las obras de Dios; y no solo se inicia a los pueblos en los sacramentos de la fe, sino que se les instruye en los ejemplos y enseñanzas de los justos precedentes en Cristo para hacer las cosas de Dios; y esto no según la capacidad del ingenio humano, sino como está escrito en el libro de Moisés. A lo cual se corresponde aquel mandato del Señor: "Id, pues, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado" (Mateo XXVIII). No debemos, por tanto, enseñar a nuestros oyentes nuestras propias cosas, sino los mandamientos de la ley y del Evangelio, si nos preocupamos por llegar a las recompensas que el Señor prometió, junto con esos mismos oyentes.

Hicieron, pues, los hijos de la transmigración la Pascua, etc. ¿Qué sentido tenía referir en la historia la celebración de la Pascua después de haber edificado la casa del Señor? cuando ya se había prometido que desde el primer día de su llegada a Jerusalén, en todas las solemnidades del Señor ofrecerían sacrificios legítimos y holocaustos; a menos que tal vez quisiera referirse especialmente a la Pascua hecha, para advertir al lector que los hijos de la transmigración completaron la edificación del templo con la misma devoción de mente con la que habían comenzado. Allí se había dicho que el pueblo se congregó como un solo hombre en Jerusalén, y se levantó Josué hijo de Josadac, y sus hermanos los sacerdotes, y Zorobabel hijo de Salatiel, y sus hermanos, y edificaron el altar del Dios de Israel, para ofrecer en él holocaustos (I Esdras III). Y ahora, dedicado el templo, ya en el año cuadragésimo sexto, se recuerda que la misma piedad de religión estaba presente en las mentes de todos, cuando se dice que los sacerdotes y levitas fueron purificados como uno, todos limpios para inmolar la Pascua. Pues, ¿qué mayor perfección puede haber en esta vida que la unidad pura de la multitud? Había muchas millares de sacerdotes, muchos levitas, que sin embargo todos fueron purificados y limpios para inmolar la Pascua. Y no con diversas intenciones de alma, sino, como Lucas escribe de la Iglesia primitiva del Nuevo Testamento, con un solo corazón y alma, que es la verdadera unidad de fe y amor en Dios, y no se encuentra disparidad en el pueblo en la unidad de amor y castidad. Cuando se dice para inmolar la Pascua a todos los hijos de la transmigración, y a sus hermanos los sacerdotes, y a sí mismos, inmediatamente se añade:

Y comieron los hijos de Israel, etc. A todos los hijos de la transmigración se inmoló la Pascua, todos comieron los hijos de Israel, no solo los que habían regresado del cautiverio, sino también todos los que, establecidos en algún lugar antes, se habían preparado en ese tiempo para separarse de las contaminaciones de las gentes de la tierra hacia ellos. Lo cual también puede entenderse correctamente de los prosélitos, que siendo gentiles por naturaleza, se convertían en el pueblo de Dios, habiendo recibido la circuncisión y purificados con sacrificios legales, para que ellos también fueran dignos de participar en el sacrificio de salvación. Y es de notar que llama gentes de la tierra a aquellos que sirven a las contaminaciones; para enseñar, por el contrario, que son gentes del cielo aquellos que, separados de ellos, sirven al Señor en unidad y castidad, y celebran sus solemnidades con corazón sincero. En ningún otro lugar, si no me equivoco, se encuentra que el mismo pueblo de Israel, desde que salieron de Egipto por Moisés, haya existido con tanta devoción con los sacerdotes y levitas, sus maestros; pero esta devoción se hizo por la corrección divina, cuando por sus pecados fueron entregados para ser afligidos por sus enemigos; afligidos por las adversidades, se apartaron de sus pecados por el arrepentimiento; por el mérito del arrepentimiento y la conversión fueron liberados de sus enemigos: y llamados de nuevo a su patria, para servir mejor a Dios. Pero hasta ahora vemos muy a menudo a aquellos que han profanado el templo de su cuerpo pecando con frecuencia, y por esto han sido cautivados por el diablo, regresar al Señor por el arrepentimiento. Y con razón, con mayor insistencia que

antes, se han esforzado en las buenas obras, con las cuales preparan de nuevo en sí mismos una morada para su Creador. Es de notar que Salomón completó el primer templo en la paz de su reino, en un tiempo muy breve, sin que nadie se opusiera en absoluto; pero ahora, destruido esto por los pecados, los hijos de la transmigración, insistiendo en un largo trabajo con gran compunción de corazón, y muy a menudo retrasados por los enemigos, finalmente ayudados divinamente lo restauraron. Pues es fácil para cualquiera que se haya convertido a la fe y al conocimiento de la verdad, renunciar al diablo, confesar al Dios vivo y verdadero, recibir los sacramentos de Cristo; y siendo iniciado en ellos, en remisión de todos los pecados, convertirse en su templo, y conservar la inocencia de vida recibida con la gracia que lo acompaña; pero es de mucho trabajo para aquel que desprecia los sacramentos de la fe recibida pecando, recuperar la dignidad original; porque no se le puede dar fácilmente la purificación por el agua del bautismo de nuevo, sino que el crimen infecto debe ser lavado con el largo trabajo del arrepentimiento, con abundantes lágrimas, con el sudor de una continencia más estricta, cuya purificación también la costumbre de los vicios, como una turba enemiga de samaritanos, resiste; tanto más difícil de superar, cuanto más tiempo poseía la tierra del corazón vacía de virtud. También se puede decir que por eso se conmemora especialmente la Pascua hecha después de haber sido edificada y dedicada la casa del Señor, cuando no había duda de que hombres de tanta religión querrían hacer la Pascua en su tiempo; para insinuar místicamente que esta es la suma de toda perfección, cuando, habiendo trascendido todas las codicias y seducciones del mundo, meditamos siempre con toda la intención de la mente el ingreso a otra vida. Pues Pascua significa paso, tomando su nombre de que los hijos de Israel en ella, por la inmolación del cordero, pasaron de la servidumbre egipcia a los gozos de la libertad, o que el mismo Cordero inmaculado, es decir, el Señor Cristo inmolado por nuestra redención, pasó de este mundo al Padre. Lo cual también imitamos cuando pasamos de los placeres inferiores a buscar las cosas celestiales. Y verdaderamente lo cumplimos cuando, liberados del calabozo de la carne, entramos en el reino celestial. A este sentido se adapta lo que sigue:

Y celebraron la solemnidad de los ázimos, etc. Pues el Apóstol nos enseña cómo debemos celebrar espiritualmente esta solemnidad, diciendo: "Así que celebremos la fiesta, no con el viejo fermento, ni con el fermento de malicia y maldad, sino con los ázimos de sinceridad y verdad" (I Cor. V). Que debe celebrarse durante siete días; porque durante todo el tiempo de este siglo, que corre en tantos días, debemos vivir en sinceridad y verdad, más bien en las víctimas y holocaustos de todas las buenas obras. Y puesto que nuestro Señor, en el tiempo pascual, venció la muerte transitoriamente gustada con la eterna virtud de la resurrección; esta celebración de la Pascua puede referirse típicamente al tiempo de nuestra resurrección; de modo que la edificación del templo designe el estado presente de la santa Iglesia, la dedicación la vida futura, que se lleva a cabo en la exultación de las almas santas cuando salen del cuerpo. La inmolación de la Pascua insinúa la gloria de la resurrección, cuando todos los elegidos, alimentados con la carne del Cordero inmaculado, es decir, de nuestro Dios y Señor, ya no creyendo en el sacramento, sino viendo en la realidad y verdad, serán restaurados. Por lo cual en esta Pascua se dice que todos los sacerdotes y levitas, toda la congregación del pueblo, todos los que de las naciones habían acudido a ellos, estaban limpios, como si fueran uno; porque entonces verdaderamente el Cordero de Dios quita los pecados del mundo. Y como dice el apóstol Juan: "La sangre de Jesús, su Hijo, nos limpia de todo pecado" (Juan I). Entonces será verdadera la unidad, cuando Dios sea todo en todos (I Juan I; I Cor. XV). Entonces se celebrará con alegría la verdadera solemnidad de los ázimos, cuando no permanezca en los elegidos ningún fermento de malicia y maldad, todos adherirán a la visión divina con sinceridad y verdad de corazón; y esto no en los siete días del siglo que

pasa, sino en un solo día de vida eterna en los atrios del Señor, que es mejor que mil en la luz del Espíritu Santo, cuya gracia septiforme nos encomienda el profeta (Salmo LXXXIII).

Celebraron la solemnidad de los ázimos durante siete días, etc. Pues esta es la mayor alegría de los justos en este siglo y en el futuro, que la obra de la Iglesia esté completa, con los gentiles también convertidos, que antes resistían, para ayudar a su estado y confirmar la paz de la religión de la Iglesia Cristiana en todo el mundo. Hasta aquí se escribe el regreso del pueblo de Babilonia a Jerusalén, que había sido cautivo; la devolución de los vasos, que habían sido llevados; la restauración y dedicación del templo, que había sido incendiado; la celebración de las solemnidades y el canto de los cánticos del Señor, que no podían ser cantados en tierra extraña, bajo los líderes Zorobabel y Josué. Todo lo cual contiene un mismo conocimiento de la salvación humana en Cristo, ya sea que aquellos que vinieron al mundo con el pecado de la primera transgresión, purificados por los sacramentos de la fe, sean salvados; o aquellos que pecando habían caído de la fe recibida, se arrepientan y resipiscan, y ambos, por un mismo Salvador, verdadero rey y sacerdote, celebrando como una Pascua felicísima, pasen de este mundo al Padre, de la muerte a la vida. Pero como el templo fue incendiado, y la ciudad de Jerusalén destruida, también las Escrituras sagradas, que se guardaban allí, fueron quemadas por la misma calamidad hostil, y estas, con la misericordia del Señor y el regreso a su pueblo, debían ser reparadas; para que, habiendo restaurado los edificios derruidos, tuvieran de dónde ser advertidos, aprendieran a restaurarse interiormente en la fe y el amor de su Creador. Por lo cual bien sigue:

CAPÍTULO IX. El sacerdote Esdras sube de Babilonia, teniendo cartas honoríficas del rey Artajerjes a todos los guardianes del arca pública más allá del río; con las cuales también honraba el templo del Señor.

(I Esdras VII.) Después de estas palabras en el reino de Artajerjes, rey de Persia, etc. Este Artajerjes, bajo el cual Esdras subió de Babilonia a Jerusalén, José (Antiq. XIII, 5) cree que es Jerjes, hijo de Darío, que reinó después de él. Sin embargo, los libros de las Crónicas consideran que el sucesor de ese mismo Jerjes, que también es llamado Artajerjes por ellos, es el designado aquí. Darío, bajo el cual se edificó el templo, reinó treinta y seis años; después de él, Jerjes veinte años; después de él, Artabano siete meses, que los cronógrafos pusieron como un año; después de él, Artajerjes cuarenta años. Esdras, escriba veloz en la ley de Moisés, porque restauró la ley que había sido consumida; no solo la ley, sino también, como es fama común de los mayores, toda la serie de la Escritura sagrada, que igualmente fue consumida por el fuego, la reescribió según le parecía suficiente para los lectores. En esta obra se dice que añadió algunas palabras que consideraba oportunas; de las cuales es aquella: "Y no se levantó profeta en Israel como Moisés, a quien el Señor conoció cara a cara", y otras. Estas palabras, evidentemente, no pudo decirlas sino alguien que viviera mucho tiempo después de Moisés. Y en el libro de Samuel: "Antiguamente en Israel, así hablaba cualquiera que iba a consultar a Dios, Venid y vayamos al vidente. Porque el que hoy se llama profeta, antiguamente se llamaba vidente" (I Sam. IX). Sin embargo, dejó intactos algunos volúmenes completos, que una vez se tenían en el pueblo de Israel; de los cuales ahora no se tiene en la Escritura sagrada más que la memoria del nombre; como es aquello en el libro de los Números: "Por lo cual se dice en el libro de las guerras del Señor" (Num. XXI). Y en Josué: "¿No está esto escrito en el libro de los Justos?" (Jos. X). Pero también en el volumen de los Reyes y Crónicas se mencionan libros históricos de los profetas Ahías de Silo, y Semaías, Jaddo, y Natán, también Isaías, y Jehú hijo de Hanani (III Reyes XVI; II Crón. IX); de quien se dice que escribió el libro de los Reyes de Israel; y muchos otros, de los cuales dicen que hoy no se pueden encontrar vestigios en ninguna parte. También dicen los hebreos, y no hay duda entre ellos sobre esto, que el mismo Esdras ideó letras más ligeras bajo los nombres de

aquellas que habían tenido hasta entonces, para que pudiera reescribir rápidamente tanta cantidad de libros que había sido consumida. Por lo cual no solo se le llama escriba, sino también escriba veloz. Las letras anteriores permanecieron entre los samaritanos, con las cuales solían escribir los cinco libros de Moisés, que eran los únicos que habían recibido de la Escritura sagrada.

Y ascendieron de los hijos de Israel, etc. Porque en el primer día del primer mes comenzaron a subir de Babilonia, y en el primer día del quinto mes llegaron a Jerusalén, anticipando dice que llegaron a Jerusalén. Pues también en lo siguiente describe más plenamente en orden cómo llegaron y dónde reunieron su ejército. Sin embargo, es de notar que al principio de este volumen está escrito que subieron de Babilonia por la promesa de Ciro, con los líderes Zorobabel y Josué, de los hijos de Judá y Benjamín con los sacerdotes y levitas todos, cuyo espíritu Dios había despertado. De los cuales también se añadió que eran de la cautividad que Nabucodonosor, rey de Babilonia, había trasladado a Babilonia. Aquí, sin embargo, bajo el liderazgo de Esdras, no se menciona a Judá y Benjamín, ni a los trasladados por Nabucodonosor, sino solamente a los hijos de Israel, y a los sacerdotes y levitas que subieron con él. Por lo cual parece verosímil que aquellos que entonces fueron llamados de regreso a Jerusalén, fueron de Judá y Benjamín, quienes habían sido trasladados a Babilonia por Nabucodonosor. Pero estos que ahora se leen como traídos de regreso por Esdras, podrían haber sido de las diez tribus, que después de la división de Israel fueron llamadas especialmente así; a quienes los reyes de Asiria capturaron mucho antes de los tiempos de Nabucodonosor y los hicieron habitar más allá de los montes de los medos. Entonces, en gran parte, las dos tribus regresaron a casa y restauraron el templo con gran esfuerzo. Sin embargo, las diez tribus, que tuvieron menor cuidado del templo y la religión, aunque el rey lo ordenara, descuidaron regresar a la patria, porque con la destrucción del imperio caldeo, vivían libremente bajo los reyes de Persia, quienes amaban a su gente. Pero cuando supieron que el templo había sido reconstruido y la envidia de los samaritanos había sido contenida, finalmente algunos de ellos consintieron en regresar a casa; aunque muchos permanecieron allí, cuya descendencia hasta hoy se dice que está detenida en las mismas partes y sirve a la nación persa. Así como Zorobabel y Jesús, como se ha dicho a menudo, designan al Señor Salvador, quien libera la cautividad del género humano con su gracia, y edifica su casa en nosotros santificándonos y poseyándonos; así también Esdras, sacerdote y escriba veloz, manifiestamente anuncia al mismo Señor, quien no vino a abolir la ley, sino a cumplirla (Mat. V). Quien por eso pudo ser llamado correctamente escriba de la ley de Dios, o escriba veloz en la ley de Moisés, porque él mismo dio la ley a Moisés por medio de un ángel, él mismo enseñó a los profetas santos toda la verdad por la gracia de su Espíritu, él mismo encendió las mentes de todos los elegidos para que, tan pronto como los tocara con su amor, comprendieran y llevaran a cabo la voluntad de Dios Padre. Por lo cual, prometiendo la gracia del Nuevo Testamento, el profeta decía: Y este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Señor; pondré mis leyes en su mente, y las escribiré en su corazón (Jer. XXXI, Hebr. XV). De este escriba recuerda bellamente el salmista diciendo: Mi lengua es la pluma de un escriba que escribe rápidamente (Sal. XLIV). Pues la lengua del profeta era la pluma de un escriba veloz; porque lo que el Señor le enseñó iluminándolo interiormente sin demora de tiempo, él lo declaró exteriormente a los hombres temporalmente por el oficio de la lengua. A quien también su nombre, Esdras, que se interpreta como ayudante, demuestra claramente. Pues él es por quien solo el pueblo de los fieles suele ser liberado de las tribulaciones, y como de la cautividad babilónica a la libertad de Jerusalén, de la confusión de los vicios a la paz y serenidad de las virtudes, introducido por los grados de méritos que progresan. En el segundo Anabathmon, es decir, de sus ascensos, el salmo

exclama a todos los que tienden a lo alto, insinuando a qué guía deben tender y llegar: Mi ayuda viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra (Sal. CXX). De cuyos actos también Esdras tuvo la figura, cuando él mismo devolvió no poca parte del pueblo de la cautividad a Jerusalén, y al mismo tiempo llevó dinero y vasos sagrados a Dios para la gloria de su templo, cuando purificó al mismo pueblo de las esposas extranjeras con autoridad pontifical. Todo lo cual, lo que insinúan que fue hecho por el Señor en la santa Iglesia, o que debe hacerse, es evidente para el lector docto; pero también nosotros, para que incluso los más simples lo comprendan, nos esforzaremos en explicar. Pues que Esdras subió de Babilonia, y suben con él de los hijos de Israel, y de los hijos de los sacerdotes y levitas; significa la piadosa dispensación de nuestro Redentor, quien apareciendo en la carne, entró en la confusión de este mundo, él mismo libre de la confusión de los vicios, para que regresando con él, liberados de toda confusión, nos condujera a la tranquilidad de la paz suprema; de cuya paz sempiterna hemos recibido en la presente Iglesia una prenda, diciendo el Señor: La paz os dejo, mi paz os doy (Juan XIV); es decir, dejo la paz temporal a los que peregrinan en la tierra, doy la perpetua a los que llegan a la patria celestial. De quien se bendice, porque en el primer mes comenzó a subir de Babilonia, y en el quinto mes con los hijos de la transmigración, a quienes conducía, llegó a Jerusalén. Pues el viaje de Babilonia a Jerusalén se completa en cuatro meses; porque por los cuatro libros del santo Evangelio, aprendemos la fe y los sacramentos de la verdad, por los cuales debemos ser arrebatados de la cautividad del enemigo antiguo con el Señor como guía, y ascender a la libertad de la gloria de los hijos de Dios. En los mismos cuatro libros se contienen los preceptos de las obras, con cuyos pasos cotidianos podemos llegar a las promesas supremas. Ni esto se hizo sin figura de misterio, que el primer día del mes comenzó a subir de Babilonia, y el primer día del mes llegó a Jerusalén; pues el principio del mes, en el que se cree que la luna recibe nueva luz del sol, designa el nuevo inicio del don celestial. Y adecuadamente el primer día del primer mes subió Esdras de Babilonia con aquellos a quienes salvaba de la cautividad; porque el principio de la santa conversación, en el que renunciamos a Satanás y a su reino, se lleva a cabo en nosotros por la iluminación de la piedad divina. También el primer día del quinto mes llegó a Jerusalén, porque esto tampoco se lleva a cabo por la libertad de nuestro arbitrio, sino por la inspiración de la luz suprema en nosotros, para que, escuchados los oráculos del Evangelio, seamos incorporados a los miembros de la santa Iglesia. Y una hermosa y saludable costumbre en la Iglesia, la doctrina de los padres ha arraigado, que a los que son catequizados se les explique el sacramento de los cuatro Evangelios, y se reciten los inicios. Asimismo, el primer día del quinto mes llegó con aquellos que habían sido liberados de los enemigos, a Jerusalén; porque cuando completados los preceptos de los cuatro santos Evangelios ingresamos al reino celestial, celebramos como un nuevo inicio del mes, porque ya vemos las alegrías de la nueva luz en el Sol de justicia, y como después de cuatro meses de acción luminosa, lo que en el camino de la vida peregrina, el quinto mes de la recompensa perpetua en la luz de la patria celestial celebramos.

Y en el primer día del quinto mes llegó a Jerusalén, etc. Es decir, confirmado por la gracia y protección divina, porque completaría el próspero viaje comenzado. Asimismo, en sentido místico, vino a la Iglesia el mediador entre Dios y los hombres, según la mano de su Dios buena sobre él, es decir, según la disposición de la virtud divina que estaba en él. Pues Dios estaba en Cristo, reconciliando al mundo consigo (II Cor. V). La cual mano estaba sobre él, según aquello que él se hizo hombre. Por lo cual dice: El Padre es mayor que yo (Juan XIV). Pues mayor que la humanidad de Cristo, es la divinidad no solo del Padre, sino también de Cristo mismo, y del Espíritu Santo, que es una. Por la cual también exaltado en la pasión por la mano de la potencia divina, ascendió a las murallas de la ciudad suprema, mostrando a sus fieles que humildemente lo seguían el camino de la ascensión.

Esdras preparó su corazón, etc. ¡Oh cuánta virtud del dicho, qué sublimidad de mérito, preparar el hombre su corazón al servicio de la voluntad divina, y poder decir: Mi corazón está preparado, Dios, mi corazón está preparado; cantaré y salmodiaré al Señor (Salmo LVI)! Es decir, y con todo el ánimo exultaré en el Señor, y con la ejecución de las obras cumpliré lo que él ha mandado. Preparó, pues, su corazón, para investigar y reescribir la ley del Señor, que la voraz llama había consumido. También preparó, para que él mismo primero la cumpliera haciendo, y así abriera su boca para enseñar a otros. Lo cual de igual manera es fácil de aceptar sobre el Señor Jesús; pues preparó su corazón, para investigar la ley del Señor, porque divinamente proveyó para sí mismo un hombre tal que asumiría, que no solo sería sin pecado, sino también lleno de gracia y verdad, porque sin ninguna ley del pecado que le repugnara, guardaría la ley de Dios sin contradicción alguna de mente o carne. Por lo cual dice en el Salmo: En el rollo del libro está escrito de mí, que haga tu voluntad, Dios mío, quise, y tu ley en medio de mi corazón (Salmo XXXIX). Asimismo, el Señor investigó la ley de Dios, porque desechando las tradiciones de los fariseos, enseñó cómo debía entenderse mística la Sagrada Escritura, qué secretos espirituales ocultaba bajo el velo de la letra; porque mostró que los decretos del Evangelio, que él mismo trajo al mundo, eran más perfectos, más aceptos a Dios Padre, que los que había enviado por Moisés. Por lo cual él mismo dice: Habéis oído que fue dicho a los antiguos, Amarás a tu prójimo, y odiarás a tu enemigo: pero yo os digo, Amad a vuestros enemigos; y otras cosas semejantes.

Este es el ejemplo de la carta del edicto, etc. Artajerjes aquí, quien con devotísima mente venera el templo y los sacerdotes de Dios según su medida, y le ofrece un servicio dispuesto, significa a los príncipes cristianos, al igual que su predecesor Darío. Y no es de extrañar, si decimos que los sucesores de Ciro, quienes hicieron construir el templo del Señor y la ciudad, quienes amaron y ayudaron a sus siervos y su ley, tienen la figura de los reyes cristianos, cuando el mismo Señor por el profeta dijo que Ciro vendría en figura de su hijo, y se dignó honrarlo con el nombre de su Cristo, diciendo: Así dice el Señor a su ungido, a Ciro (Isa. XLV); y las demás cosas que de él hemos puesto más ampliamente arriba.

Artajerjes, rey de reyes, a Esdras sacerdote, etc. Lo llama escriba de la ley del Dios del cielo muy docto, porque incluso al mismo rey había llegado la fama de la virtud divina, por la cual él renovó la Ley quemada por los caldeos con las mismas palabras que antes, aunque con otro carácter de letras. Y él mismo llama a Dios del cielo, para distinguirlo de aquellos que sabía que la insensata locura de los miserables había instituido de hombres muertos, o ciertamente de algunos. Ruego, sin embargo, que no sea gravoso al lector recorrer brevemente el texto de la carta, y ver cuánto conviene a las personas de los reyes cristianos.

De mí ha sido decretado, etc. A todos los que quieran ir a Jerusalén, les concede licencia, no obliga a nadie a ir: y los príncipes cristianos, sin obligar a nadie, para que no sea incierta o dudosa la voluntad de la fe, permiten a todos los que deseen de su reino adorar a Cristo.

Porque de parte del rey y de sus siete consejeros has sido enviado, etc. Y en el libro de Ester leemos que era costumbre de los reyes de Persia usar el consejo de siete sabios en todo lo que debía hacerse o decretarse. Los fieles usan siete consejeros, cuando en todo lo que hacen siguen los preceptos y decretos de la Sagrada Escritura. De la cual dice el salmista: Las palabras del Señor son palabras puras, plata refinada en el crisol, probada en la tierra purificada siete veces (Salmo XI). Esto es, perfeccionada por la santa iluminación del Espíritu séptuplo. Si a alguien le parece incongruente que los consejeros de ese rey persa, por quienes el pueblo y el profeta del Señor son liberados de la cautividad y enviados a la patria, puedan prefigurar algo bueno en la santa Iglesia, lea las obras de los Padres, quienes dijeron

que los actos o casos de los reyes reprobados Saúl y Jeconías designaban figurativamente las santísimas obras de nuestro Redentor: interpretando la muerte del rey Cristo sobre la muerte del ungido Saúl, quien fue asesinado por sus crímenes; y refiriendo típicamente la traslación de Jeconías de Judá a Belén, que por sus pecados retuvo, a la gracia de nuestro Redentor, quien, dejando a los judíos por su perfidia, se dignó trasladarse para salvar a las naciones por el mundo. Quienes enseñaron que los dichos o actos de Faraón, o de Nabucodonosor, debían entenderse típicamente sobre los enemigos de la Iglesia. Por ejemplo, Faraón ordenó que los niños varones del pueblo de Dios fueran asesinados en el río, y las mujeres fueran reservadas; porque el diablo desea extinguir lo fuerte en nosotros, y nutrir lo débil e inconstante. Asimismo, Nabucodonosor ordenó que todos los pueblos sometidos a él, al oír la voz de las sinfonías y músicos, se postraran y adoraran su estatua. Y el diablo se esfuerza por desviar al género humano de la rectitud de la mente mediante la dulzura de la pompa terrenal, y pervertir los corazones de los engañados para seguir la codicia, que es la servidumbre de los ídolos. Si, por lo tanto, las malas obras de los reprobados precedieron en figura no solo de los malos, sino también de los buenos, ¿por qué no pudieron también los buenos actos o palabras de los buenos, que se contienen en el volumen profético, prefigurar las buenas acciones de los que siguen? Asimismo, veamos las obras de San Agustín, quien incluso dijo que los siete maridos de una mujer sin hijos, de los cuales los saduceos, negando la resurrección, tentaban al Señor, tenían una figura cierta del sacramento eclesiástico, así como la mujer, y su esterilidad, y la muerte. También enseñó que la muerte de esos mismos maridos eran figuras de cosas memorables, cuando ni el mismo Señor, ni ninguno de los evangelistas narró esta historia de su propia persona; sino que los evangelistas incluyeron en sus escritos lo que los impíos pronunciaron con boca nefanda contra el Señor, debido a la santísima respuesta del Señor. Por lo tanto, Esdras es enviado de parte del rey y de sus siete consejeros, para visitar Judea y Jerusalén. Y los príncipes del siglo convertidos a la fe, y fortalecidos también por las exhortaciones de las Sagradas Escrituras, desean que el Señor Cristo venga a salvar su Iglesia, y congregarla de las naciones por la ayuda diaria, que el nombre de Esdras significa, clamando diligentemente con voz: Señor Dios de los ejércitos, vuélvete, mira desde el cielo, y ve y visita esta viña (Salmo LXXIX). Para que visites, dice, Judea y Jerusalén en la ley de tu Dios, que está en tu mano. Pues la ley de Dios estaba en la mano de Esdras; porque no solo la predicaba con la lengua, sino que la cumplía con el acto. También nuestro Señor, apareciendo en la carne, tenía la ley en su mano, no solo porque siguió en todo los preceptos de la ley, sino también porque tenía en su poder los decretos de la ley; y él mismo, en efecto, la estableció una vez por medio de Moisés como quiso, y ahora la misma como quiso por sí mismo, cambiándola y trasladándola a cosas más perfectas. Por lo cual decía: Habéis oído que fue dicho a los antiguos, pero yo os digo. Y es asombroso cómo la palabra, que solían usar los profetas, se encuentra en la carta de Artajerjes, para que diga que la ley de Dios está en la mano de su siervo. Pues está escrito: Fue la palabra del Señor en la mano del profeta Hageo; y el Señor hizo lo que habló en la mano de su siervo Elías; y, Testificó el Señor en Israel y en Judá por la mano de todos los profetas (Hageo I). Porque ciertamente los profetas no menos operando que hablando predicaban a todas las cosas que son de Dios, sigue:

Y para que lleves plata y oro, etc. Se debe notar la fe y sabiduría del rey y de sus consejeros, quienes entendieron que las ofrendas que querían ofrecer al Señor, debían ser ofrecidas más bien por aquel que tenía la ley de Dios en su mano, es decir, que la cumplía con el acto. Y es asombroso decir, cuán fiel y doctamente el rey dice que él tiene un tabernáculo en Jerusalén, a quien arriba llamó Dios del cielo; pues solemos usar un tabernáculo en el camino, y Dios del cielo tiene un tabernáculo en Jerusalén; porque quien tiene una sede eterna en los cielos, se digna morar temporalmente con los santos que peregrinan en esta Iglesia. De donde es aquello del Apocalipsis, He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres (Apoc. XXI). Pero

porque el bienaventurado Esdras no solo llevó el tipo de los predicadores de la santa Iglesia, de los cuales él mismo era uno, sino también del Señor Salvador, a cuyos miembros pertenecía, como por él ofrecemos nuestras ofrendas, de quien en todo necesitamos ayuda, para que las buenas obras que hacemos puedan ser aceptas a Dios Padre. Nadie viene al Padre sino por mí (Juan VI). Y de él Juan: Él es la propiciación por nuestros pecados (I Juan II).

Y toda la plata y el oro que encuentres, etc. La historia es clara, que para esto el rey y sus consejeros dieron dinero a Esdras para llevar al templo del Señor, para esto también otros querían dar, para que de este dinero se compraran holocaustos, sacrificios y libaciones, que se ofrecieran sobre el altar de Dios: y si quedara algo de dinero, esto no se dispusiera de otra manera que según la voluntad de Dios. Donde también se debe notar, que mientras dice que los sacerdotes ofrecerán en la casa de su Dios, enseña claramente que aunque algunos de los sacerdotes y levitas subieron con Esdras a Jerusalén, sin embargo, algunos aún permanecieron en Babilonia con el resto de su pueblo. El sentido también es claro alegóricamente, porque los fieles desean que sus buenas obras brillen en la santa Iglesia, para que ellos mismos por estas merezcan tener parte con los santos, y otros progresen con sus ejemplos. Pues como de la plata y el oro se compran nuestros sacrificios, libaciones y holocaustos para ofrecer al Señor, cuando al ver la claridad de nuestras obras, los prójimos se convierten al oficio de la piedad, para que ellos mismos, viviendo bien, se consagren al Señor. Pero también si quedara algo de plata y oro, de lo cual no se compraran ofrendas, y esto lo mandó ordenar según la voluntad y el agrado de Dios. Pues hay ciertas virtudes clarísimas de los santos que no pueden mostrarse a todos en el ejemplo de la obra, sino solo recitarse para glorificar la gracia de Dios; como es aquello que Daniel y Jeremías profetizaron siendo niños, que Juan no nacido, que Cornelio con su casa no bautizado, recibió el Espíritu Santo, como son innumerables milagros de los santos, que brillan como plata y oro en la casa del Señor; y sin embargo, de esa misma plata o oro no se pueden comprar ofrendas que se pongan sobre el altar; porque cuando escuchamos tales cosas, debemos admirarlas como divinas, pero no podemos imitarlas como posibles. Los sacrificios propiamente se decían, que se ofrecían de los frutos de la tierra, como el pan, la harina, las espigas; las libaciones, que se hacían de vino y cosas líquidas.

Vasos también que se te dan para el ministerio de la casa de tu Dios, etc. No solo se entregan a Esdras plata y oro de diversos pesos, sino también vasos para llevar a Jerusalén. Y nuestro Señor, en figura de Esdras, entrega todos los vasos que le son confiados por los hombres, como el vaso de elección Pablo, y de los que él habla, vasos de misericordia, en presencia de Dios Padre en la Jerusalén celestial (Rom. IX). De estos vasos habla él mismo en el Evangelio: ¿O cómo puede alguien entrar en la casa del fuerte y saquear sus bienes, si primero no ata al fuerte, y entonces saqueará su casa? (Marcos III). El fuerte era el rey de Babilonia, es decir, el diablo que domina malamente a los réprobos; pero vencido y atado por el Señor, perdió los vasos que poseía injustamente, es decir, los corazones de los elegidos. Y no pudo oponerse a quien se los quitaba y los devolvía a la ciudad celestial, de la que eran propios.

Y por mí, yo el rey Artajerjes he decretado, etc. Y los príncipes cristianos mandan a todos sus súbditos que den sin demora todo lo que el Señor y nuestro pontífice les pida, sin retractarse de nada, sino que cumplan rápidamente las órdenes de la divina voluntad. Que le den oro en la confesión de la verdadera fe, trigo en la demostración de buenas obras, vino en el fervor del amor, aceite en la exhibición y alegría de la misericordia. Y todo esto se ordena dar bajo el número centenario al gran sacerdote y escriba de la ley del Dios del cielo; es decir, al Señor Jesucristo, quien nos trae los mandatos celestiales del Padre, prometiendo recompensas

celestiales a quienes le siguen en la casa del Padre; y que no insistamos en ninguna otra cosa que en los buenos actos de la gracia de la retribución celestial. Pues el número centenario, que en el cómputo de los dedos pasa de la izquierda a la derecha, suele designar las alegrías que están en la derecha del índice, es decir, en la vida eterna. Se dice que el talento tiene una medida triple: el mínimo de 50 libras; el medio de 72 libras; el máximo de 120 libras; coros de 30 modios, batos que también son efi, la décima parte de un coro, es decir, tres modios.

La sal, sin embargo, sin medida. Todo lo que al rito, etc. La sal se sabe que designa la sabiduría para todos, de donde también en el lenguaje común se llama insulsos a los torpes; pero difiere de qué tipo de sal se trate. Pues el Señor mandó por la ley que en todo sacrificio se ofreciera sal (Levítico II), y en el Evangelio dice: Tened sal en vosotros, y tened paz entre vosotros (Marcos IX). Sin embargo, no en vano se lee que David golpeó a los edomitas en el valle de las Salinas, porque ciertamente se nos manda ofrecer en todos los sacrificios de nuestras obras la sal de la sabiduría celestial, con la que se inician los catecúmenos. David golpea las salinas de los valles con sus habitantes, porque Cristo destruye la sabiduría débil y mundana con sus seguidores. Por lo tanto, ahora se ordena bien que se dé diligentemente sal sin medida en la casa del Dios del cielo; porque ciertamente es necesario que todo lo que alguien tenga de sabiduría, lo exhiba todo en el servicio de su Creador. Y recordemos que en los capítulos anteriores de este libro se dice que los samaritanos, escribiendo a otro Artajerjes, dijeron que recordaban la sal que habían comido en el palacio, y por eso no pudieron tolerar que se construyera el templo y la ciudad de Dios en contra de su utilidad. Pero ahora este Artajerjes ordena a todos los guardianes del tesoro público que, entre otras ofrendas, den su sal, en la medida que sea necesaria, en la casa del Dios del cielo. Allí se reconoce que los herejes a veces se animan a atacar a la Iglesia con un engañoso gusto por la sabiduría humana. Aquí, sin embargo, se insinúa que los convertidos a la fe, junto con los sabios, a menudo ayudan a la misma fe a través de la disciplina de esa misma sabiduría secular, mientras vencen a sus adversarios más poderosamente a través de ella.

Y os hacemos saber de todos los sacerdotes, etc. Este privilegio, por el cual los sacerdotes, levitas y otros ministros de la casa de Dios son eximidos de tributos, muestra claramente que el resto del pueblo de los hijos de Israel, al llegar a la patria, pagaba tributos al rey. Lo cual se sabe que el rey hizo con una previsión discreta en todo sentido, para que aquellos que estaban siempre ocupados en el servicio divino fueran libres de su servidumbre; y quienes no poseían nada propio en la tierra, sino que vivían de los diezmos del pueblo, nadie les exigiera pagar tributos. De todo esto se prueba claramente que el rey no solo amaba, sino que también había aprendido muy bien lo que el culto de la servidumbre divina requería.

Tú, sin embargo, Esdras, según la sabiduría de tu Dios, etc. El rey repite el discurso que había dicho, y confirma la verdad que conoció con un discurso reiterado. Pues antes dijo que en la mano de Esdras estaba la ley de su Dios. Ahora dice, la sabiduría de su Dios en su mano. Porque ciertamente la sabiduría es la ley de Dios, como dice el salmista: La boca del justo meditará sabiduría, y su lengua hablará juicio. La ley de su Dios está en su corazón (Salmo XXXVI). Y el justo tiene en su mano la ley de Dios y la sabiduría, mientras en todo lo que hace y dice, muestra que es consciente de la voluntad divina. Por lo tanto, el sentido de la letra es claro, y también la inteligencia espiritual, porque ciertamente nuestro Señor y Salvador tiene la sabiduría de Dios en su mano. Pues él es la virtud de Dios y la sabiduría de Dios, a quien solo le corresponde constituir jueces y prelados de las Iglesias, que juzguen todo según su voluntad, y prediquen su fe a los indoctos por todo el mundo. Y todo el que desprecia los decretos de su ley, será castigado ya sea con pena presente o futura, según el error de cada uno. Por lo tanto, Artajerjes escribiendo estas cosas a Esdras, y comprendiendo en letras el amor que tenía por el culto de la religión, expresó claramente lo que en tiempos

futuros los reyes cristianos habrían de tener de devoción, y lo que habrían de hacer por la fe de la verdad. Por lo cual nos hemos preocupado de recordar brevemente su carta, aunque con algunas omisiones, para que el lector conociera cuánto concuerda con lo que los príncipes cristianos han hecho por la paz de la santa Iglesia con la gracia revelada del Evangelio. Podemos ciertamente referir la persona de Esdras no solo al Señor Cristo, sino también figurativamente a algún prelado o doctor de la Iglesia; a quienes a menudo los reyes y príncipes han enviado cartas por el estado de los fieles. Y con razón el mismo Esdras, a quien se le dio esta carta, estalla subsecuentemente en alabanza a Dios, diciendo:

Bendito sea el Señor Dios de nuestros padres, etc. ¿Y quién duda en confesar sus santas y místicas palabras, que el profeta divinamente inspirado le recuerda, por quien también asegura que la casa del Señor ha sido glorificada?

CAPÍTULO X. El número de los que ascendieron con Esdras y cómo obtuvieron la ayuda del Señor para su viaje mediante el ayuno y la oración.

Y yo fortalecido por la mano del Señor mi Dios, etc. Llama mano de Dios a la virtud de Dios, que todo lo opera. Con razón aquel reúne a los que ha de llevar de Babilonia a Jerusalén, quien se reconoce a sí mismo tener en sí la mano de Dios, por la cual se fortalece. Porque ciertamente solo entonces alguien se hace idóneo para agregar a otros a Dios mediante su doctrina, cuando primero él mismo se fortalece internamente en la mente con su gracia contra todo lo que impide la obra santa.

Estos son, por tanto, los príncipes de las familias, etc. Hasta el final de la genealogía enumera diligentemente a los príncipes que ascendieron con él de Babilonia, y explica su genealogía. También se esfuerza por añadir el número de ellos, que llega a mil cuatrocientos cuarenta; para insinuar así que los nombres de aquellos que ascienden de la confusión de este mundo están inscritos en el libro de la vida del Cordero. Pero también todos los doctores, príncipes de las familias del pueblo de Dios, reciben en la medida en que han adquirido un número de almas para el Señor, un aumento de la recompensa eterna, según aquella parábola del Evangelio, donde, diciendo el siervo bueno y prudente: Señor, tu mina ha ganado diez minas (Lucas XIX), le responde el señor, diciendo: Y tú sé sobre diez ciudades; es decir, de la vida de aquellos que enseñaste, aparecerás más glorioso en el reino celestial.

Y los reuní junto al río que corre hacia Ahava. No recuerdo haber leído este nombre de lugar en ningún otro lugar. Pero cuando en lo siguiente está escrito, Y allí proclamé un ayuno junto al río Ahava; y después de algunas cosas, Partimos, pues, del río Ahava el duodécimo día del primer mes; parece verosímil que tanto el río Ahava como algún otro río que corre hacia él, en cuya confluencia Esdras reunió a los que ascendieron con él. Sin embargo, Josefo pone por este nombre el Éufrates. Por lo cual Ahava puede no incongruentemente entenderse como un afluente del río Éufrates.

Y permanecimos allí tres días, etc. Esdras actuó oportunamente al proveerse diligentemente de ministros de la casa de Dios, por medio de los cuales, al llegar a Jerusalén, pudiera completar lo necesario para el uso del templo.

Y los envié a Iddo, etc. El mar Caspio, como escribe Orosio, surge del océano bajo la región del norte, cuyas costas y lugares desiertos e incultos se encuentran a ambos lados cerca del océano. Desde allí se extiende hacia el sur a través de largas estrecheces, hasta que, dilatado por grandes espacios, termina en las raíces del monte Cáucaso. Tiene desde el este hasta el océano a los hircanos y a muchas tribus de escitas, vagando ampliamente debido a la

infecundidad de las tierras. Al oeste tiene muchas tribus. Pero en general, la región mucho más allá del mar y del monte Caspio, llamada Albania, se llama Amazonia. Aquí se debe notar que, aunque los historiadores escriben Caspio, Esdras en este lugar lo llama Caspías. Pues los hebreos, al no tener la letra P, usan la letra Ph en nombres griegos o bárbaros, como Phetrus, Philatus. Por lo tanto, se prueba que los hijos de Israel llegaron a los lugares de Caspías por la cautividad de los asirios o caldeos, cuando Esdras envía allí para traer ministros de la casa del Señor, es decir, levitas y nathineos, a quienes Josefo llama siervos sagrados. De los cuales se debe notar que vivían en gran libertad en paz, aunque entre extranjeros, quienes inmediatamente al mandato o súplica de Esdras, podían enviar tal cantidad de ejército. Pues doscientos cincuenta y ocho hombres selectos estuvieron en esa expedición, como muestra el siguiente catálogo de ellos; a los cuales añadido Esdras, se encuentra que tenía en su ejército una suma de cerca de mil setecientos hombres.

Y proclamé allí un ayuno, etc. Ejemplo de ayunar y orar cuando queremos comenzar algo de gran virtud: y porque nunca falla la fiel esperanza en el Señor, ni puede suceder que lo que justo pedimos al piadoso y justo auxiliador mediante continencia y oraciones con fe, no lo obtengamos. Pero se debe observar más diligentemente que el ayuno se antepone, y así se enseña que la oración sigue. Pues primero dice, Y proclamé un ayuno, para que nos afligiéramos ante el Señor. Y luego añade: Y pedimos camino recto para nosotros y nuestros hijos, etc., hasta la conclusión de la sentencia: Ayunamos, pues, y rogamos a nuestro Señor por esto, y nos fue bien. Es necesario en todo sentido que quienquiera que se disponga a suplicar la misericordia del Señor, primero se muestre digno de ser escuchado viviendo más continentemente; y así, rogando al Señor, no dude que le sucederán favorablemente las cosas que pide.

CAPÍTULO XI. Esdras pesa las ofrendas del rey y de sus consejeros a los príncipes de los sacerdotes para llevar a Jerusalén, quienes al llegar allí ofrecen holocaustos al Señor.

Y separé de los príncipes de los sacerdotes doce, etc. Se ha dicho muchas veces que la plata y el oro, y los vasos que se enviaban de Babilonia a Jerusalén, designaban las almas que se convertían al Señor de la confusión y errores de este mundo. Por lo cual, Esdras confía apropiadamente estos vasos a los sacerdotes, para que los lleven a Jerusalén; porque es necesario que por las manos de los sacerdotes se laven en el bautismo y se consagren al Señor todos los que desean llegar al consorcio de la santa Iglesia. Por el oficio de los sacerdotes también deben reconciliarse con la santa Iglesia mediante la penitencia, aquellos que se habían apartado de su sociedad pecando, y habían caído en el servicio del diablo, en la cautividad del rey de Babilonia, perseverando en los pecados. Y bien son doce los sacerdotes a quienes se delega este cuidado, por los doce apóstoles, por cuya doctrina la Iglesia fue primero fundada por todo el mundo, y no deja de edificarse hasta el fin del siglo por sus sucesores. A quienes conviene lo que Esdras dijo a esos mismos sacerdotes:

Vosotros, santos del Señor, y los vasos santos, etc. Es necesario que los doctores de la Iglesia nunca olviden la santidad con la que ellos mismos han sido consagrados al Señor por el Espíritu Santo, en el día de la redención, a la cual también instruyan a sus oyentes a recibir; para que aquellos que ya han sido ofrecidos al Señor por los rudimentos de la fe, también por los ejemplos y consejos de aquellos que los han precedido en la fe, se confirmen más y más, y se hagan dignos de la entrada de la ciudad celestial. A quienes les corresponde vigilar en todo, y cuidar de que no se pierda ninguna de las almas que les han sido confiadas, vasos del Señor, sino que las lleven con número íntegro a los umbrales de la santa ciudad.

Vigilad y guardad, hasta que peséis, etc. Pesamos la plata y el oro, y los vasos que recibimos de Esdras, ante los príncipes de los sacerdotes y levitas, y los jefes de las familias de Israel en Jerusalén, y en el tesoro de la casa del Señor, cuando aquellos que nos han sido confiados por la disposición celestial, los exhibimos tales instruyéndolos y enseñándolos, que se encuentren irreprochables, y aptos para el tesoro del palacio celestial, es decir, para las sedes de la paz y luz internas; y esto no por el juicio de cualquier hombre que fácilmente pueda ser engañado, sino por el examen de los bienaventurados apóstoles, y de otros hombres sublimes, que están con el Señor para juzgar nuestros actos. Estos son justamente los príncipes de los sacerdotes y levitas, y los jefes de las familias de Israel, es decir, de los hombres o almas que ven a Dios. De los cuales el salmista al Señor: Los constituirás, dice, príncipes sobre toda la tierra (Salmo XLIV). Y de los cuales Salomón en las alabanzas de la Iglesia: Noble, dice, en las puertas es su marido, cuando se sienta con los senadores de la tierra (Proverbios XXXI). En las puertas, dice, en el discernimiento del juicio final.

Promovimos, pues, desde el río Ahava el día doce, y todo lo demás está lleno de misterios. Se lee anteriormente que el primer día del primer mes comenzaron a subir de Babilonia; y ahora se dice que el día doce del mismo mes partieron del río Ahava. Así que el primer día del mes salieron de las puertas de Babilonia, pero hasta el duodécimo día esperaron junto al mencionado río, hasta que convocaron a los levitas y nathineos de los lugares de Caspia, y se encomendaron al Señor con más diligencia por los peligros del largo viaje, ayunando y orando. Y nosotros, cuando enseñamos a los nuevos pueblos de la Iglesia a renunciar al diablo y a creer y confesar al verdadero Dios, es como si al inicio del primer mes saliéramos de Babilonia con el dinero consagrado al Señor; porque les mostramos el comienzo de una nueva vida que, rescatados del diablo, los lleva al reino celestial. Por eso, el mismo mes en la Sagrada Escritura suele llamarse mes de los nuevos frutos. Pues en ese mismo mes, bajo el mismo significado de nueva vida, los padres fueron sacados de Egipto por Moisés. Sin embargo, cuando entregamos a los oyentes de la nueva vida el símbolo de la fe, que fue ordenado por los doce apóstoles y comprendido en igual número de sentencias, es como si permanecemos doce días en la primera estancia; y así emprendemos el camino hacia la tierra prometida, mostrando que, por el conocimiento de la fe recibido, deben entrar en el camino de las virtudes que nos lleva a la vida. Durante esos días, Esdras estaba dedicado con los hijos de la transmigración, en ayunos, oraciones y la congregación de levitas y nathineos; porque ciertamente es necesario que, cuando proponemos adquirir nuevos pueblos para la fe, nos dediquemos especialmente al estudio de las virtudes, con las cuales nos encomendamos más familiarmente al Señor, y ofrecemos a los que instruimos un ejemplo de buena acción: también debemos invocar en nuestra ayuda a la comunidad religiosa de hermanos, para que, asistidos por ellos, traslademos más eficazmente las almas de los fieles a la sociedad de los elegidos y a la cima de la vida más perfecta, como vasos santos al templo del Señor. También se añade adecuadamente que, al llegar a Jerusalén, los que habían subido de Babilonia permanecieron allí tres días, y así el dinero, el oro y los vasos que habían traído fueron ofrecidos y pesados en la casa del Señor. Tres días de estancia en Jerusalén son las virtudes eminentes que todos los fieles deben tener, fe, esperanza y caridad. Por lo tanto, es necesario que los doctores las muestren primero en sí mismos, y así ofrezcan a aquellos a quienes han enseñado y a quienes han instruido en las mismas virtudes, para ser probados por los padres en Cristo. Pues cuando la santa Iglesia encuentra a aquellos a quienes catequizamos probos en la fe y la acción, como los vasos que ofrecemos en el templo, al pesarlos por mano de los sacerdotes, los encontrará de metal puro y peso perfecto. Esto se realiza diariamente en esta Iglesia por los elegidos en la vida de los creyentes que deben ser examinados, y también se completa más perfectamente en la Jerusalén celestial, como dijimos antes, en aquellos que

han merecido entrar en ella. En esta vida, los santos doctores, como si permanecieran tres días en Jerusalén, ofrecen el cuarto día el dinero y el oro que han ofrecido para ser pesados por los sacerdotes, cuando se muestran a sí mismos fuertes en la fe, sublimes en la esperanza, ardientes en el amor, y también demuestran que sus oyentes, por la confesión de la fe recta, brillan como plata probada, por la pureza de un sentido inviolado, resplandecen como el oro puro, y por la recepción en sí mismos de los carismas espirituales, se destacan como vasos consagrados a Dios. En la patria celestial, los mismos doctores reciben primero la gracia de la recompensa por su fe, esperanza y caridad, y luego también por aquellos a quienes han enseñado, como si después del gozo de la estancia de tres días en Jerusalén, por las ofrendas y vasos preciosos y dignos de Dios que han traído, son honrados aún más. Sin embargo, hay una diferencia entre estos vasos que Esdras ofrece con los sacerdotes en Jerusalén y aquellos que se dice que Zorobabel y Jesús ofrecieron antes; porque aquellos fueron trasladados del templo del Señor a Babilonia y luego fueron llevados de nuevo a Jerusalén; pero estos fueron hechos en la misma Babilonia, pero enviados a Jerusalén por el rey o los príncipes de Persia, o incluso por el pueblo de Israel que habitaba en esas partes. Aquellos vasos designan a aquellos que, después de recibir el conocimiento y los sacramentos de la fe, después de comenzar las obras de virtud, son engañados por el enemigo antiguo y son llevados a la confusión de los errores; pero por la misericordia de la gracia de Cristo son llamados de nuevo a la salvación. Estos, sin embargo, designan a aquellos que, nacidos sujetos a la muerte por el pecado de la primera transgresión, pero purificados por el lavacro de la regeneración por el ministerio de los sacerdotes, son agregados a los hijos de la santa Iglesia. Aquellos insinúan a los penitentes de sus errores, estos a las naciones que perseveran en la virtud comenzada. De los cuales se añade bien:

Y se describió todo el peso en ese tiempo. Pues los sacerdotes en el templo describen todo el peso de la plata y el oro, y de los vasos que se ofrecen al Señor, cuando los doctores diligentes examinan cuidadosamente la vida de los súbditos, y juzgan con sutil indagación cuánto ha progresado cada uno en la fe o en la acción, y según el grado de su capacidad, ordenan a cada uno en la casa de Dios en los grados que les corresponden. Pero aunque ahora la negligencia de los superiores languidece, y desconoce o finge no conocer la vida de los que les han sido confiados, está presente el juez interno, que conserva íntegro el número de los creyentes y el peso del ánimo de cada uno en la balanza de su examen, para que dé a cada uno según su obra. También se puede decir así; que cuando los santos predicadores llegan a la Jerusalén celestial con aquellos a quienes han instruido, se describe en ese tiempo todo el peso de su buena acción, en el libro de la vida, y se les otorgue una retribución digna en los cielos.

Y los que habían venido de la cautividad, los hijos de la transmigración, etc. Se muestra la gran devoción y religiosidad de aquellos que, al venir de la cautividad, al llegar al templo y al altar del Señor, ofrecieron primero holocaustos, no solo por sí mismos, sino también por todo Israel, es decir, tanto por aquellos que ya habían regresado a casa, como por aquellos que aún permanecían exiliados de su patria, para que la misericordia de su autor los protegiera a todos. También se revela el sentido espiritual, porque aquellos que verdaderamente y perfectamente han escapado de la cautividad del antiguo enemigo, en la que estaban retenidos por el pecado, son aquellos que se someten con intención firme al servicio divino, que se apartan completamente de las bajas pasiones, y que la llama del deseo celestial los enciende hacia lo alto. Esto es ofrecer holocaustos, es decir, sacrificios o víctimas totalmente quemadas al Señor, no pensar ni hacer nada más que su voluntad en todo. También es indicio de una mente perfecta cuando alguien inmola por todo Israel, es decir, por la salud general de todos los fieles, como recordando la unidad y fraternidad en todos, suplica a la piedad suprema.

Dieron también los edictos del rey a los sátrapas, etc. Otra edición tiene: Y glorificaron al pueblo y a la casa de Dios. Levantaron, pues, al pueblo, cuando hicieron honorable para todos la autoridad real con la que Esdras fue exaltado. Levantaron también la casa de Dios adornándola más augustamente con vasos y ofrendas que el rey y sus consejeros y príncipes enviaron a ella; liberando también a sus ministros y sacerdotes de tributos e impuestos, excepto al Señor solo. Místicamente, el pueblo y el templo de Dios mantuvieron una misma figura de la santa Iglesia; que Esdras y los hijos de la transmigración levantan, trayendo de Babilonia vasos sagrados a Dios, cuando los santos predicadores, agregando a ella, por don del Señor, multitudes de creyentes, la hacen honorable para todos, incluso para los externos, y temible. Asimismo, los mismos predicadores, cuando levantan al pueblo y a la casa de Dios, porque ciertamente hacen gran gozo tanto a los que permanecen en la patria celestial como a los elegidos que aún peregrinan en la tierra.

CAPÍTULO XII. Esdras, al oír que el pueblo de Israel estaba contaminado con mujeres extranjeras, asume el hábito de luto y pide al Señor el perdón de la culpa.

(I Esdras IX.) Después de que estas cosas fueron completadas, etc. La culpa de esta transgresión está claramente descrita en el profeta Malaquías y redargüida con autoridad profética; porque, evidentemente, los que regresaron de la cautividad de Babilonia, tanto príncipes como sacerdotes y levitas, así como el resto del pueblo, tomaron esposas de origen israelita, que, por la pobreza e indigencia de una vida prolongada, y por la fragilidad del sexo, no soportando el trabajo, estaban agotadas, y contrajeron debilidad y deformidad corporal, y se unieron en matrimonio con extranjeras, ya sea por su juventud floreciente, o por su belleza corporal, o por ser hijas de poderosos y ricos. Esto no debe entenderse de Israel, que entonces estaba con Esdras, sino de aquellos que con Zorobabel y Jesús ya habían subido de la cautividad; pues no podían aquellos que vinieron con Esdras despreciar tan pronto la doctrina de un líder y prelado tan grande, como para que, no habiendo pasado aún cinco meses en la patria, dejaran a sus esposas y tomaran extranjeras; de cuyo número más bien deben entenderse aquellos príncipes que, refiriendo este crimen a Esdras, se encargaron de castigarlo. No es de extrañar cómo se dice que el pueblo de Israel, junto con sacerdotes y levitas, cometió este crimen, cuando esa transmigración fue más de Judá y Benjamín que de las diez tribus que se llamaban Israel. Pues al ser llevado Israel, es decir, las diez tribus, a la cautividad, las dos tribus de Judá y Benjamín son llamadas indistintamente con el nombre original de Israel. Por lo tanto, el pueblo de Israel en este lugar no debe entenderse como las diez tribus en distinción de Judá y Benjamín, sino como el pueblo de Dios en general, que ha contaminado la dignidad de su nombre celestial con la sociedad de los terrenales. Pues el mismo profeta Malaquías, a quien los hebreos afirman que es el mismo Esdras, en el libro de su profecía menciona esta prevaricación así: Judá ha transgredido, y se ha hecho abominación en Israel y en Jerusalén, porque Judá ha profanado la santificación del Señor, que amó, y ha tenido hija de dios extraño. Que el Señor destruya al hombre que hace esto, al maestro y al discípulo de las tiendas de Jacob, y al que ofrece ofrenda al Señor de los ejércitos (Malaquías II). Donde al decir Judá, manifiestamente significa al pueblo de la primera transmigración contaminado con este crimen. Y lo que añade: Que el Señor destruya al hombre que hace esto, al maestro y al discípulo de las tiendas de Jacob; con la apelación de maestro y discípulo, enseña que tanto los príncipes como el pueblo contaminados con esta prevaricación, si no se corrigen, ambos serán erradicados de la compañía de los santos. Y lo que añadió: Al que ofrece ofrenda al Señor de los ejércitos, advierte que es en vano ofrecer víctimas de sacrificios al Señor, aquellos que no temen someterse al diablo pecando. Entre estas cosas, la fe admirable y el propósito óptimo del pueblo rescatado de la cautividad, que llaman a las otras naciones pueblos de la tierra para distinguirse a sí mismos, para insinuar

claramente que, aunque nacidos de la tierra, no tienen su conversación en la tierra, sino en los cielos, ya que, por encima de las demás naciones, creían en el Dios del cielo y esperaban recibir de él beneficios celestiales. Por eso, con razón, lamentan que su santificación haya sido contaminada por los hombres de las naciones; y lo que es más grave, confiesan que incluso los príncipes, de quienes debían ser corregidos, fueron los primeros en errar. Y debe notarse diligentemente, y tomarse como ejemplo de obra, que lo que los príncipes pecaron, y hicieron pecar al pueblo que les fue confiado, otros príncipes, que vivían más santamente, se esfuerzan por corregir. Pero como no pueden por sí mismos, refieren la causa a su pontífice, es decir, a su arzobispo, para que con su autoridad se expíe un crimen tan grave, tan múltiple, tan prolongado. Nadie duda de que las esposas extranjeras expresan figurativamente las herejías y las sectas supersticiosas de los filósofos. Que cuando se admiten incautamente en la Iglesia, no solo contaminan con sus errores la semilla santa de la verdad católica y de la acción pura, sino que también todos los pecados, con los que los gentiles suelen contaminarse, cuando los cristianos no se avergüenzan de imitar, como si, por esposas extranjeras, degeneraran de la semilla santa de la palabra de Dios, por la cual fueron engendrados, como dice el apóstol Santiago: Porque voluntariamente nos engendró con la palabra de verdad (Santiago I); y como si procrearan una descendencia profana de las hijas de los extranjeros, cuando, siguiendo las seducciones de los errantes, sacan a la luz actos perversos en conocimiento de todos.

Y cuando escuché este discurso, rasgué mi manto, etc. Esdras muestra el dolor íntimo de su corazón, rasgó su vestidura, arrancó los cabellos de su cabeza y barba; se sienta afligido, para que con tal deshonor del cuerpo y del vestido, con el dolor del rostro, excite más rápidamente las almas de todos a la penitencia, ya sea por su propia culpa o por la de sus hermanos, porque por las vestiduras suelen designarse nuestras obras, con las cuales uno se viste para gloria, si son limpias, o para destrucción, si están manchadas, y no se prueban espléndidas con la caridad nupcial. Por los cabellos de la cabeza se significan los pensamientos, que surgen de la raíz oculta del corazón, como de los senos internos del cerebro. Que si son rectos, deben conservarse: pero si son reprobables, deben ser cortados. Por eso de Samuel, que iba a ser santo, dice su madre: Y navaja no subirá sobre su cabeza (Lucas XXI). Y el Señor a los apóstoles: Y un cabello de vuestra cabeza no perecerá, porque ciertamente todos los pensamientos de los santos son dignos de eterna memoria ante el Señor. Pero el pecador, para poder ser limpiado de sus iniquidades, es necesario que rechace de sí mismo los pensamientos reprobables, es decir, los orígenes y fomentos de las malas obras. Por eso el leproso en Levítico, cuando ha recibido la sanidad, entre otras ceremonias de purificación, se le ordena también afeitarse todos los cabellos de su carne, para que así expiado con sacrificios, merezca entrar en el campamento (Levítico XIV). Porque entonces, finalmente, somos perfectamente limpiados de la fealdad de los vicios, cuando no solo nos esforzamos por expulsar de nosotros los actos nocivos, sino también los pensamientos. También la barba, que es indicio del sexo y edad viril, suele ponerse en significación de virtud. Rasgó el manto y la túnica el pontífice, para designar que el pueblo que gobernaba tenía obras menos perfectas, y que era necesario que, por la penitencia, se rasgara en su solidez y se renovara en mejor hábito. Arrancó los cabellos de la cabeza, para indicar al mismo pueblo que las malas cogitaciones debían ser extirpadas de su corazón, y que debía darse lugar a las útiles que renacieran. Arrancó también los cabellos de la barba, para que incluso en las virtudes que parecían tener, se humillaran, y recordaran que estas eran pequeñas o nulas en el examen del juez interno, que se mostraba que estaban mezcladas con vicios. Se sentó afligido, para enseñar que por los lamentos de la penitencia se debe obtener el perdón de una culpa tan grande. No es de extrañar que los comienzos de un buen prelado produjeran pronto un gran fruto de virtud en los súbditos. Mira lo que sigue:

Y se reunieron conmigo todos los que temían, etc. ¡Oh, cuánta es la mutación de las cosas! Se dijo antes que por la perfidia de los príncipes y magistrados muchos siguieron a la lujuria, y ahora, con un buen príncipe convertido en lamentos, e insinuando por sus lágrimas y llantos lo que debían hacer los pecadores, se dice que se reunieron con él todos los que temían la palabra de Dios, que amenaza con castigar a los transgresores. ¡Oh, cuánto ayudan los ejemplos piadosos de los buenos doctores! Esdras no dijo nada en absoluto, pero se escribe que, al oír el crimen, se convirtió en lágrimas y llantos, y atrajo a la multitud de fieles hacia él no con gritos, sino con su aflicción. Se añade:

Y en el sacrificio vespertino me levanté de mi aflicción, etc. Esdras se había preparado por la compunción del corazón, y al mismo tiempo por la aflicción del cuerpo, para que fuera digno de ser escuchado por la piedad suprema, y así se lanzaba a las palabras de oración. Dobla las rodillas y extiende las manos, derrama oraciones al Señor en el tiempo del sacrificio vespertino; no dudando que este sacrificio sería más grato a Dios, ofrecido en espíritu de humildad y en alma contrita, que el que se ofreciera con carne y sangre de animales. Típicamente, lo que con el vestido rasgado dobla las rodillas y extiende las manos a Dios, y con oraciones y lágrimas convierte las mentes de muchos a la penitencia, como está escrito en lo que sigue, muestra al Salvador Señor, que por nuestros pecados, tanto antes de la pasión como en el mismo tiempo de la pasión, se dignó orar; y que, extendiendo las manos en la cruz, quiso que el vestido de su carne fuera rasgado y mortificado temporalmente por nuestra restauración, para que quien, como dice el Apóstol, murió por nuestros pecados, resucitara por nuestra justificación (Romanos IV). Lo que se hizo adecuadamente en el tiempo del sacrificio vespertino, ya sea porque el Señor al final del mundo ofreció el sacrificio de su carne y sangre al Padre, y nos mandó ofrecerlo en pan y vino; o porque, al llegar al fin el sacrificio legal, nos liberó con su pasión, y separándonos de los pueblos de la tierra, nos hizo celestiales, y nos concedió adherirnos a él castos de corazón y cuerpo. También la oración misma, en la que, siendo justo, se asociaba con el pueblo pecador, diciendo:

Dios mío, me confundo y me avergüenzo, etc. Corresponde a la humildad de nuestro Redentor, que apareció en semejanza de carne de pecado, para quitar los pecados del mundo. Por eso, en los Salmos, que, según el testimonio del Evangelio, están escritos en su persona, llama manifiestamente a sus delitos, que en sí mismo había asumido los nuestros, diciendo: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Salmo XXI). Y añadiendo: Lejos de mi salvación, dice, las palabras de mis delitos (Ibid.). Y de nuevo: Dios, tú conoces mi insensatez, y mis delitos no están ocultos de ti (Salmo LXVIII); no porque él pudiera tener delitos en sí mismo, o insensatez, quien, como dice el Apóstol, se hizo para nosotros sabiduría de Dios, y justicia, y santificación, y redención; sino porque, asumiendo en sí mismo la causa de aquellos a quienes vino a salvar, también se dignó transferir a sí mismo lo que verdaderamente convenía a la fragilidad de ellos.

CAPÍTULO XIII. Orando y llorando Esdras, el pueblo también se convierte a la penitencia, y por consejo unánime se separan de las esposas extranjeras.

(I Esdr. X.) Así pues, mientras Esdras oraba e imploraba, etc. Se muestra cuán efectiva fue la oración, el llanto y el lamento de Esdras, ya que se dice que inmediatamente se reunió con él una gran multitud de ambos sexos y de todas las edades. Lloraban tanto aquellos que habían pecado, haciendo penitencia por su culpa, como aquellos que permanecieron castos, lamentándose por la transgresión y caída de sus hermanos. Pero ya sea que lloraran unos, otros o ambos, todos se mostraron profundamente conmovidos por las oraciones y lamentos

de su pontífice, ya que incluso se narra que las mujeres y los niños estuvieron presentes. También puede entenderse que primero acudieron a él los inocentes y rectos, como se dice: "Y se reunieron conmigo todos los que temían la palabra del Dios de Israel, por la transgresión de los que habían venido de la cautividad" (Esdras IX); y ahora también aquellos que habían pecado, junto con sus esposas e hijos, se reunieron para hacer penitencia.

Y respondió Sequenías, etc. Joséfo dice que este Sequenías fue el primero de los habitantes de Jerusalén que, como correspondía a un líder, ayudó con gran autoridad a la intención de Esdras, confesando que el pueblo había pecado junto con él y aconsejando que se hiciera penitencia, desechando a las esposas extranjeras y a los hijos nacidos de ellas.

Y ahora, si hay penitencia en Israel sobre esto, etc. Si el pueblo, dice, se arrepiente perfectamente de esta transgresión, primero volvamos al Señor prometiendo corrección y pidamos perdón; luego, volviendo a nosotros mismos, extirpemos de nosotros toda raíz y brote del crimen cometido, es decir, desechando a las esposas con toda su descendencia no lícita; porque esto es lo que significa hacer verdadera penitencia, convertirse completamente en el corazón al Señor y cortar desde la raíz todas las ocasiones de pecado. Y lo que añade:

Levántate, a ti te corresponde decidir, etc. Enseña muy adecuadamente cómo debe actuarse en consejo entre los mayores, de modo que cada uno diga lo que le parezca mejor según su entendimiento, o lo que crea haber entendido, y sin embargo, deje al que puede el lugar de decidir, dispuesto a obedecer todo lo que él disponga hacer según la voluntad y la ley de Dios.

Y se levantó Esdras ante la casa de Dios, etc. Eliasib era el sumo sacerdote de aquel tiempo, ya que después de Jesús, hijo de Josadac, su hijo Joaquín, y después de él su hijo Eliasib, ejercieron el grado de sumo sacerdocio, como lo prueban los siguientes de esta sagrada historia y la historia judía de Joséfo.

No comió pan, etc. Aquí tendrán un ejemplo excelente no solo de llorar y orar, sino también de ayunar por aquellos que han pecado; y como bienaventurados son los que lloran sus propios pecados, porque al recibir el perdón son consolados, cuánto más deben ser considerados bienaventurados aquellos que también lloran por los errores de sus hermanos; y esto hasta el punto de que ni siquiera quieren tocar el pan y el agua, que es el sustento de los que ayunan, ni entrar en su casa, ni subir a la cama de su lecho, sino que prefieren pasar la noche orando en los atrios de la casa del Señor. Allí estaba la casa del sacerdote, a la que se dice que Esdras entró al caer la tarde. Finalmente, otra edición tiene para el lecho de Johanán, pastoforía de Johanán, nombre con el que la Escritura suele llamar a menudo a los pórticos que rodeaban el templo por todas partes, y en los que los ministros y guardianes del mismo templo solían residir. También lloran ahora por la transgresión de aquellos que vinieron de la cautividad, que lamentan que aquellos que recientemente habían sido rescatados de los pecados por la penitencia, hayan recaído en ellos pecando, por lo que nuevamente pueden ser capturados por el diablo. De cuyos seductores, como de los padres de las esposas impuras, habla el apóstol Pedro: "Porque hablando palabras infladas de vanidad, seducen con deseos carnales de lujuria a aquellos que apenas escapan" (II Pedro II). Y poco después, de aquellos que, como ascendiendo de la cautividad, no obstante son capturados por la lujuria: "Porque si, habiendo escapado de las contaminaciones del mundo, en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, son nuevamente enredados y vencidos por ellas, les ha sucedido lo último peor que lo primero" (Ibid.).

Y se envió una voz en Judá y Jerusalén, etc. Al decirse que los hijos de Judá y Benjamín se reunieron, se muestra claramente que aquellos que se contaminaron con el matrimonio de esposas extranjeras eran de la primera migración, que era de estas tribus, y que fueron devueltos a casa por Jesús y Zorobabel, como dijimos anteriormente.

Este es el mes nuevo, el vigésimo día del mes, etc. El noveno mes es el que los hebreos llaman Casleu, y los romanos diciembre, que viene en medio del invierno y es pluvial y tempestuoso, como cualquiera sabe. Por lo tanto, es importante notar que cuando el pueblo se reunió en medio del invierno, se recuerda que temblaban por el pecado y las lluvias. Pues al ver que las lluvias caían más de lo habitual incluso en el tiempo de lluvias, volvieron a su conciencia y entendieron que esto sucedía por sus pecados, y temieron la ira celestial que se avecinaba, advertidos por la misma perturbación del aire. Por eso no se atrevieron a ocuparse de sus asuntos en casas privadas, sino que en la plaza de la casa del Señor, asumiendo un hábito de penitencia y humildad, se sentaron. Esto es para aquellos que, aunque los elementos estén perturbados, ya sea por el estruendo de los vientos, la inundación de las lluvias, los montones de nieve, el ardor de la sequía, o incluso la destrucción de hombres o animales, que se agrava desde arriba, y el mismo juez amenaza con la fuerza de su ira a través de señales evidentes, no buscan en absoluto la corrección de costumbres con la que aplacar al juez y evitar el castigo inminente; sino que solo se ocupan diligentemente en cómo evitar o superar las adversidades que exteriormente se desatan por los pecados. Pero el pueblo se sentó en la plaza de la casa de Dios, es decir, alrededor del atrio de los sacerdotes, que rodeaba la misma casa de Dios por todas partes, como enseñamos antes; teniendo a su alrededor por todos lados edificios de atrios muy amplios, en los que también el pueblo, si alguna vez fuera necesario debido a las lluvias, podía estar de pie, y sin embargo ver lo que sucedía en las puertas del templo o alrededor del templo. Pues tenían los muros interiores hechos en columnas cerca del suelo, y los exteriores sólidos.

Y se levantó Esdras sacerdote, y dijo, etc. Este lugar corresponde a lo que se dijo antes: Y se levantó Esdras ante la casa de Dios, y fue a la habitación de Johanán hijo de Eliasib, y entró allí, no comió pan, ni bebió agua; porque estaba de luto. Donde se debe notar la devoción del pontífice, que llorando, orando y ayunando por la transgresión del pueblo, permaneció durante tres días en los atrios del templo; y no quería entrar en su casa antes de ver que el pueblo, con todo su corazón, se había convertido al Señor en penitencia. De cuya devoción también parecen haber sido partícipes los demás príncipes, ya que se dice que ellos también, al terminar el sínodo, se fueron a las casas de sus padres. Pues si no quiso significar esto con esta sentencia el escritor sagrado de la historia, ¿qué necesidad había de escribir que, concluido el coloquio, Esdras y los príncipes de las familias se fueron a las casas de sus padres saliendo de los recintos del templo, cuando todos sabrían que lo harían incluso si la Escritura no lo hubiera dicho? ¿Qué necesidad había de añadir, Y todos por sus nombres, cuando esto también era conocido por todos, sino porque quiso que se entendiera que eran tales cuyos nombres y actos debían ser recordados con mérito y transmitidos a la posteridad para ser conocidos?

Y se sentaron en el primer día del mes décimo, etc. Nota que el número tres es muy usado en figuras místicas. Se dijo antes que en tres días todos los hijos de la transmigración debían venir a Jerusalén; y ahora en tres meses, es decir, el décimo, undécimo y duodécimo, son castigados por las esposas extranjeras. Pues hay tres virtudes sin las cuales no podemos llegar a la vida, fe, esperanza y caridad. En el tercer tiempo del mundo, el Señor vino al mundo y nos otorgó la gracia del Evangelio. Pues envió primero el tiempo antes de la ley en los patriarcas, el segundo en los profetas bajo la ley, y en el tercero vino él mismo con gracia; porque redimiéndonos con su pasión, resucitó al tercer día de entre los muertos; por cuya

gracia, ya que también somos unidos a la santa Iglesia y purgados de las seducciones de los vicios, los hijos de la transmigración, y en tres días debían ser castigados por sus errores, se reunieron en Jerusalén, y en tres meses completaron la obra de ser castigados. Pero también según la letra, los príncipes de las familias y los levitas trabajaron de manera oportuna y saludable para que antes del inicio del primer mes se completara la purificación de todos los que estaban manchados con un matrimonio profano; es decir, que fueran purgados de tal crimen, para que pudieran entrar limpios en el primer mes en el que debía celebrarse la Pascua, celebrar las fiestas pascuales limpios, y llevar hasta el final el año que habían comenzado limpios. Lo cual también nos conviene imitar cada año en la Cuaresma de Pascua, para que, con las solemnidades de la Resurrección del Señor inminentes, nos limpiemos de toda contaminación de carne y espíritu, para que también nosotros podamos ser partícipes de la resurrección.

CAPÍTULO XIV. Resumen de aquellos que expulsaron a las esposas extranjeras que habían tomado.

Y se encontraron de los hijos de los sacerdotes que habían tomado, etc. Los hebreos aplican a este lugar lo dicho por el profeta Zacarías: "Y me mostró el Señor a Jesús, el gran sacerdote, de pie ante el ángel del Señor, y Satanás estaba a su derecha para oponerse a él" (Zacarías III). Y poco después: "Y Jesús estaba vestido con vestiduras sucias, y estaba ante la faz del ángel. Y respondió y dijo a los que estaban delante de él: Quitadle las vestiduras sucias. Y le dijo: He aquí, he quitado de ti tu iniquidad, y te he vestido con vestiduras de gala. Y poned una mitra limpia sobre su cabeza" (Ibid.). Dicen que Satanás estaba a su derecha y a su izquierda para oponerse a él, porque la acusación era verdadera, ya que él mismo, junto con los demás, había tomado una esposa extranjera. Que Jesús estaba vestido con vestiduras sucias se interpreta de tres maneras: por el matrimonio ilícito, por los pecados del pueblo, o por la miseria de la cautividad. El ángel, ante cuya faz estaba Jesús, ordenó a los demás ángeles en nombre del Señor que le quitaran las vestiduras sucias, de las que hemos hablado. Cuando cumplieron la orden, el mismo ángel habla de nuevo a Jesús: "He aquí, he quitado de ti tu iniquidad"; estas son las vestiduras sucias; "y te he vestido con vestiduras de gala", es decir, te he unido una esposa israelita. Y lo que sigue: "Poned una mitra limpia sobre su cabeza"; que algunos llaman mitra; en esto quieren entender la dignidad del sacerdocio, que, habiendo sido lavadas las suciedades de los pecados, tuvo un sacerdocio limpio. Pero se debe observar que Esdras no escribe que Jesús mismo tomó una esposa extranjera, sino que dice que algunos de los hijos y hermanos de él fueron contaminados con este crimen. Aunque también la culpa de los hijos recae sobre el padre, y no puede ser perfectamente justo quien descuida corregir a los hijos que delinquen cuando pudo hacerlo. Por lo cual algunos dicen que la mencionada profecía sobre Jesús no se refiere al hijo de Josadac, sino al Señor Salvador. Quien, siendo el resplandor de la gloria y la imagen de la sustancia de Dios, tomó por un tiempo vestiduras sucias, por compasión de nuestra fragilidad, como dice Isaías: "Él fue herido por nuestras iniquidades, y molido por nuestros pecados" (Isaías LIII); a quien Satanás estaba a su derecha para oponerse a él, buscando siempre oponerse a sus virtudes, como relata la sagrada historia del Evangelio. Y el apóstol: "Es, dice, en todo semejante a nosotros, pero sin pecado" (Romanos VIII). De quien se quitan las vestiduras sucias y se viste con vestiduras de gala, cuando nos lavó de nuestros pecados en su sangre, para que sea lo que dice el apóstol: "Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo os habéis revestido". O quien tuvo vestiduras sucias en la pasión, recibió vestiduras de gala en la resurrección, de modo que de él podemos decir verdaderamente: "Aunque conocimos a Cristo según la carne, ya no lo conocemos así" (I Corintios V). También recibió la mitra en la cabeza, porque se probó que tenía un sacerdocio eterno, según lo que dice el salmista: "Tú

eres sacerdote para siempre" (Salmo CIX). Pero lo que dice Esdras, que los hermanos de Jesús, hijo de Josadac, tomaron esposas extranjeras, no se refiere a sus hermanos carnales, sino que debe entenderse como parientes según el uso de la Sagrada Escritura; pues no podrían haber vivido tanto tiempo en la carne y dedicarse al placer, ya que habían pasado más de cien años desde que Ciro, comenzando a reinar, envió a Jesús y Zorobabel con la transmigración de Judá y Benjamín a Jerusalén para construir la casa del Señor. Sigue:

Y extendieron sus manos para expulsar a sus esposas, etc. Primero se deshacen de las esposas ilícitas, y así ofrecen un carnero por ellos, para que, eliminada la culpa, puedan acercarse al altar purificados. Es difícil que la ofrenda de alguien sea aceptable a Dios si no se esfuerza primero por abandonar la culpa por la que ofrece, como dice Isaías: Dejad de hacer el mal, aprended a hacer el bien (Isa. I). Y porque fueron hijos o hermanos del sumo sacerdote quienes primero pecaron, correctamente, como castigo por el crimen, ofrecen un carnero de los rebaños, para que con tal sacrificio indiquen que ellos mismos, que parecían ser los doctores del pueblo y príncipes como líderes de los rebaños que los seguían, decidieron sacrificar su vida anterior y, purificados, ofrecer a Dios una penitencia digna a través de una vida mejor. Es notable con cuánta astucia el diablo siempre ataca a los fieles, sin dejarles nunca un tiempo seguro para descansar de la lucha. He aquí que quienes no podían ser vencidos por las adversidades son vencidos por los halagos; vencían a los enemigos públicos al construir y dedicar el templo del Señor, pero eran vencidos por el amor a las mujeres gentiles, para que no mantuvieran los templos de sus corazones o cuerpos dignos de Dios como habitante. De lo cual, en nuestros tiempos, se ha cumplido claramente la figura, cuando vemos que las almas de los fieles son tentadas ahora mucho más peligrosamente desde dentro, arrastradas y seducidas por su propia concupiscencia, que como eran tentadas antes desde fuera, cuando el adversario cruel atacaba su constancia con hierro y fuego. Pero la piedad del Señor estará presente, que, así como entonces les otorgó la virtud de la paciencia contra las abiertas batallas de los furiosos, así también nos conceda la cautela para protegernos de los lazos de los halagos que se infiltran. Finalmente, actuando el industrioso pontífice y todos los que temían al Señor, se compungieron de corazón quienes habían pecado, y expulsaron a las esposas extranjeras; y así, expulsada la torpeza de la lujuria, regresó el decoro de la castidad, y en la ciudad del Señor, expulsado el escombros de los vicios, florecieron las flores y los aromas de las virtudes. Hasta aquí las palabras de Esdras, con las que describió primero a Zorobabel y Jesús, y luego sus propios hechos. Y él mismo también sostuvo claramente el tipo del Señor Salvador, en que renovó la Sagrada Escritura, que devolvió al pueblo de la cautividad a Jerusalén, donde elevó la casa del Señor con mayores dones, que estableció líderes a través del río Éufrates, y gobernadores que conocieran la ley de Dios, que castigó a los hijos de la transmigración por sus esposas extranjeras. Porque el Señor restauró la Sagrada Escritura, ya que los escribas y fariseos, o bien la habían mancillado con sus tradiciones, o bien enseñaban que debía entenderse solo según la letra, él la mostró llena de sentido espiritual, tal como fue escrita por Moisés o los profetas. Pero también hizo que el Nuevo Testamento fuera escrito por el Espíritu Santo enviado desde lo alto a través de los apóstoles o varones apostólicos. Sacó al pueblo de la cautividad babilónica, y lo condujo liberado a Jerusalén y a la tierra de la promesa, porque habiendo sufrido una vez en la cruz, redimió al mundo con su sangre, y descendiendo a los infiernos, a quienes allí encontró verdaderos israelitas, es decir, elegidos, los llevó de allí a las murallas de la ciudad celestial, y les concedió las alegrías de la herencia prometida desde antiguo. Y cada día, reuniendo a los fieles de la perturbación de este mundo, los convoca a la comunión de la santa Iglesia y al reino eterno. Aumentó los ornamentos del templo con oro y plata y vasos preciosos, que el pueblo de Israel o los príncipes de Persia habían enviado allí

por medio de él, porque introduciendo en la Iglesia a los que creen en él de ambos pueblos, judío y gentil, no cesa de adornarla y glorificarla con la claridad de su fe y obras. Estableció líderes y gobernadores para todo el pueblo más allá del río, que conocieran y enseñaran la ley de Dios; porque en la santa Iglesia, que ha sido lavada por el río del sagrado bautismo, y ha trascendido el río babilónico, es decir, la perturbación del mundo fluctuante, con la sinceridad de la fe, puso apóstoles, evangelistas, pastores y rectores. Castigó a los hijos de la transmigración por sus esposas extranjeras, porque prohibió a aquellos que habían renunciado al mundo por la profesión de fe, servir más a las seducciones del mundo. Expulsó también a los hijos de tales madres del grupo de la transmigración, no sea que, al crecer, siguieran más bien la perfidia de ellas que la fe de sus padres, porque nuestras obras, incluso las que parecen buenas a los hombres, si están mezcladas con deleites carnales, si han tomado origen de la contaminación del favor humano, enseñó que deben ser rechazadas, y no son dignas de la compañía de aquellos que, dejando perfectamente el mundo, pasan con toda su mente a las cosas celestiales; que no se debilitan con halagos temporales, sino que más bien se ejercitan con adversidades, y se alegran de ser preparados para el descanso eterno. Pero si alguien quisiera objetar que no está escrito que expulsaron a los hijos de las adúlteras, sino solo a las mujeres, aunque más arriba, sugiriendo Sechenías y diciendo: Hagamos un pacto con nuestro Dios, y expulsemos a todas las esposas, y a los que de ellas han nacido, se añade inmediatamente, y se dice: Entonces se levantó Esdras, y juró a los príncipes de los sacerdotes y levitas, y a todo Israel, que hicieran según esta palabra, y juraron, entienda que si los hijos de la transmigración no expulsaron a los hijos libres que las mujeres extranjeras les habían dado, fue porque les enseñaron a renunciar a la infidelidad materna, y consagrados al Señor por la circuncisión y el sacrificio de salvación, los hicieron partícipes de su fe y castidad. De lo cual ciertamente se sabe que hay un misterio evidente, porque las buenas obras que hacemos con la intención de un beneficio temporal, o de favor, o de deleite, deben ser consideradas entre las malas obras, o separadas con una intención inferior, y deben hacerse solo por la retribución celestial. Porque quien, por ejemplo, ayuna, ora, da limosna con la intención de ser visto y alabado por los hombres, tal prole de buena acción es como nacida de una madre impura de conciencia manchada; por lo tanto, no puede tener parte en el grupo de los transmigrantes, que subieron de Babilonia a Jerusalén, porque ciertamente la justicia, o más bien la simulación de justicia, que ha recibido su recompensa en el presente, carecerá de recompensa futura en los cielos. Pero si tal autor de la obra, convirtiendo su mente a cosas mejores, comienza a hacer por la retribución celestial lo que hacía por el deseo vano de alabanza, consagrando a su descendencia, aunque indigna, al Señor, la hace ciudadana de Jerusalén, porque corrigiendo la obra mal comenzada a tiempo, la hace digna de recompensa perpetua en los cielos.

LIBRO TERCERO.

CAPÍTULO XV. Nehemías, copero del rey Artajerjes, al oír la aflicción de los que estaban en Jerusalén, ayuna, ora, y busca misericordia del Señor.

(II Esdr. I.) Palabras de Nehemías hijo de Helcías, etc. Nehemías se interpreta en latín como consolador del Señor, o consolador por el Señor; quien, habiendo renovado los muros de Jerusalén, y liberado al pueblo de Dios de la insultación de los enemigos, lo elevó en la observancia de la ley divina; ciertamente se sabe que tanto por su nombre como por su obra y persona no inadecuadamente designa al Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, quien se insinúa a sí mismo como enviado para la consolación de los pobres de espíritu, cuando, a punto de ascender al cielo, dice a sus discípulos: Yo rogaré al Padre, y os dará otro Paráclito, es decir, consolador (Juan XIV). Por quien se muestra que la ciudad de Dios, la santa Iglesia, debe ser edificada, y que los afligidos deben ser consolados, como dice

el salmista: Edificando Jerusalén el Señor, y reuniendo a los dispersos de Israel. Él sana a los quebrantados de corazón (Salmo CXLVI), etc. La figura de Nehemías también se adapta a los santos predicadores, por cuyo ministerio se nos otorga la consolación celestial, mientras, después de la caída del pecado, prometiendo a los penitentes la esperanza del perdón y la propiciación divina, restauran los muros y murallas de Jerusalén derribados por los enemigos. El mes de Casleu es el que nosotros llamamos diciembre, y es el noveno entre los hebreos, el último mes del año para nosotros; cuyo nombre, que se interpreta en latín como su esperanza, se adapta perfectamente a los deseos de aquel que se proponía levantar las ruinas de la santa ciudad. Porque el primer fundamento de una buena acción es tener una esperanza indudable en la ayuda del Señor para realizar lo que deseamos. Este es el mes en el que nuestro Señor nació en la carne, prefigurándonos bellamente con su nombre desde hace mucho tiempo, que en él, largamente esperado por los elegidos, el verdadero Nehemías, es decir, el consolador de Dios Padre, vendría al mundo para la edificación de la santa Iglesia. Pero lo que escribe Nehemías, que estaba en la fortaleza de Susa cuando vinieron hombres que anunciaron sobre Jerusalén. Susa es la metrópoli del reino de los persas, como leemos en la historia de Ester (Ester I); que no solo Nehemías, sino también el profeta Daniel llama fortaleza (Dan. VIII); no porque sea una fortaleza, sino porque es una ciudad, como dijimos, metrópoli y poderosísima, sino porque está construida con tal firmeza que parece ser una fortaleza. Susa se interpreta como equitación, o regresando, un nombre que se adapta convenientemente a la fortaleza de la mente de los fieles, especialmente de aquellos que se preocupan por la salvación de los que alguna vez fueron arrebatados de la Iglesia por las insidias del diablo, pero que, arrepintiéndose, han sido nuevamente llevados a la Iglesia por la gracia de Dios. Tales son, en efecto, en la fortaleza que regresa, es decir, en la fortaleza de la mente que ha sido llamada de regreso de los deleites débiles al deseo de la patria celestial, de la cual cayeron en el primer padre. Tales son en la equitación de los corazones santos más firmes, que llevan a Dios como jinete. Según el profeta: Ascendiendo sobre tus caballos, y tu equitación es salud. Porque el Señor asciende sobre sus caballos, cuando ilumina los corazones de los predicadores que gobierna con la gracia de su piedad; y su equitación es salud, porque tanto a aquellos a quienes gobierna los lleva a la salvación eterna, como también a otros a través de ellos, a quienes igualmente gobierna, los hace partícipes de la misma salvación perpetua. Preguntando entonces Nehemías sobre aquellos que quedaron de la cautividad de Jerusalén, veamos qué sigue:

Y me dijeron: Los que quedaron, y fueron dejados, etc. El sentido literal es claro, porque los que quedaron de la cautividad, aunque parecían estar en paz, siendo amigo de ellos el rey de Persia, a quienes incluso mucho antes Esdras el escriba había enviado con cartas, quien tenía poder en toda la región más allá del río; sin embargo, estaban en gran aflicción de mente, porque los enemigos les reprochaban que la ciudad santa aún permanecía destruida. Pero también ahora en la santa Iglesia con razón se afligen, y son compungidos con tristeza saludable, quienes, arrepintiéndose de sus pasados pecados, consideran que sus prójimos aún están sujetos a vicios, de modo que por la negligencia de aquellos que podrían haber sido útiles a muchos corregidos, como a través de los muros de la ciudad derruida, el diablo tiene libre entrada en la Iglesia. Lo cual es más necesario lamentar, si también aquellos que debieron haber sido útiles a otros por doctrina o ejemplo, muestran un ejemplo de destrucción a quienes los ven viviendo corruptamente. Esto es que las puertas de Jerusalén han sido quemadas por las llamas enemigas, aquellos que debieron abrir la entrada de la vida a otros enseñando y viviendo bien, y debieron rechazar a los indignos, perecen en el incendio de la avaricia, la lujuria, la soberbia, la contienda, la envidia, y otros vicios que el enemigo maligno suele introducir. ¿Qué nos parece que se debe hacer ante esto, qué se debe hacer, se muestra cuando inmediatamente se añade:

Y cuando escuché palabras de este tipo, me senté y lloré, etc., hasta Y dirige a tu siervo, etc. Porque si un hombre santo, al escuchar que los edificios de piedra y madera estaban destruidos, lloraba correctamente, ayunaba y oraba, y esto durante mucho tiempo sentado en tristeza; cuánto más en la destrucción y ruina de las almas, que se comete por el pecado, es necesario insistir en continuos lamentos, lágrimas, oraciones, para que, con la misericordia del Señor, sean levantados a su antigua salud, quienes yacían en oprobio de la religión, triunfando el enemigo, cubiertos de la suciedad de los vicios durante mucho tiempo.

CAPÍTULO XVI. Nehemías, obtenida la licencia y las cartas del rey, llega a Jerusalén para edificar la ciudad; desde cuyo año se cuentan las setenta semanas de años que el ángel predijo a Daniel, y llegan hasta el tiempo de la pasión del Señor.

(II Esdr. II.) Sucedió en el mes de Nisán, etc. Nisán es el primer mes del año según los hebreos, en el que siempre solían celebrar la Pascua, que nosotros llamamos abril. Por lo tanto, lo que dijo antes, que lloró, ayunó y adoró durante muchos días, es evidente que durante cuatro meses continuos, el noveno, décimo, undécimo y duodécimo, se dedicó a esta devotísima práctica, esperando el momento oportuno en el que pudiera comunicar su deseo al rey. Y ciertamente era el príncipe vinario, ofrecía la copa al rey, realizaba un oficio de alegría exteriormente, pero él mismo estaba interiormente oprimido por una gran tristeza, recordando que la santa ciudad estaba destruida y que el pueblo de Dios era tenido en oprobio y desprecio por los enemigos de Dios. Por lo cual, con sus semejantes, protesta hablando en el Salmo: Junto a los ríos de Babilonia, allí nos sentamos y lloramos, al recordar a Sion (Salmo CXXXVI).

Y el rey me dijo: ¿Por qué está triste tu rostro? etc. Así como supimos claramente que Ciro, el primer rey de los persas, sostenía la figura del Señor Salvador, según lo enseña Isaías, porque liberó al pueblo de Dios de la cautividad y mandó restaurar el templo; así también podemos correctamente considerar a su sucesor en el imperio, Artajerjes, quien mandó reedificar la ciudad de Jerusalén con la misma devoción, como un tipo del Señor, quien construye para sí una ciudad de piedras vivas, es decir, una Iglesia de todos los elegidos a través del oficio de los predicadores. Por lo cual, bien se interpreta Artajerjes como luz probada en silencio. Porque el Señor es la luz de la vida, quien prueba los corazones de sus fieles en silencio, mientras a veces los ilumina con la dulzura de la gracia celestial, a veces los oscurece con las presiones de la vida presente, para que, instruidos por las adversidades temporales, deseen más ardientemente los bienes eternos. Este año memorable, en el que se permitió edificar Jerusalén, ya está místico y proféticamente señalado en las letras del profeta Daniel, cuando el ángel le dice que setenta semanas están abreviadas sobre su pueblo y sobre su ciudad santa. Y poco después: Desde la salida de la palabra para que se reedifique Jerusalén hasta el Cristo príncipe, habrá siete semanas y sesenta y dos semanas. Y poco después: Confirmará el pacto con muchos en una semana, y a la mitad de la semana cesará el sacrificio y la ofrenda. Comienzan, pues, estas semanas en el vigésimo año de Artajerjes, cuando dio licencia para edificar Jerusalén: en cuyo tiempo, como escribe Julio Africano, habían transcurrido ciento quince años del reino de los persas, y otros tantos años hasta Alejandro Magno, cuando mató a Darío, quedaron incompletos; de la cautividad de Jerusalén era el año ciento ochenta y cinco: y llegan hasta los tiempos de la pasión del Señor, por la cual se puso fin a los sacrificios y ofrendas legales. Tienen, en verdad, cada una de las semanas siete años, cuatrocientos noventa años (sic), según el curso de la luna, es decir; de tal manera que cada uno, de manera nueva e inusual, no tiene más de doce meses lunares. Por lo cual, el ángel sabiamente dice que setenta semanas no están numeradas, sino abreviadas sobre su pueblo,

que son años solares 475. De toda esta sentencia profética he tratado plenamente, en la medida de lo posible, en el libro de los Tiempos.

Y oyeron Sanabalat el horonita, etc. Y los herejes se entristecen, y todos los enemigos de la Iglesia, cada vez que ven a los elegidos trabajar por la fe católica o la corrección de costumbres, por las cuales se renuevan los muros de la Iglesia. Es notable la diversidad de las almas y las cosas, porque antes se dijo que aquellos que quedaron de la cautividad en Judea estaban en gran aflicción y oprobio; pero también que Nehemías había llevado un largo ayuno con llanto y oraciones, porque los muros de Jerusalén estaban derribados, y sus puertas habían sido quemadas con fuego, y ahora, en cambio, los enemigos de la misma santa ciudad están entristecidos, y en gran aflicción, porque entienden que sus edificios serán restaurados, y los ciudadanos serán liberados de las insultaciones de los enemigos. De donde se puede concluir que incluso en esta vida se puede cumplir aquella sentencia del Señor; quien, habiendo dicho: En verdad, en verdad os digo, que lloraréis y os lamentaréis, pero el mundo se alegrará, y vosotros os entristeceréis; inmediatamente añadió: Pero vuestra tristeza se convertirá en gozo (Juan XVI). Porque mientras el mundo que se alegraba llora, la tristeza de los justos se convertirá en gozo, cuando se sabe que las cosas de la santa Iglesia crecen, y aquellos que se habían desviado pecando, regresan a ella arrepintiéndose.

CAPÍTULO XVII. Nehemías, llegando a Jerusalén, considera de noche la ruina de los muros y por la mañana, revelando la causa de su viaje, fortalece el corazón y las manos del pueblo para edificar.

Y llegué a Jerusalén, y estuve allí tres días, etc. Recorre diversos lugares de la ciudad destruida, y examina con mente solícita cómo deben ser reparados. Así también es propio de los doctores espirituales, levantarse a menudo de noche, y con una indagación diligente inspeccionar el estado de la santa Iglesia mientras los demás descansan; para que investiguen vigilantes cómo corregir y levantar lo que ha sido ensuciado o derribado por las guerras de los vicios. El muro de Jerusalén yace derribado, y la conversación de los fieles se ensucia con afectos terrenales e inferiores; las puertas son consumidas por el fuego, cuando también aquellos que debieron abrir la entrada de la vida a otros enseñando, abandonando el magisterio de la verdad, languidecen en la común pereza con los demás, y se dedican a las preocupaciones temporales.

Y les dije: Vosotros conocéis la aflicción en la que estamos, etc. Estas cosas son claras, y muy adecuadas al sentido espiritual; porque los santos doctores, o más bien todos los que arden con el celo de Dios, están en gran aflicción, mientras ven que Jerusalén, es decir, la visión de paz, que el Señor nos dejó y encomendó, está desierta por las guerras de las disensiones; y las puertas de las virtudes, que, según Isaías, debieron ser ocupadas por la alabanza (Isa. LX), al prevalecer las puertas del infierno, están derribadas, y son tenidas en oprobio. Por lo cual se esfuerzan, reuniendo a los ministros de la palabra en una sola industria, en edificar nuevamente con fe y buena acción lo que parecía estar destruido.

CAPÍTULO XVIII. Se edifican el muro, las torres y las puertas de Jerusalén, comenzando por el sumo sacerdote Eliasib.

(II Esdr. III.) Y se levantó Eliasib el sumo sacerdote, etc. Este Eliasib, sumo sacerdote de aquel tiempo, fue hijo de Joacim, quien después de su padre Jesús hijo de Josadac, también ejerció el pontificado por no poco tiempo. Y correctamente la restauración de la ciudad comenzó por el sumo sacerdote y sus hermanos, para que quienes precedían en grado de

orden, ellos mismos fueran ejemplo para todos en buenas obras. Y bien se añade a los sacerdotes que edifican.

Y hasta la torre de cien codos, etc. Los sacerdotes edifican en el número centenario de codos, cuando encienden a todos los que instruyen en el amor y deseo de las cosas eternas. Pues los cien que en el cómputo de los dedos pasan de la izquierda a la derecha, figuran los bienes celestiales, que en comparación con los bienes temporales e inferiores son como la derecha respecto a la izquierda. También se dice que santificaron la puerta que construyeron; pues es propio de los sacerdotes hacer sus obras dignas de una santificación especial por encima de las demás, y actuar con diligencia para que todos los que se les unen santifiquen el nombre del Señor en sí mismos viviendo bien. Parece, según la letra, que la primera puerta del rebaño fue construida o santificada por los sacerdotes porque estaba cerca del templo y les pertenecía propiamente; pues también parece razonable que la edificación de la ciudad comenzara desde el templo. Porque ciertamente es necesario que conservemos en nosotros la constancia de la fe y el amor a Dios antes que nada, y luego añadamos obras de piedad que pertenezcan al amor al prójimo; y en tercer lugar, es decir, en último lugar, pongamos cuidado en lo que respecta a la provisión general de esta vida; de lo cual el Apóstol dice: Teniendo, dice, sustento y con qué cubrirnos, estemos contentos con esto (I Tim. VI). Pero también puede parecer probable que la puerta del rebaño se llame así porque por ella solían introducirse los animales que se ofrecían en el templo. Por tanto, los sacerdotes edifican la puerta del rebaño al inicio de la ciudad de Dios, cuando los santos predicadores instruyen a sus oyentes antes que nada en la verdad de la fe, que obra por el amor; por la cual deben introducir las víctimas de los bienes y ofrecerlas a Dios en el altar de su corazón. Y el edificio de esta puerta se extiende por cien codos hasta la torre de Hananeel, es decir, la gracia de Dios, cuando desde el inicio de la fe hasta la firmeza de la buena acción, que no se perfecciona sino con la inspiración y ayuda de Dios, se extiende con la sola intención de la retribución eterna. Cabe señalar que en nuestros Códices se dice: Y edificaron la puerta del rebaño. La antigua traducción dice: Y edificaron la puerta y la piscina probática; de cuyo nombre Juan hace mención en su Evangelio: Hay en Jerusalén, dice, una piscina probática, que en hebreo se llama Betesda, que tiene cinco pórticos; en estos yacía una gran multitud de enfermos (Juan V), etc. Y nada impide entender que este lugar es designado aquí; pues el nombre Probatica no difiere mucho del nombre del rebaño: en griego, oveja se llama probaton. De este lugar también hace mención Jerónimo en el libro de los Lugares, escribiendo así: La piscina de Betesda en Jerusalén, que se llama probática, y que nosotros podemos interpretar como pecual. Esta tuvo en otro tiempo cinco pórticos; y se muestran dos estanques, uno de los cuales suele llenarse con las lluvias invernales, y el otro, de un modo maravilloso, rojo, como con aguas sangrientas, testifica las señales de una antigua obra en sí. Pues se dice que las víctimas solían ser lavadas en él por los sacerdotes, de donde también tomó su nombre. De todo esto parece que la puerta del rebaño está cerca de la piscina probática, para que por ella se trajeran las víctimas que se lavaban en aquella.

La puerta de los peces fue edificada por los hijos de Asnaa. Llama puerta de los peces a la que miraba hacia Joppe y Diospolis, es decir, Lida, y era la más cercana al mar entre todos los caminos de Jerusalén, que ahora se dice que se llama puerta de David, y es la primera de las puertas al occidente del monte Sion. A esta opinión parecen consentir las Palabras de los Días, en las que está escrito sobre el rey Manasés de Judá: Después de esto edificó un muro fuera de la ciudad de David al occidente de Gihón en el valle, desde la entrada de la puerta de los peces, alrededor hasta Ofel, y lo elevó mucho (II Par. XXXIII). Típicamente, así como el rebaño del Señor fiel, también los peces suelen ser llamados. De ahí que, así como dijo a Pedro: Apacienta mis ovejas (Juan XXI); así también le promete a él junto con Andrés y los

demás apóstoles, diciendo: Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres (Mat. IV). De los cuales también, hablando de los pescadores por parábola, dice: Eligieron los buenos peces en vasijas, pero los malos los echaron fuera (Mat. XIII). Por tanto, edificaron la puerta de los peces en Jerusalén, cuando se ordenan los grados en la Iglesia, por los cuales los elegidos de los reprobos, como los buenos peces de los malos, son llevados al consorcio de la paz perpetua. Se edifica la puerta de los peces cuando los fieles sirven con aquellas obras de virtud, por las cuales, viendo a sus prójimos, arrebatados de las olas de la perturbación y la concupiscencia mundana, los introducen a la tranquilidad y paz de la vida espiritual. De esta puerta hace mención el profeta Sofonías, diciendo: Voz de clamor desde la puerta de los peces, y aullido desde la segunda (Sof. I). Porque lo que añadió, desde la segunda, significa la puerta del segundo muro en el mismo clima. Pues los Tiempos de Ezequías narran que el muro de la ciudad fue duplicado, donde está escrito: Edificó también, actuando con diligencia, todo el muro que había sido derribado, y construyó torres sobre él, y fuera otro muro (II Par. XXXII). Esto sobre el sentido literal. Pero según la alegoría de la ley, Sofonías oyó la voz de clamor desde la puerta de los peces y el aullido desde la segunda, porque previó que ambas serían derribadas por los enemigos: porque vio que tanto la fe como las obras de los doctores, por las cuales era necesario que los demás fueran rescatados de las olas de la vida corruptible y llevados a la santa Iglesia, serían derribadas por las insidias del antiguo enemigo, es decir, que por el apetito de los placeres terrenales serían privadas de los gozos celestiales. Pues bien oyó la voz de clamor y aullido desde ambas puertas, tanto la primera como la segunda, tanto la exterior como la interior; porque vio que tanto las obras exteriores como los corazones de los negligentes serían subvertidos por el diablo atacando; pero porque el Señor levanta a los caídos (Salmo XLIV), Nehemías narra que la misma puerta de los peces fue restaurada después de una larga ruina; porque aunque algunos de los predicadores alguna vez caigan pecando, no faltarán hasta el fin del siglo quienes, sucediendo en el lugar de los precedentes, abran las puertas de la justicia al Señor ayudando, predicando y viviendo bien a los fieles. Bien se añade sobre los destructores de esa puerta:

Ellos la cubrieron, y colocaron las hojas, etc. Quien también, al regresar de las demás cosas que se dice que fueron edificadas, la puerta se repite a menudo; porque ciertamente es necesario que cualquiera que haya comenzado la estructura de una buena acción, la lleve hasta el techo de la perfección insistiendo en los comienzos, y establezca diligentemente como hojas, cerrojos y barras. Las hojas, en efecto, se colocan en las puertas para que, abiertas en el momento oportuno, los ciudadanos tengan la facultad de entrar o salir. Los cerrojos y las barras se colocan para que, cerradas y aseguradas las puertas, el enemigo no pueda entrar. Así también en nuestras buenas obras deben oponerse hojas de benigna previsión, para que los conciudadanos, es decir, nuestros prójimos, viendo esto, glorifiquen a nuestro Padre que está en los cielos, y ellos también aprendan a caminar por nuestros ejemplos, y a entrar con nosotros en las murallas de las virtudes. También deben oponerse cerrojos y barras contra las insidias e irrupciones de los enemigos, para que, diligentemente nos comuniquemos por todas partes, no sea que el enemigo antiguo, introducido descuidadamente, asalte la fortaleza de nuestra virtud. Por eso bien se dice en los Proverbios: El hermano que es ayudado por el hermano es como una ciudad fuerte, y los juicios son como las barras de las ciudades (Prov. XII). Pues cuando ambos pueblos, el de los judíos y el de los gentiles, consienten en Cristo con caridad fraterna, edifican una Iglesia, es decir, la ciudad de su Creador. Y así como las barras de las ciudades fortalecen las puertas, así los dogmas de la verdad defienden a las Iglesias por todo el mundo, que hacen una sola católica, de la incursión de los infieles. También colocamos cerrojos y barras en nuestra puerta cuando prevenimos con diligencia, no sea que revelemos los secretos de nuestra fe a los cerdos y perros, es decir, a las mentes impuras, o que hagamos nuestra justicia por el favor humano, y

los introduzcamos a ver nuestras buenas obras, quienes nos traen más peligro alabándonos que ayuda saludable viendo.

Y edificaron la puerta vieja, etc. La puerta vieja es aquella de la que Juan hace mención, diciendo: Amados, no os escribo un mandamiento nuevo, sino un mandamiento viejo que habéis tenido desde el principio (I Juan II). El mandamiento viejo es la palabra que habéis oído. Por tanto, se edifica la puerta vieja en Jerusalén, cuando la palabra de fe y amor, que desde el principio fue entregada a la santa Iglesia, comienza a ser recuperada en los errantes o instituida en los recién creyentes.

Y dejaron Jerusalén, etc. El muro de la plaza más ancha es en Jerusalén, la firmeza y el baluarte del amor perfecto en los corazones de los elegidos, al cual llegan sus instructores edificando, cuando en las obras de caridad, progresando, pueden decir a su Creador y ayudador: Corrimos por el camino de tus mandamientos, cuando ensanchaste nuestro corazón (Salmo CXVIII). Esa dilatación de la mente iluminada, que puede amar al amigo en Dios y al enemigo por Dios.

Y la puerta del valle la edificó Hanún, etc. Sabemos que el valle de Josafat, que también se llamaba Gehennon, es decir, el valle de Ennon, está al lado oriental de la ciudad de Jerusalén, por donde el torrente Cedrón, del cual se hace mención en el Evangelio (Juan XVIII), si alguna vez recibe las aguas de las lluvias o nieves, fluye desde el norte hacia el sur. Pero también en la parte occidental de la misma ciudad leemos del valle de Gihón, diciendo el libro de las Crónicas sobre el rey Manasés de Judá, lo que también pusimos arriba: Después de esto edificó un muro fuera de la ciudad de David al occidente de Gihón en el valle (II Par. XXXIII). Gihón es el nombre de la fuente donde Salomón fue ungido como rey fuera de la ciudad. Ya sea este, o aquel, o cualquier otro valle de la misma ciudad que Esdras signifique en este lugar, el sacramento es claro, porque se edifica la puerta del valle en Jerusalén, cuando a los elegidos recién instruidos por el conocimiento de la fe, o a los que se han reparado en la castidad de la fe, entre otras virtudes se les enseña a observar la virtud de la humildad, por la cual merecen ser elevados por una mayor gracia de Dios, diciendo la Sagrada Escritura: Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes (I Pedro V). Y en el Salmo: Y los valles abundarán en trigo (Salmo LXIV), es decir, los humildes abundarán en dones de la superna recolección. Y bien después de la puerta vieja, y el muro de la plaza más ancha, se edifica la puerta del valle; porque ciertamente después de los rudimentos de la fe católica, que obra por el amor, es necesario que se nos insinúe la humildad, que es la guardiana de las virtudes; para que según el precepto del hombre sabio, cuanto más grandes seamos, nos humillemos en todo (Eclo. III).

Y mil codos en el muro hasta la puerta del muladar, etc. Se dice que la ubicación de la ciudad de Jerusalén está dispuesta en una suave pendiente, inclinándose hacia el norte y el este, de modo que la lluvia que cae allí no se detiene en absoluto, sino que, como ríos, fluyendo por las puertas orientales, arrastrando consigo todas las inmundicias de las calles, aumenta el torrente Cedrón en el valle de Josafat. Por lo cual parece verosímil que se llame puerta del muladar aquella por la cual se suelen sacar las inmundicias y suciedades. Y no es de menor virtud y utilidad que las cosas inmundas sean sacadas de la ciudad del Señor, que agregar en ella las que son puras. Por tanto, edifican la puerta del muladar en Jerusalén, quienes ordenan en el ministerio de la santa Iglesia a aquellos por quienes las inmundicias de los vicios son purgadas de las mentes de los elegidos. Pero también los hombres de mente corrupta son alejados de los confines de la Iglesia, ayudándolos y debilitando toda impureza con la lluvia de la gracia celestial; para que según el salmista, sean dispersados de la ciudad del Señor todos los que obran iniquidad (Salmo X). Y porque es de gran perfección, cuando alguien

progresa tanto por el mérito de la humildad, que puede ver vivamente sus errores, y eficazmente purgarlos una vez descubiertos; se dice correctamente que quienes edificaron la puerta del valle, también construyeron mil codos en el muro hasta la puerta del muladar. Pues el número mil indica perfección, y el codo la operación, que se hace por las manos y los brazos. Y aquellos que edifican en el muro de la santa ciudad desde la puerta del valle hasta la puerta del muladar, alcanzan mil codos edificando, quienes, habiendo recibido la gracia de la humildad, se entregan con tanta industria de perfección a las buenas obras, que expulsan de sí no solo el escombros de la acción nociva o la locución inútil, sino también de la superflua cogitación.

Y la puerta de la fuente la edificó Sellun, etc. Pagos en griego significa aldea en latín. Los escritores narran que desde esa parte del monte Sion, que mira al este con una roca escarpada, dentro de los muros, y en las raíces de la colina, brota la fuente de Siloé; que con un acceso alternante de aguas fluye hacia el sur, es decir, no con aguas continuas, sino que brota en horas y días inciertos [ciertos], y a través de las concavidades de la tierra, y las cavernas de una roca durísima, suele venir con gran estruendo, de la cual se dice que la ciudad se abastece con una sola fuente, y esta no perpetua. Por tanto, entiende que la puerta de esta fuente es designada aquí, especialmente cuando se añade claramente:

Y los muros de la piscina de Siloé en el jardín del rey, etc. Por tanto, Siloé, que se interpreta como enviado, donde el ciego de nacimiento fue iluminado, significa al Señor Salvador, que fue enviado por Dios Padre para nuestra iluminación; cuya fuente puede entenderse muy apropiadamente como el mismo Padre, de quien él nació. De quien bien dice el salmista: Porque contigo está el manantial de la vida, en tu luz veremos la luz (Salmo XXXV). Y se edifica la puerta de la fuente en Jerusalén, cuando se ordenan en la Iglesia doctores que prediquen al pueblo la fe de la eterna divinidad. También se edifican los muros de la piscina de Siloé, cuando los testimonios firmes e inexpugnables de las Escrituras, en los que se designa el sacramento de la encarnación del Señor, se arraigan en la mente de los fieles. Estos muros de los divinos oráculos llegan al jardín del rey, cuando, conocidos los misterios de la dispensación del Señor, comenzamos a producir brotes de virtudes con la ayuda del mismo rey supremo, nuestro Señor Dios. También llegan hasta los escalones que descienden de la ciudad de David, cuando alguien, desde la vida general de los fieles, aprende a progresar con deseos espirituales hacia las cosas celestiales. Pues los escalones que descienden de la ciudad de David a las partes inferiores de la ciudad de Jerusalén son ayudas de la inspiración o protección divina, por las cuales somos gradualmente excitados, para que podamos alcanzar las murallas del reino celestial. Pues David hizo escalones, por los cuales debemos ascender a su ciudad, cuando la divina piedad nos enseñó el orden de las virtudes, por las cuales buscamos las cosas celestiales, cuando nos otorgó el don de ejecutar esas mismas virtudes. De estos escalones decía el salmista: Bienaventurado el hombre que tiene su ayuda en ti, Señor; dispuso en su corazón los ascensos en el valle de lágrimas, en el lugar que puso, etc., hasta que dice: Caminarán de virtud en virtud; se verá al Dios de dioses en Sion (Salmo LXXXIII). Por tanto, los constructores de la santa ciudad, después de los muros de la piscina de Siloé, y después del jardín del rey, llegan edificando hasta los escalones que descienden de la ciudad de David, cuando después de mostrar los misterios de la encarnación del Señor, por los cuales la gentilidad ciega desde el nacimiento fue lavada e iluminada, después de los brotes de buena obra comenzados por la fe, los santos doctores muestran más diligentemente a sus oyentes los progresos de las virtudes; por los cuales asciendan a la visión de su Creador, fuerte en mano y deseable, que se llamará David, se designa. Estos progresos, que consisten principalmente en la humildad, el reverendísimo padre, de nombre y vida Benedicto, los entendió, cuando interpretando la escalera mostrada al patriarca Jacob con ángeles subiendo y

bajando por ella, como designando nuestro camino hacia las cosas celestiales, distinguió los escalones de esa misma escalera con la más diligente y piadosa investigación de los incrementos y progresos de las buenas obras, que se hacen por la humildad. La ciudad de David, según la letra, se llama monte Sion, que está situado al sur, sobresaliendo como una fortaleza de la ciudad, y la mayor parte de la ciudad yace debajo del monte, situada en la llanura de una colina más baja. De donde está escrito en el libro de los Reyes: David tomó la fortaleza de Sion, esta es la ciudad de David. Y poco después: Y David habitó en la fortaleza, y la llamó ciudad de David (I Reg. XXV).

Después de él edificó Nehemías, etc. Nota que el rey David no está sepultado en Belén, como algunos suponen, sino en Jerusalén; y ciertamente no sin razón de cierto misterio. Pues así como nacido en Belén, y ungido como rey, prefiguró que el Señor Cristo nacería allí de su semilla, y sería adorado por los Magos bajo la persona de un rey; así también, muerto y sepultado en Jerusalén, señaló que el mismo Señor sufriría y sería sepultado en esa ciudad, pero resucitaría pronto del sepulcro. Por tanto, después de la puerta de la fuente, y los muros de la piscina de Siloé, que llegan al jardín del rey, y hasta los escalones que descienden de la ciudad de David, también se extiende la medida de la santa ciudad hasta frente al sepulcro del mismo David; porque quien predica la fe de la eterna divinidad, quien la dispensación de la encarnación del Señor, quien la fructificación de la Iglesia adherida a Cristo; de la cual él mismo dice: Huerto cerrado es mi hermana, mi esposa (Cant. IV); debe declarar a los fieles oyentes, no solo deben imitar esos escalones de buenas obras, por los cuales asciendan a la patria eterna; sino que también es necesario que siempre insinúe el sacramento de la pasión del Señor en su memoria, para que por aquel que murió por ellos y resucitó, también se conozcan a sí mismos como levantados de la región y sombra de muerte a la vida, y ascendiendo al reino celestial. Bien se sigue:

Y hasta la piscina, etc. La piscina, construida con gran esmero, puede no ser absurdamente entendida como la Sagrada Escritura; que, obra del Espíritu Santo, nos ofrece un lavacro para expiar los pecados y al mismo tiempo un cáliz de salvación. Si esta es transformada por el Señor en vino, es decir, trasladada a un sentido espiritual, nos embriaga con la dulzura más grata de la verdad. Allí también está la casa de los fuertes; porque quienes se acostumbran a ser renovados por los frecuentes flujos de las palabras divinas, escuchando y actuando, se vuelven fuertes e invictos contra todas las insidias del antiguo enemigo. Después del sepulcro de David, en la ciudad santa, se sitúa la piscina construida con gran esmero, junto a la cual está la casa de los fuertes; porque a través de la pasión del Señor se nos ha abierto el abismo de las Escrituras, por cuya abundancia los corazones de los fieles son fortalecidos, y la ciudad de Cristo se ha vuelto inexpugnable para todos los enemigos. Pues cuando las aguas faltan o son obtenidas por el enemigo, la ciudad es fácilmente capturada. Y si el antiguo enemigo nos quita la fuente de la palabra de Dios, nada impide que el cruel atacante y destructor ascienda inmediatamente a la fortaleza de nuestra mente. Después de ellos, construyeron sus hermanos los levitas, etc. Hasta aquí se construye el primer muro de la ciudad, y desde aquí comienza la segunda medida, es decir, del muro interior, del cual hemos hablado antes. Por eso, en esta descripción se dice que muchos de los constructores edificaron frente a su casa; pues muchas casas de la ciudad estaban cercanas o unidas al muro interior. Después de la construcción del muro exterior, sigue en nuestra ciudad la medida del segundo muro, cuando después de la perfección de las obras y de la lengua, que también puede aparecer a los hombres, nos esforzamos más por agradar a Dios en el interior de nuestra mente, para no presumir de concebir bajo el velo cosas que ofendan los ojos del juez interior. Y se dice bien que la segunda medida está construida frente al ascenso del ángulo más firme; el ángulo más firme es el Señor, que en su fe y amor unió al pueblo judío y a los gentiles; de donde también en el

Salmo (Salmo CXVII), o en Isaías (Isa. XXVIII), es llamado piedra angular. Frente a cuyo ascenso se construye la segunda medida del ángulo, cuando a través de la pureza del pensamiento piadoso nos esforzamos por llegar a la visión de nuestro Creador; cuando, incluso retenidos en esta vida, suspiramos frecuentemente por el deseo de su visión. Siguen aquí muchos órdenes de constructores, que se dice que construyeron la segunda medida, porque la mayor estructura de la santa Iglesia está en la fortaleza interior de la virtud, cuando con toda custodia guardamos nuestro corazón, porque de él procede la vida. Disertar sobre cada uno de ellos y llevar todo a la inteligencia espiritual sería demasiado extenso.

Los natineos habitaban en Ofel, etc. Los natineos se dice que son gabaonitas, que servían con devoción fiel en el ministerio de la casa del Señor según la disposición de Josué, hijo de Nun. Ofel era una torre, no lejos del templo, de enorme altura. De donde Ofel, es decir, oscuridad o nublado, recibió su nombre, porque elevaba su cabeza hasta las nubes. De hecho, donde está escrito en Miqueas: Y la torre del rebaño nublada de la hija de Sion (Miq. IV); en hebreo, en lugar de torre nublada, está escrito torre de Ofel. Esta torre es mencionada, y el libro de las Crónicas muestra en qué parte de la ciudad está, refiriéndose al rey Manasés, lo que también hemos mencionado antes, que construyó un muro fuera de la ciudad de David hacia el oeste de Gihón en el valle, desde la entrada de la puerta de los peces alrededor hasta Ofel (II Crón. XXXIII). Convenía, por tanto, según la ubicación del lugar, que los ministros del templo habitaran en la torre cercana al templo. Pero también según el sentido místico, los natineos habitan en Ofel, es decir, en la torre nublada, cuando aquellos que están dedicados a Dios por la profesión de una vida más perfecta, no dejan de morar siempre en el refugio y altura de las virtudes y acciones, diciendo con el Apóstol: Porque nuestra conversación está en los cielos (Filip. III). De los cuales también el pueblo admirado testimonia, diciendo: ¿Quiénes son estos que vuelan como nubes? (Isa. LX). Asimismo, los natineos habitan en Ofel, cuando aquellos distinguidos por el hábito de la religión, penetran con el corazón iluminado en los secretos de las Escrituras, de las cuales se ha dicho, Agua oscura en las nubes del aire; es decir, la ciencia mística en los profetas, y han aprendido a meditar en su lectura día y noche. De cuya habitación se añade apropiadamente: Hasta frente a la puerta de las aguas al oriente y la torre que sobresalía. La puerta de las aguas es el Señor, que nos riega con la gracia diaria de su misericordia, para que no desfallezcamos en las tribulaciones de la vida presente. Esta puerta deseaba entrar el salmista, cuando decía: Como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así desea mi alma a ti, Dios (Salmo XLI). Esta puerta se recuerda convenientemente que está situada al oriente; porque ciertamente el mismo Señor, que nos embriaga con el torrente de su deleite para que no tengamos sed, nos ilumina con el don de su visita para que no nos oscurezcamos en las tinieblas de los errores. Según lo que dice Zacarías: Nos visitó el oriente desde lo alto, para iluminar a los que están en tinieblas y en sombra de muerte (Luc. I). Él también nos defiende con el amparo de su protección, para que no seamos tocados por el enemigo. De donde bien sigue: Y hasta la torre que sobresalía. Lo que entendiendo el mismo salmista, decía: Me has guiado, porque has sido mi esperanza, torre de fortaleza ante el enemigo (Salmo LX). Habitan, pues, los natineos en Ofel, hasta frente a la puerta de las aguas al oriente, y la torre que sobresalía; cuando los fieles dedicados a las lecturas sagradas se alegran de ser embriagados e iluminados por la gracia de la divina piedad, y siempre de ser protegidos del enemigo. Y porque después de los dones presentes de las virtudes se asciende para ver la claridad del hombre del Señor, se añade correctamente:

Después de ellos, los tecoítas construyeron la segunda medida, etc. El muro del templo es el cuerpo del Señor Salvador, del cual él mismo dijo a los judíos: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré (Juan II): el cual templo de su cuerpo, sus perseguidores destruyeron en la muerte, pero resucitado y exaltado a los cielos, sus amantes lo vieron en gloria, y no cesan de

verlo eternamente. Desde la torre grande y eminente, hasta el muro del templo llega la estructura de la santa ciudad, cuando los justos desde la altura de la contemplación, con la cual suspenden su mente en esta vida despreciando las cosas temporales para desear las celestiales, verdaderamente en aquella vida para ver la claridad de la encarnación del Señor revelada, también ascienden a la eternidad de la gloria divina. Y porque Tecoa significa trompeta o corneta, los tecoítas se interpretan como trompetistas, se dice apropiadamente que los tecoítas construyeron esto; pues es propio de los doctores, cuyo sonido ha salido por toda la tierra, revelar los dones presentes de Dios o los futuros en su ciudad, es decir, en el pueblo de los fieles.

Arriba, sin embargo, construyeron hasta la puerta de los caballos, etc. Jeremías menciona esta puerta, y la designa en el lado oriental de la ciudad, escribiendo típicamente sobre la santa Iglesia: Y la ciudad será edificada para el Señor desde la torre de Hananeel (Jer. XXI). Y poco después: Hasta el torrente de Cedrón, y hasta el ángulo de la puerta de los caballos oriental (Ibid.). Los caballos, cuando se ponen en buena parte, al igual que los asnos, camellos y mulos, a veces indican a los pueblos gentiles convertidos al Señor, a veces las preocupaciones de las cosas temporales debidamente sometidas al alma del Señor. Y los sacerdotes construyeron el muro de la ciudad de Dios hasta la puerta de los caballos, cuando los santos doctores, después de la vocación del pueblo judío, llegaron difundiendo la palabra hasta introducir a los pueblos gentiles en la santa Iglesia. También construyen hasta la puerta de los caballos, cuando ofrecen ejemplos suficientes de vida a aquellos que entran por las puertas de la santa Iglesia para refrenar los movimientos lascivos de su carne o alma; o ciertamente cuando disponen sus propias reflexiones, con las cuales necesitan tratar sobre su sustento o vestimenta y la de los suyos, de tal manera que estas no retrasen la libertad de la mente, con la cual siempre han propuesto buscar las cosas celestiales. Donde también se añade bien sobre los que trabajan, Cada uno frente a su casa; esta expresión se repite con frecuencia en esta construcción de la santa ciudad. No es necesario esforzarse en la exposición sobre cómo en la santa Iglesia cada uno debe construir el muro de virtudes frente a su casa, y fortificar su mente contra las insidias del diablo; para que aquel que como león rugiente anda alrededor buscando a quien devorar (I Pedro V), no pueda irrumpir por ninguna parte, mientras cada uno haya fortificado su cuerpo y mente con fuerte fe en el Señor. Pero también cada uno construye frente a su casa, si protege con diligente custodia de la disciplina regular a aquellos que le han sido confiados, para que no puedan ser engañados por el ataque de los vicios o la persuasión herética. Es largo disertar sobre cada uno de los edificios o constructores de la santa ciudad con interpretación espiritual; que incluso sin que nosotros lo digamos, el lector experto puede reconocer fácilmente. Solo hay que notar que quienes construyen las puertas y torres, por las cuales los ciudadanos entran o los enemigos son rechazados, son los profetas, apóstoles y evangelistas; por quienes se nos ha ministrado la forma y el orden de la fe y la recta operación, por la cual debemos entrar en la unidad de la santa Iglesia; y de cuyas palabras aprendemos cómo refutar y repeler a los adversarios de la verdad. Pero quienes construyen con las demás palabras, son los pastores y doctores, que el Apóstol puso en segundo lugar, por cuya industria hasta hoy se conserva en todo el mundo la fe católica que fue edificada por los grandes arquitectos de la Iglesia. Y así como Nehemías enumerando a todos los constructores de la ciudad en orden, los hace perpetuamente memorables; así el Señor, consolador de nuestra pobreza, inscribe en el cielo los nombres de todos los que edifican su Iglesia en los elegidos. Pero veamos también lo restante.

CAPÍTULO XIX. Sanbalat y Tobías se burlan de los constructores, pero son despreciados; inician guerras, pero son repelidos con oraciones y armas.

(II Esdr. IV.) Y sucedió que cuando Sanbalat oyó, etc. Claramente esta es la ira de los herejes, estas son sus palabras, que se llaman a sí mismos samaritanos, es decir, guardianes de la ley de Dios en vano, siendo en realidad contrarios a Dios y a sus leyes, ya que hace tiempo se han separado de la casa de David, es decir, de la unidad de Cristo y la Iglesia por herejías o cismas, o malas obras; quienes temen que su impiedad sea atacada y excluida, temen que se edifiquen los muros de la fe. Esta es la burla de todos los que dicen conocer a Dios, pero lo niegan con sus hechos. Pues los samaritanos servían al Señor de tal manera que no renunciaban a sus antiguos dioses. A quienes hoy imitan típicamente aquellos que son cristianos de tal manera que también tienen al vientre como su dios, que siguen la avaricia, que el Apóstol claramente llama idolatría; y entregados a las demás seducciones del mundo, sirven más a la criatura que al Creador, que es bendito por los siglos. Y tales, por tanto, como los herejes, no quieren que se renueven los muros de la Iglesia, para que, al crecer el estado de la piedad, no se vean obligados a abandonar su impiedad. Tales suelen llamar a los judíos débiles, es decir, confesores de la fe, y fácilmente superados por los gentiles, mientras en la lucha diaria de las almas aman más los vicios que obtener la palma de la victoria de la virtud. Y porque hay entre los herejes quienes incluso niegan el perdón a los penitentes después de la caída, correctamente se añade de su persona:

¿Podrán edificarse las piedras? etc. Pues las piedras edificadas, quemadas de los montones de polvo, y son repuestas en la obra de la santa ciudad, cuando aquellos que o bien vencidos por el fuego de las persecuciones negaron la fe, o subyugados por las delectaciones de los vicios, perdieron la pureza de la obra, se arrepienten por la misericordia del Señor; para que reciban tanto la integridad de la fe católica con constante profesión, como los ornamentos de las virtudes con costumbres enmendadas.

Pero también Tobías el amonita, su vecino, dijo: Que edifiquen, etc. Y la persona de este Tobías, así como sus palabras, convienen a los herejes. La persona, ciertamente, porque su patriarca Amón fue concebido de incesto y embriaguez, y de noche y en una cueva. Todo lo cual puede fácilmente aplicarse a los herejes; cuya toda origen es de la concupiscencia carnal e inmundicia, de las tinieblas de los errores o crímenes, de conciliábulos privados, y no del símbolo público de la santa Iglesia. Pero que el mismo Tobías, que se interpreta como bueno del Señor, no por mérito y verdad, sino por altivez y soberbia, dice que el muro de la santa ciudad puede ser saltado por un zorro; es evidente que los herejes son llamados zorros. De donde es aquello del Cantar de los Cantares. Captadnos las zorras pequeñas, que destruyen las viñas (Cant. II); que es decir claramente, Aprehended, y sacad a la luz las pútridas y engañosas astucias de los herejes, con las cuales intentan corromper las mentes fructíferas de los fieles. Si, pues, dice, sube un zorro, saltará su muro de piedra. Si contra la afirmación de su fe se levanta alguno de los herejes, inmediatamente se enorgullece, y someterá bajo sus pies toda la confianza de su doctrina, que se glorían de estar fortificada como con piedra firme, y fundada en Cristo. Pero vendrá a estos blasfemadores lo que el escritor de esta sagrada historia imprecando añade:

Escucha, Dios nuestro, porque hemos sido objeto de desprecio, etc. Lo cual es similar a aquello del salmista sobre los enemigos de los elegidos, como hablando bajo la figura de uno perverso: Se convertirá su dolor en su cabeza, y su iniquidad descenderá sobre su vértice (Salmo VII).

Y oramos a nuestro Dios, etc. Esta es la única defensa contra todos los enemigos de la Iglesia, a saber, la oración a Dios, y la industria de los doctores, que meditando día y noche en su ley, fortalecen los corazones de los fieles contra las insidias del diablo y sus soldados predicando, consolando, exhortando.

Pero dijo Judá: Se ha debilitado la fuerza del portador, etc. Judá se refiere a la tribu de los hijos de Judá. Lo que se queja de que no se puede edificar el muro, porque había demasiada tierra acumulada en el lugar del muro, que primero debía ser exportada, para que así los cimientos del muro pudieran ser puestos en tierra viva; conviene a la parábola de la casa evangélica, cuyo constructor cavó en profundidad; y sacada la acumulación de tierra, puso los cimientos sobre la roca, que no podrían ser derribados por ningún ímpetu de aguas o vientos (Mat. VII; Luc. VI). Pues primero debe ser expulsada de nuestro corazón la tierra de las concupiscencias terrenales, y luego debe ser construido el muro firme e inexpugnable de las buenas obras sobre el fundamento de la fe; porque quien sobre la tierra y escombros de pensamientos débiles intenta erigir el edificio de la santa acción, se engaña, y en lugar de una casa o ciudad, tan pronto como la tormenta de la tentación sobrevenga, descubrirá que ha construido una ruina.

Y dijeron nuestros enemigos: Que no sepan ni vean, etc. Y esto siempre suele suceder en el edificio espiritual. Pues el enemigo permanece incansable con sus satélites, es decir, con los espíritus inmundos y los hombres malignos, que menospreciando las obras de la fe y las virtudes, se esfuerzan por impedir las, y en cuanto pueden siempre intentan atacarlas, y se esfuerzan por matar la mente de los fieles con el filo de la sugestión perversa. Pero nosotros debemos tomar la armadura de Dios según el Apóstol, para que podamos resistir en el día malo, y estar perfectos en todo (Efes. VI). Bien se ha dicho, que estableció tras el muro alrededor al pueblo con armas, para que rodeados por un ejército de armados, los constructores pudieran dedicarse a edificar el muro con mano más libre y segura. Pues los grados de los fieles están divididos, y unos adornando con buenas obras edifican la Iglesia; otros armados con las lecturas sagradas vigilan contra los herejes que la atacan. Estos con devoción religiosa fortalecen a los prójimos en la verdad de la fe, aquellos ejercen el necesario combate contra las flechas del diablo o de los vicios, con las cuales intentan atacar esa misma fe, y repelen a los lobos que acechan al redil del Señor con solicitud pastoral.

Y sucedió que cuando nuestros enemigos oyeron que nos había sido anunciado, Dios dispuso su consejo, etc. Y en el edificio espiritual, si siempre estamos armados con las armas apostólicas, se disipará el consejo del diablo y de sus ángeles, que desean derrotarnos.

CAPÍTULO XX. Los constructores armados todos, y preparados para la lucha, así insisten en la edificación de los muros.

Y sucedió desde aquel día, la mitad de los jóvenes hacía la obra, etc. Es de notar que no solo la mitad de los jóvenes hacía la obra, y la otra mitad estaba preparada para la guerra, sino que los mismos que hacían la obra, los jóvenes, estaban ceñidos con espada. Pues tanta es la astucia del antiguo enemigo, tanto es el furor de su milicia combatiendo contra la Iglesia, que no solo los predicadores de la verdad, sino también el mismo pueblo de Dios debe siempre vigilar contra sus maquinaciones, y debe estar como en una línea de batalla. Pues los que edifican se ciñen con espada los lomos, cuando aquellos que se dedican a las buenas obras, que cuidan a los que les han sido confiados con razón regular (esto es, colocar en el edificio de la santa ciudad las piedras vivas en el orden adecuado) se esfuerzan por restringir en sí mismos los deseos lujuriosos con el filo de la palabra de Dios. No debe pasarse por alto que cuando David o Salomón edificaban esa misma ciudad, no se menciona nada de constructores armados o enemigos que la atacaran; pero la ciudad destruida por sus pecados se reconstruye con mayor trabajo e industria, porque tal es también la edificación espiritual que se lleva a cabo en la salvación de las almas, que en el bautismo, renacidos por la fe y la confesión de la santa Trinidad, sin ningún trabajo nuestro por la gracia de Dios, somos hechos ciudad y casa

suya. Y si después de la ablución de la fuente sagrada, seducidos por el diablo recaemos en los pecados, y el enemigo victorioso derriba con el fuego de los vicios las murallas de las virtudes, es necesario que con mayores esfuerzos de oración, aflicción, vigiliias, limosnas, y estudios de vida más estricta, reparemos los edificios de buenas obras que hemos perdido. Pues a los que han experimentado las seducciones de los vicios, les es más difícil abstenerse que a los que no las conocen; y es menos laborioso evitar el placer de la carne desconocido, que rechazar el conocido.

Cada uno con su siervo permanezca, etc. Nota cuánto empeño tuvieron en trabajar, que incluso de noche perseveraron en el trabajo. Así lo hizo el Apóstol, que trabajaba noche y día con sus manos, para no fatigar a ningún creyente buscando su sustento (I Cor. IV). A menos que se deba creer que se sucedían en turnos para trabajar, de modo que unos trabajaran durante el día en la obra del muro, y otros vigilaran de noche contra las irrupciones de los enemigos. Pues también los constructores de nuestra ciudad hacen ambas cosas a la vez. Y los mismos que edifican la Iglesia instruyendo a los fieles, también repelen a los incrédulos y contradictores argumentando contra ellos para proteger a la Iglesia.

CAPÍTULO XXI. Excitado el pueblo en tumulto por el hambre y la penuria, Nehemías conjura a los nobles y magistrados para que no exijan usura a sus hermanos, sino que más bien den dinero por ellos.

(II. Esdr. V.) Y se levantó un gran clamor del pueblo y de sus mujeres, etc. El pueblo deseaba construir el muro de la ciudad, pero la magnitud del hambre lo impedía de realizar esta obra santa. Este hambre no solo era causada por la escasez de alimentos, sino también por la avaricia de los príncipes, quienes exigían al pueblo tributos mayores de lo que podían pagar, algo que vemos suceder diariamente entre nosotros. Cuántos hay en el pueblo de Dios que desean obedecer los mandamientos divinos, pero no pueden cumplir lo que desean debido a la falta de bienes temporales, la pobreza y los ejemplos de aquellos que parecen estar dotados de un hábito religioso, cuando ellos mismos exigen a quienes parecen gobernar un inmenso peso de bienes seculares y tributos, sin contribuir nada a su salvación eterna, ni enseñando, ni dando ejemplos de vida, ni dedicando obras de piedad. Ojalá que en nuestros días viniera un Nehemías, es decir, un consolador del Señor, que corrigiera nuestros errores, encendiera nuestros corazones en el amor divino, y fortaleciera nuestras manos, apartándonos de nuestras propias voluntades para construir la ciudad de Cristo. Pero veamos según la letra, porque el clamor del pueblo afligido se aumentaba con una triple distinción. Algunos, forzados por el hambre, decidían vender a sus hijos a los ricos por comida; otros, queriendo proteger a sus hijos, preferían dar sus campos y casas por alimento; algunos, en cambio, prohibiendo la venta de hijos y campos, solo persuadían a tomar dinero prestado para los tributos del rey, dando en prenda sus campos y viñas, hasta que con el regreso de la fertilidad y los frutos pudieran devolver a los prestamistas lo que habían tomado prestado.

Y reprendió a los nobles y magistrados, etc. Como un buen líder del ejército celestial y un sabio arquitecto de la ciudad de Dios, lo que los nobles y magistrados del pueblo querían hacer, él mismo lo había hecho primero; es decir, dar limosna a los pobres y no pedirles nada, excepto la custodia de la ley de Dios y la edificación de su ciudad. En esta lectura, no debemos buscar el sentido alegórico, sino que debemos observar diligentemente el texto literal; es decir, además de los frutos cotidianos de las limosnas, debemos preocuparnos, cuando el tiempo de hambre general y escasez aflige al pueblo, de prestar lo que podamos a los necesitados, y también de renunciar a los tributos que solíamos exigir justamente de los

súbditos, hasta que el Padre nos perdone nuestras deudas. A esta lectura se le impone una cláusula muy terrible, cuando se dice:

Además, sacudí mi regazo y dije, etc. Porque quien se niega a dar misericordia a los pobres, o no se avergüenza de exigirles lo que no tienen para devolver, es sacudido de su casa, es decir, del conjunto de la santa Iglesia, en la que creía que permanecería para siempre, expulsado. También es sacudido de sus labores, privado del fruto de las buenas obras, en las que pensaba que había trabajado laudablemente. Porque los trabajos sin piedad no pueden ser fructíferos ante el Señor. Cuánto esta reprensión o imprecación de Nehemías conmovió los corazones de todos, se declara abiertamente cuando inmediatamente se añade:

Y toda la multitud dijo, Amén, etc. Porque al escuchar su testimonio, todos respondieron Amén, y alabando a Dios hicieron lo que se les había ordenado; es evidente que no fueron forzados por el miedo, sino que recibieron sus palabras con afecto íntimo del corazón.

CAPÍTULO XXII. Nehemías expone cuánto ha hecho por el pueblo en términos de piedad.

Desde el día en que se me ordenó ser gobernador, etc. Explicando esto de manera típica, dice el Apóstol: Porque el Señor ha ordenado que los que anuncian el Evangelio vivan del Evangelio; pero yo no he usado ninguno de estos derechos (I Cor. IX). Durante doce años, Nehemías vivió con sus hermanos en el gobierno de tal manera que no comían las raciones que se debían a los gobernadores, para insinuar mística y apostólicamente que, cuando alguien es promovido al gobierno del pueblo de Dios, ejerce noble y rectamente la obra del rector edificando la Iglesia, pero no busca el beneficio del ejercicio esperando comodidades terrenales de aquellos a quienes gobierna predicando y viviendo bien.

CAPÍTULO XXIII. Sanaballat y sus socios intentan apartar a Nehemías de la edificación del muro, incluso contratando insidias domésticas contra él; pero al ser descubiertas por él, el muro de la ciudad se completa hasta la perfección.

(II Esdr. VI.) Y sucedió que cuando Sanaballat y Tobías oyeron, etc. Los enemigos de la santa ciudad persuaden a Nehemías a descender a las llanuras y hacer un pacto de paz con ellos, sacrificando terneros juntos como testimonio del pacto acordado. Pero él, para que no se descuide la obra religiosa, persevera en las montañas. Así también los herejes y falsos católicos quieren tener una alianza de paz con los verdaderos católicos bajo la condición de que no consientan en ascender a la cima de la fe eclesiástica o de la operación, sino que más bien obliguen a aquellos que ven morar en la cumbre de las virtudes a descender a las profundidades de las obras o doctrinas perversas. Y bien quieren hacer un pacto con Nehemías en un solo campo; porque desean que todos aquellos a quienes pueden seducir se liberen en la misma libertad de vida más lujosa que ellos siguen. Bien quieren hacer el mismo pacto con él sacrificando terneros juntos, porque los falsos hermanos desean ofrecer a Dios las ofrendas de su oración o acción junto con los verdaderos católicos, para que, al ser considerados verdaderamente fieles, puedan corromper a los verdaderos católicos a través de la cercanía de la comunión. Pero Nehemías, manteniendo la persona de los doctores fieles, no siente que deba descender a los profanos ni contaminarse con sus ofrendas, sino que persiste devotamente en las obras de virtudes concebidas; y cuanto más los enemigos intentaban asustarlo, más se esforzaba él en hacerse temible para esos mismos enemigos mediante el buen obrar. Por lo que también se dice en lo siguiente.

Pero todos estos nos aterraban, etc. Por lo tanto, en la estructura espiritual, porque el astuto enemigo siempre intenta impedir nuestras manos, siempre debemos esforzarnos por fortalecerlas en la buena acción con la ayuda divina.

Y entré en la casa de Semaías, etc. Golpeado por las insidias de los enemigos, Nehemías entra en la casa de Semaías como amigo y hermano; pero también lo encuentra como insidioso y enemigo, como alguien corrompido por los dones y la amistad de los externos; porque los elegidos siempre tienen luchas externas, temores internos; no solo los apóstoles, sino también los profetas vivían una vida sospechosa debido a los peligros de su propia gente, los peligros de los gentiles, los peligros de los falsos hermanos.

Pero el muro se completó el vigésimo quinto día del mes de Elul, etc. El mes de Elul es el sexto mes del año según los hebreos, que los romanos llaman septiembre. Y correctamente el muro de la santa ciudad se completa en el sexto mes del año, para que también en este último tiempo se designe la acción perfecta de los fieles, ya sean penitentes o inocentes. Porque el número seis suele designar la perfección de la buena obra; ya sea porque el Señor completó la creación del mundo en el sexto día y descansó en el séptimo; o porque quiso que trabajáramos en buenas obras durante las seis edades de este mundo, y en la séptima, que es en la otra vida, esperaríamos el sabbatismo de las almas. Correctamente se completa el vigésimo quinto día de ese mes, porque hay cinco sentidos del cuerpo por cuyo ministerio se deben realizar buenas obras externamente. Así como el número cinco simple suele figurar estos sentidos, así también el mismo multiplicado por sí mismo y llevado a 25, demuestra esos mismos sentidos con mayor perfección. Por lo tanto, completamos el muro de Jerusalén el vigésimo quinto día del sexto mes, cuando, dedicando diligentemente todos los sentidos de nuestro cuerpo al servicio divino, llevamos los estudios de virtudes comenzados a un fin firme, y lo que hemos comenzado a hacer fielmente para la defensa de la paz católica, lo completamos eficazmente con la ayuda del Señor. Este muro también se dice correctamente que se completó en cincuenta y dos días; porque el salmo cincuenta es de penitencia y remisión, en el que el Profeta también ora especialmente por la edificación de esta ciudad, diciendo: Haz bien, Señor, en tu buena voluntad a Sion, para que se edifiquen los muros de Jerusalén (Salmo L). En el quincuagésimo día de la resurrección del Señor, el Espíritu Santo vino a la Iglesia primitiva, por quien se nos infunde la devoción de la penitencia, y se concede el don del perdón a los penitentes. Hay dos mandamientos de caridad, a saber, el amor de Dios y del prójimo, por los cuales, habiéndonos sido otorgada la indulgencia de los pecados por el Espíritu Santo, se nos ordena trabajar por la percepción de la vida eterna. Por lo tanto, los ciudadanos que reconstruyen el muro de la santa ciudad, que había sido destruida por los enemigos, lo restauran en cincuenta y dos días, porque esta es la perfección de los justos en esta vida, para que castiguen lo que han pecado mediante la penitencia, por la gracia de la inspiración divina, y de ahí en adelante se adornen con buenas obras en el amor de Dios y del prójimo.

CAPÍTULO XXIV. La ciudad de Jerusalén es completada y las naciones se aterrorizan; y Nehemías enumera a los cantores y asigna guardianes a las puertas.

Y sucedió que... para que todas las naciones temieran, etc. Aquellos que antes buscaban aterrorizar a los constructores de la santa ciudad para retrasarlos en su trabajo, ahora, con la construcción de la misma ciudad completada, temen ellos mismos y se desaniman, al reconocer que esa edificación había sido comenzada y completada con la ayuda de Dios. Así también en la santa Iglesia, cuando la estructura de la caridad, la continencia, la paz y las demás virtudes se levanta firmemente, los espíritus impuros temen, y la tentación de ellos es rechazada por nuestras fuerzas, y más bien contribuye a nuestra victoria. Esto también puede

aplicarse a los herejes y falsos católicos; quienes, por la fe constante de los buenos que obra por el amor, o son corregidos y enmendados, o son manifestados y evitados, y son expulsados de los límites de la Iglesia.

(II Esdr. VII.) Después de que el muro fue construido, etc. Y en sentido espiritual, dondequiera que el muro de la Iglesia sea construido con nuevos pueblos reunidos en la fe, o con aquellos que habían errado corregidos, deben colocarse inmediatamente las puertas de la disciplina regular, para que el antiguo enemigo, que como león rugiente ronda (I Pedro V), no pueda irrumpir en el redil de los fieles. Deben ser enumerados los porteros, los cantores y los levitas, quienes custodien esas mismas puertas; cuya persona es evidente que corresponde a todos los santos doctores. Los porteros son aquellos que han recibido las llaves del reino de los cielos, para que reciban a los dignos y humildes, y rechacen a los soberbios e impuros del ingreso a la ciudad celestial, diciendo: No tienes parte ni suerte en este asunto; porque tu corazón no es recto ante Dios (Hechos VIII). Los cantores son aquellos que predicán a sus oyentes con piadosa voz la dulzura de esa misma patria celestial. Los levitas son aquellos que siempre vigilan en el servicio del culto divino. Nehemías ordenó que no se abrieran las puertas de Jerusalén hasta el calor del sol, es decir, durante todo el tiempo de la noche, para que no irrumpiera el enemigo cubierto por las tinieblas, o ciertamente algún ciudadano incauto saliendo, fuera capturado y pereciera. Esto también deben hacer diligentemente los guardianes de las almas durante toda la noche de este siglo, para que, descuidada la observancia de la piadosa conversación, el diablo no entre para perturbar la cohorte de los fieles, o para llevarse a alguno de su número para perderlo. Pero cuando aparezca el Sol de justicia, y resplandezca la luz de la futura bienaventuranza, ya no habrá necesidad de los cerrojos de la continencia; porque tampoco se dará más facultad a los adversarios para atacar o tentar a los fieles, como aquellos que están condenados a la eterna venganza con su príncipe. Por lo que en su Apocalipsis, Juan dice de la futura gloria de esa misma santa ciudad: Y sus puertas no se cerrarán de día, porque allí no habrá noche (Apoc. XXI).

Y puse guardianes de entre los habitantes de Jerusalén, etc. Los guardianes de las almas no deben ser de los neófitos, ni de la multitud vulgar, sino de aquellos que, liberados por la gracia de Dios del combate de los vicios, ya han acostumbrado a tener su mente en Jerusalén, es decir, en la visión de la paz tranquila, quienes pueden decir con el Apóstol: Pero nuestra ciudadanía está en los cielos (Filipenses III). De quienes se dice bien que los haya constituido cada uno por turnos; para que, cuando estos, habiendo completado su carrera, sean retirados de esta luz, otros sean inmediatamente promovidos en su lugar al gobierno de los fieles. Y nunca faltan aquellos que se esfuerzan por velar por la paz de la santa Iglesia debido a los temores nocturnos, corriendo siempre hasta el fin del siglo la verdad del discurso profético, en el que se dice a esa misma Iglesia: En lugar de tus padres, nacieron tus hijos (Salmo XLIV). También se añade bien, Y cada uno frente a su casa. Así se completa correctamente la custodia de la santa Iglesia, si cada uno lleva la solicitud de todos los fieles, de modo que especialmente a aquellos a quienes ha sido prelado, por la ayuda de Dios, les dedique el cuidado de un estudio más diligente.

CAPÍTULO XXV. Nehemías, para encontrar habitantes dignos de la ciudad, revisa el libro del censo de aquellos que primero ascendieron de Babilonia a Judea.

Pero la ciudad era muy ancha y grande, etc. Estas cosas se aplican típicamente a ese tiempo. Cuando, diseminada la palabra de Dios por los apóstoles, el mundo entero recibió el nuevo germen de la fe, y aún no se habían edificado las iglesias, sino que solo por el oído y los sacramentos de la palabra, los pueblos aún rudos habían sido instruidos.

Pero Dios puso en mi corazón, etc. Por eso, habiendo reunido no solo a los nobles y magistrados, sino a todo el pueblo, se preocupó diligentemente de revisar su número, para poder discernir la suma total de todos, quiénes deberían habitar en la misma ciudad de Jerusalén, y quiénes en otras ciudades.

CAPÍTULO XXVI. En el séptimo mes, el pueblo se congrega en Jerusalén, y al leer Esdras la ley de Moisés, escuchan con atención.

(II Esdr. VIII.) Y llegó el séptimo mes, etc. Mientras Nehemías buscaba proveer y disponer quiénes deberían habitar en la ciudad que habían construido, llegó el séptimo mes; pues estaban lejos. Porque cuando el muro fue completado el vigésimo quinto día del sexto mes, no quedaban más de cinco días para el comienzo del séptimo mes. Este séptimo mes estaba consagrado desde su primer día hasta el vigésimo segundo con ceremonias legítimas; y habiéndolas celebrado debidamente, luego regresó con los príncipes y el pueblo para disponer a los habitantes de la ciudad construida. Aquí se debe notar la devoción y concordia del pueblo, que como un solo hombre, es decir, con una misma fe y amor, se reunió en el templo del Señor; y pidieron a su pontífice que, trayendo el libro, les repitiera los mandamientos de la ley, para que, con la ciudad edificada, también se levantara la estructura de la obra agradable a Dios, no sea que, como antes, por la negligencia de la religión, siguiera también la ruina de la ciudad. Y bien, en el sexto mes la ciudad fue construida, y en el séptimo el pueblo se congregó en ella para escuchar la ley; porque el sexto día es para trabajar, el séptimo es para descansar. Y este es nuestro descanso más querido y aceptado por el Señor después de nuestra buena obra, para que, absteniéndonos de la obra servil, es decir, del pecado, nos dediquemos más diligentemente a escuchar y cumplir sus mandamientos. Por eso, al principio de ese séptimo mes estaba establecida la solemnidad de las trompetas, cuyo canto excitaba al pueblo entre oraciones y sacrificios a la memoria de la ley divina. Y ahora también, en sentido espiritual, es necesario que, edificada la santa ciudad, siga la lectura divina, y suenen más frecuentemente las trompetas; porque es necesario que el pueblo iniciado en los sacramentos celestiales también sea instruido más diligentemente con las sagradas escrituras sobre cómo debe vivir. Que el pueblo se congregara en la plaza que está delante de la puerta de las aguas; creo que la puerta de las aguas se dice en el atrio de los sacerdotes, que rodeaba el templo por todos lados en forma cuadrada, especialmente en el lado oriental del templo, donde estaba el mar de bronce para lavar las manos y los pies de los que entraban al templo, donde también había diez lavabos de bronce para lavar las ofrendas; donde también estaba el altar de los holocaustos, entre el cual y el templo fue apedreado Zacarías hijo de Baraquías (Mateo XXIII). Pero el pueblo no tenía licencia para entrar dentro de esta puerta del atrio, sino solo los sacerdotes ministros del Señor. El pueblo solía estar fuera de esta puerta, y especialmente en la plaza que estaba en el lado oriental de ella, para escuchar la palabra o para orar. Por lo tanto, el pueblo se reunió delante de la puerta de las aguas, que iba a ser espiritualmente saciado por su pontífice con los manantiales de las Escrituras.

Y Esdras el escriba se puso de pie sobre un estrado de madera, etc. Parece que la Escritura de los Paralipómenos recuerda este lugar, donde se dice: Porque Salomón se puso de pie delante del altar del Señor, frente a toda la multitud de Israel, y extendió sus manos. Porque Salomón había hecho una base de bronce, y la había puesto en medio de la basílica, teniendo cinco codos de longitud, y cinco codos de anchura, y tres codos de altura, y se puso de pie sobre ella (II Par. VI). En medio de la basílica, en medio dice del atrio de los sacerdotes, que la basílica mayor de los atrios exteriores rodeaba por todos lados el templo. De los cuales se escribió anteriormente en el mismo libro: También hizo el atrio de los sacerdotes, y una gran basílica (II Par. IV). Pero Salomón, como rey, hizo una base de bronce; por su parte, Esdras,

de menor poder, estableció un estrado de madera para hablar, como también Salomón o Moisés hicieron el altar de los holocaustos de bronce, por el cual los hijos de la transmigración repusieron una piedra. Pero no se debe pensar que el sacramento de la perfección es menor en el estrado de madera que en la base de bronce. Porque lo que se ha dicho a menudo, así como el bronce por su durabilidad o suavidad de sonido se adapta a los sacramentos divinos, que no fallan por ninguna longitud de los siglos, y su sonido ha salido a toda la tierra; así también la madera se adapta muy bien a ellos, debido al trofeo de la pasión del Señor. Por lo tanto, el pontífice se eleva sobre todo el pueblo, cuando el que recibe el grado de doctor, por el mérito de una vida más perfecta, trasciende la acción del vulgo. Se pone de pie en el estrado de madera que había hecho para hablar, cuando por una singular imitación de la pasión del Señor se hace más alto que los demás. Por lo tanto, merecía tener la confianza de predicar libremente la palabra de Dios. Porque quien desprecia imitar la pasión del Señor en su medida, aún no ha ascendido al estrado de madera desde donde debe sobresalir a los débiles. Por lo tanto, es necesario que tal escriba predique los preceptos de Dios con temor, temiendo o avergonzándose de proponer a otros lo que él mismo no ha hecho. Por lo que se añade apropiadamente en lo siguiente:

El pueblo permanecía en su lugar. Pues cuando los prelados, en la medida en que sobresalen en honor, también se esfuerzan por superar a sus súbditos en buenas obras, entonces esos mismos súbditos, incitados por sus buenos ejemplos, ya ejecutan devotamente el grado de su vida; y, advertidos por sus piadosas exhortaciones, se deleitan en derramar lágrimas frecuentes por los errores cometidos o incluso por los deseos de la patria celestial. Por eso, aquí también se añade adecuadamente: Y todo el pueblo lloraba al oír las palabras de la ley. Pero como esos mismos santos doctores, que excitan a las lágrimas las mentes de sus oyentes con lecturas sagradas y devotas exhortaciones, también consuelan esas mismas lágrimas al prometerles que seguirán gozos eternos, se añade correctamente:

Y les dijo: Id, comed manjares grasos, etc. Pues el día del Señor es santo para nosotros cuando nos dedicamos a escuchar y cumplir sus palabras. En este día, aunque suframos externamente las adversidades de las tribulaciones, debemos alegrarnos con esperanza, según aquello del Apóstol: Como tristes, pero siempre gozosos (II Cor. VI). En este día también se nos manda comer manjares grasos y beber mosto; es decir, alegrarnos con la abundancia de la buena acción que nos ha sido otorgada divinamente y con la dulzura misma de escuchar la palabra de Dios. El mosto es vino endulzado con miel, por lo que en griego se llama Oinomeli. Pero también se nos ordena enviar partes de estos mismos saludables banquetes de nuestra mente a quien no se los ha preparado, para que nos preocupemos por fortalecer las conciencias más débiles de nuestros prójimos, ya sea con el ejemplo de una acción piadosa o con la suavidad de una devota admonición, de modo que las almas de ellos también, según el Salmista, se llenen de la abundancia de la largueza suprema, como de grasa y grosura, y con labios exultantes alaben el nombre del Señor (Salmo LXII). Este lugar también nos conviene imitarlo literalmente; para que, cuando en los días festivos, después de la oración, la lectura y el estudio de los salmos completados, dispongamos dedicarnos al cuidado de la carne, recordemos también dar parte a los pobres y peregrinos.

CAPÍTULO XXVII. Celebran la solemnidad de los tabernáculos, leyendo Esdras la ley de Dios cada día.

Y encontraron escrito en la ley que el Señor había mandado, etc. Esto está escrito más plenamente en el Levítico, y que se ordenó hacerlo en memoria de aquel larguísimo viaje, en el que el Señor, sacando a su pueblo de Egipto, los hizo habitar en tabernáculos durante

cuarenta años en el desierto, proclamándoles diariamente los preceptos de su ley a través de Moisés (Levítico XXIII). Se ordenó la fijación de los tabernáculos, que en griego se llama Scenopegia, todos los años durante siete días, es decir, desde el decimoquinto día de ese séptimo mes hasta el vigésimo segundo. El sacramento de esta observancia merece ser investigado espiritualmente por nosotros, especialmente cuando el Señor se dignó asistir a esa festividad en el Evangelio (Juan VII), y al dirigirse al pueblo que acudía, la dedicó con sus palabras sacrosantas. Y nuestros padres también fueron liberados de la servidumbre egipcia por la sangre del Cordero, y conducidos por el desierto durante cuarenta años, para que llegaran a la tierra de la promesa, cuando por la pasión del Señor el mundo fue liberado del servicio del diablo, y por los apóstoles se congregó la Iglesia primitiva, que fue conducida como por un desierto durante cuarenta años, hasta que llegó a la patria prometida en los cielos. Que, a imitación del ayuno de cuarenta días que Moisés, Elías y el mismo Señor cumplieron, solía llevar una vida en gran continencia, siempre anhelando la patria eterna; y completamente apartada de todas las seducciones de este mundo, llevaba una conversación secreta en la meditación diaria de la ley divina. En memoria de esto, también nosotros debemos permanecer en tabernáculos en ese tiempo, saliendo de nuestras moradas, es decir, dejando las delectaciones mundanas, confesando que somos peregrinos en esta vida y que tenemos nuestra patria en los cielos; y desear llegar a ella cuanto antes. Y esto en el día solemne del séptimo mes, es decir, en la luz del gozo celestial, llenando nuestro corazón la gracia del Espíritu Santo, que el profeta recomendó como septiforme. En estos tabernáculos se nos ordena permanecer siete días; porque en todo el tiempo de esta vida, que giramos en tantos días, debemos retener en nuestra mente que somos extranjeros ante Dios en la tierra, y peregrinos como todos nuestros padres.

Salid, dice, al monte, etc. Y nosotros salgamos de una cierta mansión de pensamientos generales, a la altura de las Sagradas Escrituras para meditar frecuentemente; y traigamos de allí como ramas de olivo frutos de misericordia, con los cuales, al recrear a los pobres, nos cubramos del calor de los vicios tentadores; y ramas del árbol más hermoso, que los judíos llaman cedro, frutos sin duda de la caridad, que es entre todas las virtudes la más hermosa y excelente, por la cual nuestro Señor ascendió al madero de la cruz para nuestra salvación. Al imitar nosotros también, en cuanto es posible, su pasión, ciertamente nos protegemos con las ramas del árbol más hermoso. Traigamos también ramas de mirto, en la mortificación de las lujurias y de todos los vicios. Pues los magos, al ofrecer mirra al Señor, enseñaron típicamente en su ofrenda que los que son de Jesucristo deben crucificar su carne con sus vicios y concupiscencias. Asimismo, cualquiera que pueda decir: Porque somos el buen olor de Cristo para Dios, en todo lugar (II Cor. II), trae ramas de mirto para hacerse un refugio. Traigamos también ramas de palmas, que son el adorno de la mano victoriosa, para que siempre llevemos una mente victoriosa sobre la gula, la ira, la avaricia y los demás vicios, y siempre nos preocupemos por ser más fuertes que todos los enemigos; para que merezcamos ser en el futuro consortes de aquellos de quienes Juan dice en su Apocalipsis: Estaban ante el trono en presencia del Cordero, vestidos con túnicas blancas, y palmas en sus manos (Apoc. VII). También ramas de árboles frondosos, es decir, ornamentos de las demás virtudes; de todas las cuales hacemos tabernáculos místicos para nosotros, cuando, deleitados con buenas obras, abstraemos toda nuestra mente de las seducciones mundanas.

Y salió el pueblo, y trajeron, etc. En el terrado dice, en el techo de las casas. Pues en Palestina no tienen techos en las casas, sino que las cimas de todas las casas son planas, con vigas y tablas superpuestas. Por eso en la ley se ordena que quien construya una casa nueva haga un pretil alrededor del techo, para que nadie caiga de él y sufra peligro de muerte (Deut. XXII). Así, cada uno de nosotros, al salir, hace tabernáculos en el terrado, es decir, en el techo de su

casa, cuando, trascendiendo con su mente la morada de su carne, pisa con la meditación diligente de la luz y libertad celestial sus afectos nocivos. Lo mismo hacemos en nuestros atrios, cuando, con la mente ardiente hacia las cosas celestiales, nos situamos como fuera del mundo, cuya morada deseamos dejar cuanto antes. Lo hacemos también en los atrios de la casa de Dios, cuando, aunque aún no se nos permite entrar en el salón de la morada celestial, colocamos sin embargo toda la memoria y sede de nuestra mente en su vecindad. Lo hacemos también en la plaza de la puerta de las aguas, cuando, con el corazón dilatado en el camino de los mandamientos de Dios, como el siervo desea las fuentes de las aguas, así nuestra alma desea al Dios vivo (Salmo XLI). Lo hacemos también en la plaza de la puerta de Efraín, es decir, del fructífero o creciente, cuando en esa misma amplitud de corazón libre progresamos de tal manera que, abierta para nosotros por el Señor la puerta de la justicia, siempre crecemos en él para salvación, y merecemos abundar cada día en mayores frutos de buena acción.

Y leyó en el libro de la ley de Dios, etc. En cuanto al sentido literal, la misma Scenopegia solía celebrarse durante siete días, es decir, desde el decimoquinto día del séptimo mes lunar hasta el vigésimo primero. Luego, el octavo día, es decir, el vigésimo segundo del mes, se celebraba nuevamente una asamblea del pueblo con una festividad más notable. Pues está escrito en el Levítico: Desde el decimoquinto día del séptimo mes, cuando hayáis recogido todos los frutos de vuestra tierra, celebraréis las fiestas del Señor durante siete días. El primer día y el octavo será sábado, es decir, descanso. Y tomaréis para vosotros el primer día frutos del árbol más hermoso, etc. (Levítico XXIII). Por tanto, Esdras leyó durante los siete días de la Scenopegia al pueblo en el libro de la ley de Dios; porque esta es verdaderamente nuestra solemnidad mental en esta vida, que cada día, es decir, en todas las buenas obras con las que somos iluminados por el Señor, nos dediquemos con corazón atento a leer, escuchar y hacer sus palabras. Esta solemnidad comienza el decimoquinto día del mes, cuando la luna está en su plenitud nocturna, cuando todas las tinieblas de nuestra mente se disuelven con la clarísima luz de Cristo. Y sigue el mismo día octavo del sábado, es decir, del descanso, en el tiempo de la resurrección en la vida futura; cuyos gozos nos elevamos por ahora en esperanza, y entonces disfrutaremos en realidad, cuando aquella tan deseada asamblea, todo el conjunto de los santos, tanto de ángeles como de hombres, congregado en presencia de su Creador y nunca más separado, exulte.

CAPÍTULO XXVIII. Concluida la solemnidad de los tabernáculos, se reúnen nuevamente para confesar, leer y orar al Señor.

(II Esdr. IX.) Se reunieron los hijos de Israel en ayuno y con sacos, etc. Se debe notar la devoción del pueblo corregido después de la cautividad, que, completada debidamente la solemnidad que por la ley del Señor se mandó, con solo un día de intervalo, inmediatamente se reunieron por su propia voluntad en ayuno y penitencia, y lo que habían oído que debía hacerse en los días de las lecturas sagradas y de alegría, lo hicieron diligentemente en el momento, separándose a sí mismos tanto en mente como en cuerpo de la compañía de aquellos que se comprueba que son ajenos al Señor y a su culto, para no caer nuevamente por la sociedad y ejemplos de los reprobos en los males de la cautividad y la aflicción; de los cuales apenas después de largos tiempos o siglos veían que se habían librado. ¿Y qué debemos tratar mística sobre esto, sino que, siguiendo tales ejemplos, lo que en la sinaxis pública o en el auditorio hemos conocido que debe hacerse, lo tratemos nuevamente entre nosotros con mutua conversación, y con solícita investigación busquemos cómo podemos cumplir cada una de estas cosas con la castidad de nuestro corazón o cuerpo? De cuya gran diligencia en la vida más correcta se prueba, cuando se añade:

Y se levantaron para estar de pie, y leyeron, etc. Pues ¿quién no admirará que el pueblo tuviera tan excelente cuidado de la piedad, que cuatro veces al día, es decir, al amanecer, a la tercera hora, a la sexta y a la novena, a las que se debía dedicar a la oración o salmodia, se entregaran a la escucha de la ley divina, para que, renovada su mente en Dios, regresara más pura y devota a implorar su misericordia; pero también en la noche cuatro veces, sacudiendo la pereza del sueño, se levantarán para confesar sus pecados y pedir perdón? Por cuyo ejemplo creo que en la Iglesia se ha introducido la costumbre de que en cada hora de la salmodia diurna se diga una lectura de la Antigua o Nueva Testamento para que todos la escuchen de corazón; y así, confirmados con las palabras apostólicas o proféticas, doblen las rodillas para la oración inmediata. Pero también en las horas nocturnas, cuando se cesa de los trabajos de las obras, se prestan oídos libres a la escucha de las lecturas divinas.

CAPÍTULO XXIX. Oración o confesión de Esdras, en la que suplica al Señor que recuerde el pacto que tuvo con sus padres.

Y dijo Esdras: Tú, Señor, eres el único, etc. Lo que se dijo antes, Que confesaban sus pecados y los pecados de sus padres; se muestra más plenamente cómo se hizo con la súplica de Esdras. Lo que dice al final, Sobre todas estas cosas, nosotros mismos hacemos un pacto y escribimos; y lo firman nuestros príncipes, nuestros levitas y nuestros sacerdotes, y demás; se muestra más claramente cuánta gracia de devoción todas sus personas hicieron un nuevo convenio después de las fiestas de la Scenopegia, para que, purificados de toda intención de los crímenes, se unieran al pacto divino, y confirmaran la misma condición del pacto santo tanto con palabras como con escritura, como si, separados de la compañía de los impíos, cumplieran más seguros la obra que ya habían comenzado; es decir, establecieran ciudadanos adecuados de la ciudad construida del número de los piadosos.

CAPÍTULO XXX. Los príncipes junto con el pueblo hacen un pacto y escriben para guardar todos los mandamientos del Señor y ayudar en las ceremonias de su casa.

(II Esdr. X.) Los firmantes fueron Nehemías el Athersata, etc. Otra traducción tiene, Nehemías, que es Athersata; pues el mismo Nehemías tenía dos nombres. Por lo que también se añade singularmente, hijo de Hacala; lo que se insinúa más claramente arriba, cuando se dice: Dijo Nehemías, él es Athersata, y Esdras el escriba, y los levitas interpretando a todo el pueblo, El día es santo para el Señor nuestro Dios (Neh. VIII).

Los pueblos de la tierra, que traen mercancías, etc. Y nosotros debemos siempre celebrar un sábado espiritual, siempre absteniéndonos de la obra servil, es decir, del pecado, siempre dedicándonos y viendo que el Señor mismo es Dios; para que después de tal sábado, liberados de los pecados de la conciencia, podamos llegar al sábado de la gloria futura en los cielos. Pero los pueblos de la tierra buscan profanar nuestro sábado, trayéndonos mercancías en el día santificado; porque los espíritus inmundos se esfuerzan por manchar la pureza de nuestro corazón, y al aceptar el precio de nuestro consentimiento, nos introducen las seducciones de los vicios, para que ensucien el día de la máxima santificación; es decir, oscurezcan con errores la luz de nuestra piadosa cogitación o acción. Pero debemos evitar completamente este tipo de comercio, cerrados dentro de los muros de nuestra ciudad, es decir, con la custodia de una vida más perfecta.

Y estableceremos sobre nosotros preceptos, etc. Todas estas cosas que se contienen en este capítulo, pertenecen al cuidado de la casa del Señor y de sus ministros y ministerios. Y es un excelente orden de vida religiosa, que también debemos imitar espiritualmente ahora, que primero los hijos de la transmigración se hayan corregido de las iniquidades de las naciones;

luego, santificados por la observancia del sábado, que sobresalía entre los primeros mandamientos de la ley; y así, de ahora en adelante, hayan convertido todo el cuidado de actuar al servicio del culto divino. Pues primero es necesario que nos purifiquemos de los males, y así adornarnos con buenas acciones. Sin embargo, es bastante extenso discutir alegóricamente cómo deben hacerse espiritualmente todas estas cosas en cuanto al culto del Señor, y esto debe hacerse más en el mismo volumen de la ley.

XXXI. Los príncipes de los hijos de Judá, Benjamín y Leví, habitan en Jerusalén, junto con la décima parte del resto del pueblo.

(II Esdr. XI.) Pero los príncipes del pueblo habitaron en Jerusalén, etc. Ahora se completa la disposición que se había comenzado tan pronto como se hizo la ciudad; pero hasta este tiempo no podía terminarse, antes de que se revisara el número del pueblo, y se completaran las solemnidades del séptimo mes, para que se determinara quiénes debían habitar en la santa ciudad y quiénes en otras ciudades. Congruente con las figuras de los sacramentos es que se dice que los príncipes del pueblo habitaron en Jerusalén. Pues conviene que los prelados de la santa Iglesia, en la medida en que trascienden al pueblo en el ápice del poder, tanto lo trasciendan en los méritos de la vida. Las demás ciudades de Israel designan la devota conversación del pueblo de Dios. Pero la habitación de Jerusalén figura especialmente los actos de aquellos que, habiendo ya superado la lucha de los vicios, se acercan con mente libre a la visión de la paz suprema, según aquello del Salmista: El Señor ama las puertas de Sion más que todas las moradas de Jacob (Salmo XXXVI). Por lo que también consecuentemente la décima parte del pueblo recibió por sorteo la habitación en Jerusalén, mientras que las otras nueve partes residían en sus ciudades; porque ciertamente es de los perfectos, de aquellos que guardan íntegramente los preceptos del Decálogo en el amor de Dios y del prójimo, acercarse con la mente a los arcanos celestiales, y (por así decirlo) imitar la paz de la suma bienaventuranza entre los torbellinos de la vida pasajera. Aunque también a aquellos que guardan los mandamientos generales de Dios se les abre la puerta para entrar en la vida eterna, según lo que el Señor declara al rico que le pregunta en el Evangelio. Tales, en efecto, como si habitaran en las ciudades que les ha entregado el Señor, vigilan solícitamente en la custodia de la ley divina para protegerse de las insidias del enemigo antiguo. Pero aquellos que, queriendo ser perfectos, venden todo lo que tienen y lo distribuyen en limosnas a los pobres, y así siguen al Señor, estos habitan como en la fortaleza de Jerusalén y cerca del templo de Dios y del arca del testimonio, porque se acercan más sublimemente a la gracia de su Creador. Bien se dice que no les tocó la habitación de la santa ciudad por la providencia de la elección humana, sino por el resultado del sorteo, como también la posesión de las demás ciudades fue dada por sorteo a los hijos de Israel en tiempos de Josué; porque ciertamente los pequeños reciben los pequeños y los grandes bienes los grandes, no por su libertad o industria de arbitrio, sino por el don del juez y dador oculto.

Pero el pueblo bendijo a los hombres, etc. Y nosotros debemos hacer nuestra la vida sublime de los elegidos, que no podemos seguir imitando, alegrándonos y venerándola. Sin embargo, se debe notar, según la fe de la sagrada Historia, que no eran otros los que se dice que habitaron en Jerusalén, que de la tribu de Judá y Benjamín, y los levitas. Pues sigue claramente:

Pero cada uno habitó en su posesión, etc. Con estas palabras se enseña claramente que todo Israel, es decir, las diez tribus, habitaban en sus ciudades, en las que también los sacerdotes y levitas tenían la porción que les correspondía según la ley. Pero de la tribu de Judá y Benjamín, quienesquiera que el sorteo eligiera, habitaban en Jerusalén; junto con la tribu sacerdotal y levítica. Pues la tribu de Benjamín habitaba allí antiguamente; porque esa ciudad

le tocó por sorteo. Pero la tribu de Judá entró allí desde los tiempos de David, cuando la hizo metrópoli de todo el reino israelita. A los cuales se añadió también la tribu de Leví, desde que allí se llevó el arca del testimonio, y se construyó el altar y el templo de Dios. Pues mira las siguientes partes de este libro y encontrarás que solo de estas tres tribus se cuentan los habitantes de Jerusalén, cuya suma también se anexa sutilmente; pero después de completar este catálogo, la Escritura se preocupó por añadir en qué ciudades habitaba el resto de las mismas tribus. Pues sigue:

De los hijos de Judá habitaron en Cariatarbe, etc. Pues Bersabé era el límite al sur de Judá, y el valle de los hijos de Enom al norte junto a Jerusalén al este. Luego se enumeran las ciudades de los hijos de Benjamín en el mismo orden. Y a estas enumeradas se añade:

Y de las porciones de los levitas de Judá y Benjamín, significa que en la posesión de los hijos de Judá y Benjamín, los levitas recibieron su parte según el decreto de la ley. Estas pocas palabras sobre la historia han sido dichas. De todo esto, si también deleita escuchar un sentido alegórico y adecuado a nuestras acciones, Judá se interpreta como confesión, Benjamín como hijo de la diestra, y Leví como asumido. De todas estas tribus, parte habitan en Jerusalén, parte en las ciudades sujetas dadas por Dios, porque hay muchos y diversos progresos de los fieles, para los cuales hay muchas moradas en la casa del Padre en los cielos, como enseñamos antes. Algunos están contentos con guardar los preceptos generales de Dios: no matar, no cometer adulterio, no robar, no hablar falso testimonio contra el prójimo; honrar al padre y a la madre, y amar al prójimo como a sí mismos. Otros intentan tomar el camino más estrecho de la vida perfecta, quienes, sin embargo, todos alaban y confiesan la gracia de su Creador según su vocación, y son hijos del reino eterno, que está a su diestra; y son asumidos por Él en la vida, cuando venga el momento de esa separación, en el cual dos estarán en el campo, uno será tomado, dos moliendo en el molino, una será tomada y otra dejada (Mat. XXIV).

(II Esdr. XII.) Estos son los sacerdotes y levitas, etc. Aquí se describen los príncipes de los sacerdotes junto con sus hermanos, es decir, los sacerdotes menores, y los levitas, aquellos que ascendieron con Zorobabel y Josué hijo de Josadac de la cautividad de Babilonia. Una vez explicados estos, se añaden también aquellos que desde ese tiempo hasta el inicio del reino de los macedonios se sucedieron en el principado del sacerdocio. Sigue entonces:

CAPÍTULO XXXII. Se expone la progenie de Josué, el gran sacerdote, y quienes fueron príncipes de los sacerdotes y levitas en esos tiempos.

Josué engendró a Joacim, etc. Finalmente, Jedúa, quien es el último en ser mencionado, José (Antiq. II, 8) escribe que fue el príncipe de los sacerdotes en tiempos de Alejandro Magno, y que lo encontró con sus hermanos, siendo recibido humildemente y con honor por él. A quien él llama Jaddo, y dice que es el padre de Onías, el gran sacerdote, de quien se escribe en el libro de los Macabeos; no porque el autor de este libro, Nehemías, pudiera haber vivido en la carne hasta esos tiempos, sino porque conoció su infancia, quien, sin embargo, después de mucho tiempo de su muerte, pudo haber llegado al grado del sacerdocio. Pues al final de este librito se menciona a los hijos de Joiada, hijo de Eliasib, que uno de ellos fue yerno de Sanabalat el horonita, cuyo nombre de yerno se omite. Pero como Joiada es el mismo abuelo de Jedúa, es evidente que el yerno, del que se habla, fue o el verdadero padre de Jedúa, o su tío, y por lo tanto pudo haber nacido mientras Nehemías aún vivía.

En los días de Joacim había sacerdotes, etc. Descrita la sucesión de los príncipes de los sacerdotes, se añade también el catálogo de los sacerdotes menores y levitas que fueron en sus tiempos; para que podamos saber que, al haberse reunido un gran número de ciudadanos en Jerusalén, también el grupo de sacerdotes y levitas fue excelente y noble, suficiente para los ministerios del templo y del altar, para confesar y alabar a Dios, para la custodia del mismo templo y ciudad, para instruir al pueblo. No sin la inteligencia de un misterio más sagrado se hizo que, reconstruida la ciudad de Jerusalén, mereciera tal cantidad de ciudadanos en todo grado y orden, como nunca se lee que haya perdido con el enemigo insistente y destructor. Así, a menudo la santa Iglesia ha recibido mayores incrementos de sus pérdidas, cuando uno por negligencia cae en pecado, muchos, aterrados por su ejemplo, se vuelven más cautelosos para perseverar en la castidad de la fe. A menudo, los mismos que pecaron, después de hacer penitencia, comienzan a dar mayores frutos de buenas obras que antes de caer en el pecado. A menudo, la Iglesia devastada por los herejes, después de recibir la luz de la verdad por la insistencia de los doctores católicos, ha procreado más hijos de la misma verdad para conocerla y defenderla. Pues nunca los bienaventurados Padres Atanasio, Ambrosio, Hilario, Agustín, y otros tales, habrían compuesto tantos y tan magníficos tratados sobre la Sagrada Escritura, si no hubiera surgido un error tan variado de los herejes contra la fe recta. Pero mientras los herejes intentaban sostener su mentira con testimonios de las Escrituras, se vieron obligados a refutarlos con la autoridad de las mismas Escrituras, y a disertar sobre cómo deben entenderse correctamente sus dichos. Hoy, al leer sus escritos, los recibimos como ministros más vigilantes en las puertas y vestíbulos de la santa ciudad y templo; porque a través de sus palabras somos instruidos para la custodia de la fe y la buena acción para servir más atentamente a los ojos de la divina majestad. Esto también puede ser entendido místicamente sobre la persecución de los gentiles, con la que la santa Iglesia fue frecuentemente sacudida, que parecía ser destruida por completo por la ocasión de los mártires, pero al ser coronados en secreto, se construía mejor. Cuyos milagros, incluso después de su muerte, atraeron a más personas a la confesión de la fe, hasta que el mismo ápice del imperio mundano consintió en someter su cuello al yugo suavísimo de Cristo, para que el estado de la santa ciudad, es decir, de la Iglesia de Cristo, que durante mucho tiempo fue impugnado por reyes incrédulos, fuera nuevamente ayudado y propagado por la insistencia de los reyes y príncipes creyentes del siglo; así como la ciudad de Jerusalén fue subvertida por los reyes de los caldeos, que se interpretan como feroces, o como demonios, pero los reyes de los persas, que se dice que son tentados, la restauran con una provisión amistosa y la exaltan con el debido honor.

CAPÍTULO XXXIII. Se dedica la ciudad de Jerusalén con alegría solemne, y se enumeran los guardianes sobre los tesoros para las ofrendas de los santos.

En la dedicación del muro de Jerusalén, etc. La ciudad ya había sido edificada hace tiempo, pero no era apropiado dedicarla antes de que, reunidos los habitantes, hubiera ministros idóneos para el templo, y se asignaran guardianes a las puertas y vestíbulos. La ciudad santa se dedica cuando, completado al final del siglo el número de los elegidos, la Iglesia es introducida universalmente en los cielos a la visión de su Creador. Cuya vida, cada vez que en esta vida nos elevamos con deseos, nos alegramos como de la dedicación de la figura de nuestra ciudad. Por lo tanto, esta misma dedicación puede ser entendida de dos maneras por significación; por ahora, en la esperanza de los que desean y purifican los ojos del corazón, con los que pueden ver a Dios; y entonces, en la realidad misma de los bienaventurados que disfrutaban de la visión divina en cuerpos espirituales entre las huestes de espíritus angélicos.

Buscaron a los levitas de todos sus lugares, etc. Se buscan también los levitas espirituales, es decir, los asumidos en la suerte del reino de todos sus lugares, cuando el Hijo del Hombre

enviará a sus ángeles, y reunirá a sus elegidos de los cuatro vientos, desde el extremo de la tierra hasta el extremo del cielo. Y ellos hacen la dedicación con alegría, con canto, acción de gracias; y con diversos instrumentos musicales, cuando en la percepción de la vida eterna se alegrarán mutuamente, dando gracias a aquel cuyo don merecieron entrar en esa ciudad. Los címbalos, salterios y cítaras pueden entenderse como los mismos cuerpos de los santos ya inmortales, en los que rendirán al Señor los más dulces sonidos de su alabanza. Pero en la vida presente, los levitas se congregan en Jerusalén, cuando, encendidos por la memoria de la paz suprema, los fieles colocan toda su delectación en ella, y de la herencia eterna que esperan recibir en los cielos; y si aún no pueden regocijarse viendo, al menos lo hacen deseando, según aquello del salmista: Alégrense, justos, en el Señor, y confiesen la memoria de su santificación (Sal. XCVI). Hacen la dedicación en canto y acción de gracias, cuando con la mente regocijada en el Señor, reciben todo lo que ocurre en el mundo, ya sea adverso o próspero. También lo hacen en címbalos, salterios y cítaras, cuando hacen que los gratos sonidos de las buenas obras asciendan a los oídos de su Creador, y con estos también encienden los corazones de los prójimos al amor del mismo Creador y Salvador.

Se congregaron, pues, los hijos de los cantores, etc. Los hijos de los cantores son los imitadores de aquellos que se esforzaron por servir al Señor con mente devota y alegre, o incluso resonar su palabra predicándola a otros; quienes se hacen villas en torno a Jerusalén, cuando habitan con corazón sublime en la vecindad de la patria suprema, diciendo: Nuestra conversación está en los cielos (Filip. III). Y hacen esas villas en los campos alrededor de Jerusalén, cuando tanto más se humillan con el corazón dilatado en Dios, cuanto más suavemente, al gustar su gloria de sublimidad, la tocan; quienes, en efecto, todos, y ahora con los progresos de las buenas obras, se congregan a la patria celestial, y en el mismo tiempo de la dedicación, es decir, de la remuneración perpetua, se encuentran allí juntos.

Y se purificaron los sacerdotes y levitas, etc. Es un orden justo en todo sentido, que quienes desean purificar al pueblo, los doctores y prelados, primero se purifiquen a sí mismos; primero castiguen su cuerpo, y lo sometan a servidumbre, no sea que predicando a otros, ellos mismos sean hallados reprobos (I Cor. IX). Se purificaron, pues, los sacerdotes y levitas con oraciones y ofrendas de víctimas, y también absteniéndose de sus esposas, purificaron al pueblo, predicando la misma continencia. Purificaron también las puertas y el muro con flautas y cánticos de salmos, acompañando al mismo pueblo en su circunvalación. Purificaron igualmente con ellos al pueblo, las puertas y el muro, ofreciendo grandes víctimas por el estado de los ciudadanos, y también de la ciudad. Pero también ahora, aquellos que están al frente del pueblo con sagrado liderazgo, y han sido asumidos por el Señor en el ministerio espiritual, cuanto mayor es la memoria de nuestra dedicación, que es en la futura resurrección, que llevan, tanto más instan en purificar y santificar tanto a sí mismos como a todos los que les han sido encomendados; no sea que alguno, hallado en un hábito de mente sucio, sea echado fuera de la común alegría de la santa solemnidad, y con manos y pies atados, sea arrojado a las tinieblas exteriores.

Hice subir a los príncipes de Judá sobre el muro, etc. Los príncipes de Judá, es decir, de la confesión o alabanza, son los doctores más avanzados de la santa Iglesia, que en la dedicación de la ciudad suben al muro; porque cuando aparezca el tiempo de la retribución, se probará que han trascendido más alto viviendo la conversación general de la santa Iglesia. Estos son de quienes el mismo Señor promete a la Iglesia, diciendo: Sobre tus muros he puesto guardianes (Isa. XXVI). Por lo tanto, es justo que quienes ahora están al frente del muro de la santa Iglesia en lugar de vigilantes, también entonces sobresalgan en la gloria de la remuneración. Donde se establecen dos grandes coros de los que alaban, porque de ambos pueblos, de los judíos y de los gentiles, que en la patria suprema alaban a Dios, vienen. Lo

cual también se realiza diariamente en esta vida, como sabe cualquier docto. Estos coros van a la derecha sobre el muro, porque los justos, viviendo rectamente, se apresuran en el presente hacia la vida eterna, y en el futuro llegan a ella. Van a la puerta del estiércol, en el presente para expurgar más correctamente la inmundicia de los pecados de la Iglesia, viviendo correctamente y corrigiendo a los errantes. En el futuro, para que aquellos que no quisieron ser corregidos, con poder judicial sean expulsados de la ciudad del Señor, es decir, del ingreso a la patria celestial. O ciertamente, los coros de los que alaban van a la derecha sobre el muro hacia la puerta del estiércol, cuando proclaman dignos de alabanza a aquellos que se esforzaron por eliminar toda inmundicia de la Iglesia predicando, reprendiendo, excomulgando, anatematizando.

Y de los hijos de los sacerdotes con trompetas, Zacarías, etc. En esta vida, los hijos de los sacerdotes, en la dedicación de la ciudad de Dios, tocan las trompetas, porque encienden los corazones de los oyentes predicando la memoria de la patria celestial, y esto en los vasos del cántico de David, el hombre de Dios, cuando no se apoyan en el sentido o deseos, sino siguiendo en todo la vida de los padres y profetas, insisten en la doctrina, en la palabra de la predicación. A quienes Esdras, escriba de la ley de Dios, precede a la puerta de la fuente, cuando en todo lo que hacen tienen las palabras de la Sagrada Escritura ante sus ojos, por las cuales, guiados, llegan al ingreso de la vida eterna. De lo cual dice el salmista al Señor: Se saciarán de la abundancia de tu casa, y les darás de beber del torrente de tus delicias, porque contigo está el manantial de la vida (Sal. XXXV).

Y contra ellos subieron en los grados de la ciudad de David, etc. Arriba, cuando se edificaba la ciudad, se dijo: Que quienes edificaban la puerta de la fuente, ellos mismos llevaron la medida de su obra hasta los grados que descienden de la ciudad de David (Neh. III). Allí, pues, se nombra el descenso de los grados, cuando se edificaba; aquí, sin embargo, cuando se dedicaba la ciudad, se nombra la ascensión; así como también allí se llevaba a cabo el trabajo y la lucha con el enemigo, aquí, con el enemigo vencido, se celebra la alegría; porque ciertamente todos los santos, que en el presente se humillan bajo la poderosa mano de Dios, en el futuro serán exaltados por Él. Quienes ahora edifican los muros de la Iglesia en la tierra con piedras vivas, es decir, con almas santas, en aflicción y peligros, en vigiliias diurnas y nocturnas, entonces, completado el mismo edificio, y elevado en el reino de los cielos, ellos mismos, gozosos, ascienden a contemplar su claridad. La casa de David, es decir, de mano fuerte y deseable, son todos los justos, que por la gracia de su Creador suelen ser llenados y habitados por Él. Y los hijos de los sacerdotes ascienden sobre la casa de David, cuando los santos predicadores, o mártires, así como ahora trascienden la vida general de los justos, ya sea por el ministerio de la palabra, o por el combate del martirio; así también entonces sus premios generales preceden con dones de remuneración más sublimes. A quienes se les adapta bien aquella parábola de los siervos fieles, de los cuales a uno que dice, Señor, tu mina ha ganado diez minas; el mismo Señor dice, Bien, buen siervo, porque en lo poco has sido fiel, tendrás autoridad sobre diez ciudades. A otro que dice lo mismo, Señor, tu mina ha hecho cinco minas; y, Tú, le dice, estarás sobre cinco ciudades (Luc. XIX). Pues cuantos más instruya ahora cada uno con su palabra o ejemplo para la vida, por tantos será honrado entonces, apareciendo más glorioso en la percepción de la vida. También llegan los sacerdotes hasta la puerta de las aguas al oriente, cuando aquellos que en esta vida, como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así desearon aparecer ante la faz de Dios, alcanzan el afecto de ese deseo, y merecen ver el nacimiento del Sol de justicia sin ocaso. Pero lo que se dice, Y contra ellos subieron; no significa contrariedad de distancia, sino encuentro de consonancia, por la cual los elegidos, tanto en esta vida, una vez que se encienden mutuamente al amor de su Autor, como en aquella, más perfectamente, al regocijarse en su

bienaventuranza, siempre sin hastío lo alaban, según el ejemplo de los serafines, que, según el testimonio del profeta, clamando uno al otro, celebran con exultación conjunta la santa Trinidad (Isa. VI).

Y el segundo coro de los que dan gracias iba en dirección opuesta, etc. Es largo disertar sobre cada una de las puertas o torres en particular; basta con decir que quienes completaron las puertas, torres y muro de la ciudad con gran trabajo, aflicción, hambre, frío, vigiliias diurnas y nocturnas, con el enemigo incansable resistiendo y acechando, entonces, con el enemigo rechazado y confundido, caminando por las puertas, torres y edificios de la misma ciudad, en cánticos e himnos, en salterios, címbalos, cítaras, en trompetas y acción de gracias, junto con aquellos que fueron autores de la obra y doctores de la ley de Dios, se regocijan con los maestros. Lo cual también se realiza en el edificio espiritual, no hay duda. Cuando, al llegar el tiempo de la última retribución, como si fuera la dedicación largamente deseada de la ciudad de Dios, la fe eterna recibe premios por sus obras; cuando, como Nehemías y Esdras, y los demás sacerdotes y levitas, cada uno de los maestros del pueblo fiel, llevando a sus oyentes que adquirieron para el Señor, los introducen a las murallas de la patria celestial. Entonces, entre otras murallas de la santa ciudad, también sobre la torre de los hornos, en cuya estructura antes se afanaban, Nehemías camina con el coro de los que alaban, cuando los maestros de la verdad se regocijan en la gloria sublime de aquellos a quienes instruyeron con los magisterios de la vida. Pues si los panes de horno, que se cuecen en lo oculto, significan la devoción interna del corazón de los fieles, que está confirmada por el fuego de la caridad; de donde también tales panes eran mandados ofrecer en sacrificio al Señor por la ley (Lev. II), que por los hornos, en los que se cuecen esos mismos panes, se figuran más adecuadamente que por los mismos corazones de ellos, que siempre deben arder con la llama del amor íntimo, y suelen procrear hechos o palabras de virtudes. De los cuales el profeta dice bellamente: Tu Señor es fuego en Sion, y su horno en Jerusalén (Isa. XXXI). Y Lucas mismo sobre sí: ¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y nos abría las Escrituras? (Luc. XXIV). Y por el contrario, los corazones de los réprobos también arden, pero con el fuego de los crímenes. De donde otro profeta sobre ellos: Todos, dice, adulteran como un horno sus corazones (Ose. VII). Por lo tanto, los constructores de la santa ciudad edifican, entre otras, la torre de los hornos, cuando los doctores instruyen los corazones de sus oyentes en la fe y obra de la verdad, para que sean dignos de recibir mayores dones del Espíritu, y de proferir nuevas dotes de virtudes cada día en el gozo del pueblo de Dios. Y regocijándose, y cantando al Señor, caminan sobre la torre de los hornos en el día de la dedicación de Jerusalén, cuando en el tiempo de la futura retribución se regocijan en la gloria de aquellos a quienes instruyeron con los magisterios de la vida. Los hornos, por lo tanto, son los corazones de los elegidos, en los que la caridad se difunde por el Espíritu Santo, que les ha sido dado. La torre de los hornos es la misma sublimidad y custodia de las buenas obras; que esos mismos corazones, para que no puedan ser dañados por los espíritus malignos, ni la llama de las virtudes pueda ser inflamada o turbada por el viento de la soberbia, es necesario que siempre sean fortificados con cautela y solicitud circunspecta.

Y se detuvieron dos coros de alabadores en la casa de Dios, etc. Caminando por las murallas y jardines de la ciudad, con cánticos de alegría y con instrumentos musicales, regresan al templo del Señor; para que allí también, de pie, alaben al Señor con trompetas resonantes, allí, ofreciendo víctimas, cumplan los votos de dedicación. La misma patria de la vida futura, mística casa del Señor, que también designa la ciudad del Señor, como la presente Iglesia es comúnmente llamada en las Escrituras, tanto casa de Cristo como ciudad. Sin embargo, hay una diferencia, ya que los edificios de la ciudad ascendieron en cánticos de gratitud y con instrumentos, mientras que en la casa de Dios se dice que alabaron y cantaron claramente.

Los elegidos ascienden a las murallas de la ciudad, que hicieron con las alegrías de la patria celestial, que ellos mismos hicieron con la insistencia de sus buenas obras, entran. Contemplan la diversidad de las puertas, y la altura de las torres y edificios, cuando al entrar en la casa del Padre, contemplan allí la diferencia de muchas mansiones según los méritos diversos de los hombres. Pero permanecen en la casa de Dios y cantan más claramente, cuando cada uno es recibido en sus mansiones, perseveran en la visión perpetua de su Creador en una morada estable, y celebran sus alabanzas con voz indivisa en el siglo de Dios. Donde habrá dos coros de alabadores, o de ambos pueblos, como hemos interpretado antes, unidos, y en una sola modulación de alabanza divina acoplados; o hechos de ángeles y hombres, completada la promesa del Señor, que dice que los hombres serán iguales a los ángeles de Dios (Marcos XII). Pero también en esta vida los justos ascienden a la ciudad del Señor con himnos de dedicación, cuando, anhelando con todo el corazón la memoria de la futura recompensa, progresan cada día más y más en buenas obras, según aquello del Salmista: Ha dispuesto en su corazón ascensiones en el valle de lágrimas (Salmo LXXXIII). Y de nuevo: Bienaventurados los inmaculados en el camino, que andan en la ley del Señor (Salmo CXVIII). Pues también llama inmaculados a los que caminan en el camino en la ley del Señor, porque así ciertamente mantienen la inocencia del corazón y de la obra recibida, que se esfuerzan por crecer en méritos de virtudes hacia lo más alto. Pero permanecen en la casa del Señor con alabanzas, porque en el mismo progreso de las buenas obras perseveran incansablemente, según aquello del bienaventurado Elías: Vive el Señor, en cuya presencia estoy (III Reyes XVII), es decir, en cuya voluntad de cumplir permanezco con mente incansable. Bien sigue:

Y sacrificaron en aquel día grandes víctimas, etc. En aquel día de luz perpetua (de la cual dijo Zacarías: Y será un día único, conocido del Señor, no día ni noche: esto es, alejado de la costumbre de los tiempos que pasan) los elegidos sacrifican grandes víctimas al Señor, aquellas que degustando en la esperanza de las cosas futuras decía el Salmista: Rompiste mis cadenas, te ofreceré sacrificio de alabanza (Salmo CXV). Quien bien también, donde esperaba ofrecer este sacrificio, lo muestra, cuando inmediatamente añade: Mis votos al Señor pagaré en los atrios de la casa del Señor, en presencia de todo su pueblo en medio de ti, Jerusalén. En medio de Jerusalén pagamos los votos a Dios en presencia de todo su pueblo, cuando en la patria celestial, congregada toda la multitud de los santos, le ofrecemos las alabanzas por las que en el presente gemimos, y que con deseo diario de gracias anhelamos.

Porque Dios los había alegrado con gran alegría, etc. Estas cosas pertenecen verdaderamente a la edificación de aquella santa ciudad que está en el futuro, en la cual Dios es el rey que con su presencia alegra a sus ciudadanos, con gran alegría; de donde también, nacido en carne el mismo Rey, el ángel apareciendo a los pastores decía: He aquí que os anuncio una gran alegría, que será para todo el pueblo (Lucas II). A distinción, ciertamente, de la alegría humana, que es pequeña y transitoria; y por eso los sabios no deben estimarla en nada. Bien también en aquella alegría que Dios otorga a su ciudad, se refiere que las esposas de los ciudadanos, junto con los hijos, se alegraron; porque en el tiempo de la resurrección no solo aquellos que edificaron la Iglesia ya sea evangelizando la palabra, o perseverando valientemente en las obras de fe, reciben el gran fruto de su gran trabajo; sino que también los más débiles, compañeros de la misma fe, se alegran con ellos en la misma percepción de la vida eterna. Porque el Señor bendijo a todos los que le temen, a los pequeños con los grandes (Salmo CXIII). Esta dedicación también puede entenderse típicamente en esta vida, en algunos elegidos, que, con el ojo del corazón purificado, merecen contemplar en parte las alegrías que en el futuro la Iglesia percibirá en su totalidad, como Isaías, Ezequiel, Daniel y los demás profetas; como los apóstoles (Mateo XVII), que se alegraban de ver al Señor

glorificado en el monte santo; como Pablo (II Cor. XII), que mereció ser arrebatado al paraíso y al tercer cielo; como en su Apocalipsis Juan, que cuanto más alto ingresaban a la ciudad celestial, tanto más claramente se esforzaban por cantar las alabanzas del Señor, y siempre inmolarle las máximas víctimas de buenas obras.

También en aquel día designaron hombres sobre los tesoros del tesoro, etc. Con todos regocijándose por la edificación y dedicación de la ciudad, se procuró con toda diligencia que el culto de la religión en ella, que estaba instituido por ceremonias, principalmente la doctrina y los oficios de los sacerdotes, levitas, cantores y porteros, se mantuviera y creciera. Por eso se designaron hombres valientes, que recogieran y custodiaran diligentemente el dinero aportado por el pueblo en el tesoro del templo, para el uso de los mismos ministros del templo y del altar; también las primicias de los frutos, y los diezmos, y el vino y las libaciones, que se llevaban al templo, se conservaran con esmerada atención; para que, abundando en copia de lo que debía ofrecerse al Señor, o de lo que los mismos ministros del Señor pudieran vivir, con más gusto la multitud de los mismos ministros consintiera en hacer su morada en Jerusalén, de quienes la multitud del pueblo debía ser enseñada y santificada.

Porque Judá se alegró en los sacerdotes y levitas que asistían, etc. Esa era la causa por la que el pueblo amaba que los sacerdotes y levitas, y los demás ministros santos habitaran en Jerusalén; porque se alegró en las buenas obras de ellos, cuya devota diligencia a Dios, y el mismo pueblo corregido de errores, y la ciudad fue edificada, y dedicada con gran alabanza de alegría. La exposición alegórica de este capítulo está a nuestro alcance; porque el Señor dispuso que los que anuncian el Evangelio vivan del Evangelio (I Cor. IX). Pero ¡ay de aquellos sacerdotes y ministros santos, que se deleitan en recibir con alegría los estipendios debidos del pueblo, pero no se esfuerzan en trabajar por la salvación del mismo pueblo, no se preocupan por ofrecerle un liderazgo sagrado viviendo rectamente, no cantan nada dulce de la suavidad del reino celestial predicando, ni abren la puerta de la ciudad celestial, teniendo ciudadanía en los cielos, sino que más bien se prueban cerrándola perversamente actuando. En cuyas obras el pueblo no puede confiar ni alabar al Señor, sino que se ve obligado a afligirse. Es de notar que Judá, que antes en la edificación de la ciudad hablaba casi desesperado: Se ha debilitado la fuerza del portador, y la tierra es mucha, y no podremos edificar el muro (Neh. IV), y las demás cosas de ese lugar; ya había recuperado la fortaleza tanto de mente como de cuerpo para llevar la tierra, que impedía edificar el muro que había caído, para superar las insidias de los enemigos que amenazaban. Por eso con razón se alegra en los sacerdotes y levitas, cantores y porteros, por cuyo trabajo y exhortación evitó tanto peligro de aflicción, y encontró tan gran gloria de prosperidad recuperada. Y tú, por tanto, si ves que tu corazón está abrumado por la tierra de los vicios, para que no puedas edificar en él una ciudad digna de la divina habitación, si ves que el enemigo maligno quiere apartarte de limpiar los escombros de los vicios, de edificar las murallas de las virtudes, escucha el consuelo y los consejos de los sacerdotes; sé asiduo en escuchar y guardar las lecturas divinas; y así permanece, para que el Dios victorioso, expulsadas las insidias de los demonios, entre en tu morada, como si fuera a santificar su ciudad y hacer su morada contigo.

Y santificaban a los levitas, etc. El pueblo santificaba a los levitas, dándoles los diezmos, como a santos de Dios; y los mismos levitas santificaban a los sacerdotes, ofreciéndoles una décima parte de sus diezmos, como a superiores.

(II Esdras XIII.) En aquel día se leyó en el libro de Moisés, etc. Es evidente que los moabitas y amonitas, porque nacieron de incesto, representan la figura de los herejes, cuyos autores, al corromper la doctrina de los padres, de la cual ellos mismos fueron instruidos, como las hijas de Lot usan furtivamente y en las tinieblas la semilla paterna, y no legítimamente: por eso la

prole de tales, es decir, los seguidores de las herejías, no pueden tener nunca parte en la Iglesia del Señor. Pues cualquiera de ellos que se corrige, ya no será descendencia de tales madres. Se encontraron con los hijos de Israel, saliendo de Egipto, con pan y agua, si ellos, viviendo bien y en paz católica, ofrecieran el consuelo de la palabra de Dios a aquellos que, recién rescatados del servicio de los pecados por el agua del bautismo y por las olas del mar, anhelan la libertad de la patria celestial; como lo hizo Barzilai el Galaadita (II Reyes XIX), que se encontró con David y su ejército huyendo de la cara de Absalón, con alimentos, para que, al refrescarlos, los hiciera más fuertes contra la nueva tiranía del hijo del rey; significando a aquellos que se esfuerzan por fortalecer a la Iglesia dispersa por los herejes con los auxilios de la palabra celestial, y animarla a combatir su locura. Pero cuando esos mismos herejes, al intentar perder a los neófitos con sus principales y con los ejemplos mostrados de otros, o con palabras malignas, como nacidos de incesto, atacan la salida de Egipto de Israel, y con sus armas, y con los consejos infames de Balaam el adivino, que se interpreta como vanidad del pueblo maldito, lo combaten. Pero Dios convirtió la maldición de Balaam en bendición para su pueblo, y lo protegió de las armas de las naciones enemigas; porque a los que aman a Dios, todas las cosas cooperan para bien (Rom. VIII).

CAPÍTULO XXXIV. Se separan de Israel todos los extranjeros, y se colocan en el tesoro de la casa del Señor las partes de los levitas y las primicias sacerdotales.

Sucedió que cuando oyeron la ley, etc. Oída la ley sobre las dos naciones enemigas que debían ser anatematizadas, inmediatamente el pueblo fiel separó de sí a todo extranjero; porque así es necesario que atendamos al oído de la verdad, que cuando por la lectura divina se nos prohíbe un vicio cualquiera, inmediatamente no solo eso de lo que se habla, sino todo lo que descubrimos en nosotros de vicio sucio, lo purguemos de nuestra acción y de nuestra conciencia.

Hizo entonces para sí un gran tesoro, etc. Esta sentencia, en la que Nehemías escribe que no estaba en Jerusalén, parece referirse no a lo que había narrado hasta aquí, sino solo al presente lugar; pues las cosas anteriores parecen haber sido hechas o dichas en el tiempo en que la ciudad fue edificada y dedicada, cuando Nehemías aún moraba en Jerusalén; y habiéndolas completado valientemente, regresó al rey, y estando él ausente, Elíasib hizo un gran tesoro, en el cual se colocaran las cosas necesarias para el ministerio de la casa del Señor, o para el uso de los ministros. Quien también no temió poner algunas cosas ilícitas en el tesoro de la casa del Señor; porque Nehemías, regresando a Jerusalén, se esforzó inmediatamente por turbarlas. Pues sigue:

CAPÍTULO XXXV. Nehemías, regresando de Babilonia a Jerusalén, purifica de nuevo los tesoros de los vasos de los gentiles, y coloca allí lo que convenía a la casa del Señor.

Y vine a Jerusalén, y entendí el mal, etc. Leemos antes que Tobías era siervo amonita, enemigo del pueblo de Dios; por lo cual Elíasib sacerdote actuó muy mal; quien a este, aunque unido a él por parentesco, le hizo un tesoro en los atrios de la casa de Dios, en el cual pusiera sus vasos, echando de allí los vasos de la casa de Dios, y las demás cosas que requería su ministerio; pues ¿qué participación tiene la justicia con la iniquidad? ¿qué convenio tiene Cristo con Belial? ¿qué consenso tiene el templo de Dios con los ídolos? ¿qué comunicación tienen los herejes y cismáticos con los ortodoxos y pacíficos hijos de Dios (II Cor. VI)?

Y arrojé los vasos de la casa de Tobías fuera, etc. Y tú, cualquier cosa de infidelidad e impureza que encuentres entre los fieles, arrojala inmediatamente fuera, para que, purificados los corazones de los creyentes, que son los tesoros del Señor, cuando estén llenos de las

riquezas de las virtudes, se introduzcan los vasos del Señor; es decir, esos mismos corazones, que poco antes eran vasos de error por culpa, se conviertan de nuevo en vasos del Señor por corrección; y allí se encuentre el sacrificio de buena operación, y el incienso de pura oración, donde antes era cueva de ladrones. Pero también aquellos arrojan los vasos de Tobías amonita del tesoro del templo, y allí colocan los vasos de la casa de Dios, y el sacrificio y el incienso, que excomulgan o anatematizan a los herejes o falsos católicos, y expulsados de la Iglesia, subrogan en su lugar a los siervos católicos de Cristo, que sirvan a Él con fieles actos y oraciones. Este celo de Nehemías debe compararse ciertamente con el del Señor Salvador, cuando encontrando a los que vendían en el templo y a los que compraban, hizo un látigo de cuerdas, y los echó a todos fuera (Marcos XII, Lucas XIX); y Nehemías, como en sus demás actos, así también en esto llevó el tipo del verdadero consolador y purificador de Dios.

CAPÍTULO XXXVI. Nehemías insiste diligentemente para que el descanso del sábado no sea violado por el mercado de los gentiles.

En aquellos días vi en Judá a los que pisaban los lagares en sábado, etc. Seis días por la ley se nos manda trabajar en lo que es necesario, el séptimo descansar; cuyo mandato tiene un claro misterio general, que todos los elegidos en este siglo, que se lleva a cabo en seis edades, deben trabajar por el descanso eterno; pero en el día futuro, como en el séptimo día, esperar de parte del Señor el mismo descanso perpetuo. Pero también según la tropología, es decir, el sentido moral, los elegidos también en esta vida celebran el sábado consagrado al Señor, cuando separados por un tiempo de las preocupaciones de este mundo, se dedican a la oración, y suspenden la mente purificada en la contemplación de las cosas celestiales. Pues cuando llevamos a cabo con corazón sincero, y no en deseos contra el precepto del Apóstol, aquellas cosas que la preocupación de la carne justamente exige, trabajamos como en seis días en lo que es necesario; porque nos ocupamos en aquellas cosas que necesitamos para este siglo. Por otro lado, el sabbatismo de nuestras oraciones y devoción, en el que nos ocupamos de las cosas temporales, para merecer gustar más dulcemente las alegrías de la eternidad, se asigna correctamente al séptimo día; porque imita el descanso de la vida futura y la bienaventurada alabanza; pero los extranjeros buscan profanar nuestro sábado, cuando las preocupaciones terrenales nos perturban importunamente en el tiempo de nuestra oración, y con la memoria o el deleite de las cosas temporales, intentan sacarnos del amor íntimo. Cargan a los asnos con vino, uvas e higos, y toda obra, y los introducen en Jerusalén, cuando, con los placeres carnales, cargan los necios movimientos de nuestro ánimo, y por estas y otras tentaciones intentan violar la paz de nuestro corazón dedicada a Dios. Pero a estos tumultos de pensamientos impropios, para que no inquieten nuestro sábado, Nehemías se opone, cuando con estricta diligencia, con la ayuda del Señor, excluimos las fantasías inútiles e inadecuadas de nuestro corazón en el tiempo de oración. Les advierte que en el día en que se les permita vender, vendan tales mercancías, cuando este límite impone a sus pensamientos el alma devota a Dios, para que en el tiempo de oración se abstengan de las preocupaciones de las cosas pasajeras. Sin embargo, en otros tiempos, cuando la oportunidad lo dicta, no aparten del todo su industria de aquellas cosas que pertenecen al sustento y al vestido; sino que estas cosas, cuando la necesidad lo exige, las dispensen con moderación adecuada.

Y los tirios habitaban en ella introduciendo peces, etc. Así como el buen pez es la fe piadosa, que quien la pide al Señor, no recibe una serpiente de infidelidad; así también el pez malo es el pensamiento bajo, que suele sumergirse en exceso en las preocupaciones de este mundo; que los tirios, que se interpretan como angustiados, nos quieren vender en sábado, cuando los espíritus inmundos intentan abrumar importunamente la paz de nuestra conversación piadosa con profundas preocupaciones del siglo. Pero por tal comercio Nehemías reprende y castiga a

los nobles de Judá, cuando la inspiración divina purifica propiciamente a aquellos que intentan servir a la profesión de piedad de tales pensamientos.

Sucedió, pues, que cuando las puertas de Jerusalén descansaron en sábado, etc. Si nuestra conciencia, cuando se alegra de estar purificada de vicios, con Dios habitante, puede llamarse correctamente Jerusalén. ¿Cuáles son estas puertas de Jerusalén, sino los sentidos de nuestro cuerpo, a saber, la vista, el oído, el gusto, el olfato y el tacto? por los cuales las cosas que se hacen afuera, llegan al conocimiento de nuestra mente, como entrando; que se nos manda cerrar en el día de sábado, para que cuando nos ocupamos en vacar a Dios con salmos o oraciones, todo lo que se hace exteriormente se expulse lejos del ánimo, y solo en secreto oremos y alabemos a nuestro juez con mente libre. Y porque nadie se hace perfecto de repente, sino que debe llegar a esta perfección y paz de mente de la que hablamos, con el largo progreso de la santa conversación, con la ayuda de la gracia de Cristo, con razón se añade y se dice:

También dijo a los levitas que se purificaran, etc. Es necesario que se purifiquen del ejercicio diario de la buena obra aquellos que desean guardar las puertas de sus sentidos de toda irrupción de pensamiento turbulento. Y quien desea santificar el día de sábado, es decir, hacerse útil el ocio de las oraciones, salmodia, lectura santa y lágrimas, es necesario que purifique con mucha diligencia su conciencia, para que pueda bien consumir la intención de la buena acción. Esto también puede entenderse correctamente en sentido alegórico de los doctores de los fieles. Pues cualquiera que desea guardar las puertas de la santa Iglesia, es decir, la fe y las obras de sus oyentes, por las cuales solo se entra en la Iglesia, de la contaminación de los herejes y de los vicios que golpean, es necesario que primero purifiquen su corazón y actos de toda mancha de errores.

CAPÍTULO XXXVII. Nehemías purifica a los judíos de las esposas extranjeras, y establece los órdenes de los sacerdotes y levitas, cada uno en su ministerio; y finalmente se encomienda a la memoria de Dios para bien.

Pero en aquellos días vi a judíos que tomaban esposas de Azoto, etc. Y ahora en la santa Iglesia toman esposas extranjeras, cualquiera que se deleite en los crímenes que propiamente pertenecen a los gentiles, mancha su conciencia. Y los hijos nacidos de estas no saben hablar judío, ya que las obras que surgieron de una mente corrompida no muestran en sí nada de la piadosa profesión; sino que suenan más a la necedad gentil que a la castidad eclesiástica. Azoto, que en hebreo se dice Asdod, se interpreta como palabra de fuego. Por lo tanto, según el sentido tropológico, los hijos nacidos de esposas extranjeras hablan azótico, cuando las obras engendradas por la lascivia esperan la venganza de la combustión eterna. Por lo cual, con razón, los padres de tales son no solo reprendidos y maldecidos por Nehemías, sino que algunos son castigados; porque es necesario que los errantes sean más severamente corregidos por los doctores de la verdad, para que aprendan a ser trasladados por una feliz mutación de la palabra del fuego vengador a la palabra de la alabanza divina. Pero también los herejes, cuando se dedican más a los estudios de la filosofía gentil, dialéctica y retórica que a la simplicidad eclesiástica, no es de extrañar que sus oyentes hablen según la lengua del pueblo, y del pueblo, volviendo las Escrituras sagradas con la boca, pero interpretándolas con un sentido errático y gentil.

Por lo tanto, los purifiqué de todos los extranjeros, etc. Un final apto en todo y digno de la edificación de la santa ciudad y del templo del Señor, para que, purificados los ciudadanos de toda inmundicia externa y ajena a Dios, los órdenes de sacerdotes y levitas sean custodiados

debidamente en su ministerio; para que el pueblo, instruido regia y eclesiásticamente, y corregido de todo pecado, permanezca en el bien, y en adelante siempre crezca; el cual, entre otras cosas, ofrece al Señor leña para alimentar el fuego del altar, cuando realiza obras de virtudes dignas de la consagración divina. Pues si la leña no figurara a veces algo bueno, no diría el profeta: Entonces se alegrarán todos los árboles del bosque delante del Señor (Salmo XCV). La leña arde y se consume en el altar de los holocaustos, cuando en los corazones de los doctores las obras de justicia se perfeccionan con la llama de la caridad. Con razón, pues, tal constructor y dedicador de la ciudad, después de muchos trabajos de su devoción, se encomienda a la memoria de su Creador y Dador de todos los bienes. Y tú, sumo Padre de las luces, de quien desciende todo don perfecto y toda dádiva buena; que me diste a mí, el más humilde de tus siervos, tanto el amor como la ayuda para considerar las maravillas de tu ley; y que en el tesoro del volumen profético, no solo me concediste abrazar lo antiguo, sino también encontrar nuevos dones con la elevación de los antiguos, y presentarlos para el uso de mis consiervos, a mí indigno me otorgaste la gracia, acuérdate de mí, Dios mío, para bien (Jac. I).